



Anna Simón

Abadón
Juicio y castigo

Abadón
Juicio y castigo

II

Anna Simón

Abadón
Juicio y castigo

San Salvador - 2019

III

Abadón, juicio y castigo

© Anna Simón

ISBN:

Dirección editorial, concepto gráfico:

Lorena Chávez de Gaitán

Diseño editorial, carátula y corrección ortotipográfica:

Francisco Javier Buitrago Muñoz

javierbuitrago90@yahoo.com

Producción:



editorialelnahual@gmail.com

Lorena Chávez de Gaitán

Teléfono: 503-71608764

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor.

Esto incluye pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción.

Primera edición, abril de 2019

500 ejemplares

Impreso en El salvador

Printed in El Salvador

IV

Dedico esta novela a toda mi familia que siempre apoyan mis esfuerzos. A mi esposo Ricardo por ser una pieza clave en mi vida y contribuir con el título de la novela. A Javier Buitrago por el arte de la portada, la cual dice mucho del relato. Como siempre y no por último a Dios, por darme la inspiración para hacer mis historias. Gracias a la vida que me ha dado tanto....

ANNA SIMÓN

V

Contenido

Prólogo

Capítulo 1

Don Mariano Ordáz

Capítulo 2

Los amigos

Capítulo 3

El tío Juan Pedro

Capítulo 4

Sonia

Capítulo 5

La confesión

Capítulo 6

La obsesión de Mariano

Capítulo 7

El castigo del padre Antonio

Capítulo 8

Justicia divina

Capítulo 9

Tepito el barrio bravo

Capítulo 10

El secuestro de Carlos Mauricio

Capítulo 11

El rescate

Capítulo 12

Los negocios en Tepito

Capítulo 13

La muerte de Lety

Capítulo 14

El reencuentro con Javier

Capítulo 15

La boda

Capítulo 16

La visita

Capítulo 17

La verdad

VI

Abadón: el que trae destrucción y muerte. ¿Será él, quién vendrá por mí para salvarme del castigo eterno? porque todo lo que he hecho ha sido en el nombre de Dios, pecado alguno no he cometido.

“Tenían colas que picaban como escorpiones (las langostas) y durante cinco meses tuvieron el poder para atormentar a la gente. Su rey es al ángel del abismo sin fondo: su nombre – El Destructor – En hebreo Abadón y en griego Apolión”.

Apocalipsis 9:10–11

VII

Prólogo

¿Cómo concebimos a la muerte? ¿A quién se parece?, ¿es hombre o mujer? ¿Viene por nosotros o nos encontramos con ella en alguna parte? ¿Nos avisa cuando va a venir o simplemente aparece de repente? ¿De dónde exactamente viene?, ¿es un ángel o un demonio? ¿A dónde nos llevará? ¿Quizá, estaremos en el purgatorio haciendo una larga fila, para que el “gran juez” del universo dictamine nuestro destino final? ¿Quién lo sabe? Estas son algunas de las muchas preguntas que nos hacemos cuando estamos a punto de morir. O simplemente a través de nuestra vida.

En mi caso, le tendré que rendir cuentas, porque él, ella o lo que pueda representar, me hará preguntas, a pesar de que ya conoce las respuestas. Sabe mucho de nosotros, de lo bueno y de lo malo que hicimos en la Tierra. La muerte conoce el más recóndito lugar de nuestra alma, no la podemos engañar.

Quiero estar preparado para cuando se asomé *La Parca* a mi ventana, o toque la puerta. Vendrá a visitarme sin yo esperarla, y si me resisto usará sus disfraces, sus máscaras; llegará a mí con engaños, poniendo en mi boca el dulce amargo sabor de su presencia. No me puedo escapar, nadie puede. Es demasiado sagaz e inteligente, te envuelve como lo hace una bella mujer con sus mañas.

Cuando escuche sus pasos, sienta su rancio aroma, intuiré que es ella, él o eso que no imagino. Pueda ser que me halle acostado en mi cama, moribundo, en dolorosa agonía. O que me encuentre haciendo el amor, con alguna dama. Quizá, esté por cometer algún pecado capital. O esté sentado, en mi sillón reclinable, leyendo un libro, o tomando una copa con un amigo. Pero no podré negarle la entrada; de todas maneras, aunque no le abra, aparecerá adentro de mi morada, o en donde me encuentre. Surgirá como una brisa gélida, que penetra hasta los huesos y te pone la piel de gallina. Tal vez se presente envuelta en una túnica de seda color azul, con destellos cegadores. Finalmente, mostrará su divino rostro para luego convertirse en lo que verdaderamente es:

el terror, la agonía, el sufrimiento. Mientras tanto yo me arrodillaré ante el Cristo colgado en la pared de mi penumbrosa habitación, le pediré perdón a Dios y a ella por los pecados cometidos, por lo malo que hice. Sin embargo, ella, él o eso, será implacable, porque ha venido por mi alma para luego llevarme a donde seré juzgado. Allí nadie protesta ni tiene la última palabra.

Cuando llegué el momento de poner mi rostro ante Dios, no tendré miedo, no sentiré nada. El dolor se habrá esfumado, los pecados habrán sido perdonados. No iré a ningún cielo ni a ningún infierno, flotaré liviano como una pluma. Nadie podrá dañarme, ni con el pétalo de una rosa ni menos con sus espinas. El cielo será mi paz, mi tranquilidad, el vientre para mi alma hasta que esta logre encontrar un cuerpo en la Tierra que me sirva para recuperar el tiempo perdido, arreglar mis fallas. Cuando llegue ese día no estaré más en deuda con la vida, porque pagué con mi sufrimiento; así fue como expié mis culpas. Por mi parte, agradezco su visita, su presencia me honró, me alivió para siempre.

Capítulo 1

Don Mariano Ordáz

Mariano Ordáz, sentado en su oficina, revisaba las carpetas que estaban sobre su escritorio. Vestía un traje elegante, su cabello lustroso estaba bien peinado, mostraba el típico *look* de un hombre adinerado. Su oficina se encontraba en el décimo piso de un lujoso condominio en el Paseo La Reforma, en el D.F. (Distrito Federal) de la ciudad de México.

El despacho era espacioso; sala, dos baños, una pequeña cocina, comedor, bar, sala de juntas; más que una oficina parecía un apartamento de vivienda. El lujo en el *pent-house* rebalsaba; cuadros de famosos artistas mexicanos como Frida Kahlo, Diego Rivera y otros más decoraban sus muros. Los adquirió en subastas o de personas necesitadas de dinero. Mariano era así, le gustaban las gangas, era austero con el dinero, la vida le enseñó a no malgastarlo. No podía olvidar aquellos días de pobreza en el barrio de Tepito. Para él, “dinero” era sinónimo de poder. Todo el mundo lo admiraba y le temía. Era reconocido por ser un gran empresario. Tenía de un tic en el ojo derecho que lo caracterizaba. Cuando se encontraba nervioso o ansioso, la piel al alrededor del ojo le temblaba como si fuera de gelatina. Su rostro mostraba cierta dureza, su semblante tenía una expresión sombría. Muchas veces pasaba del enojo a la alegría eufórica, de forma repentina o gradual. Trataba de ocultar estos estados de ánimo, para que no lo consideraran raro. Mariano debía mostrar fuerza de espíritu, no debilidad. Era un hombre carismático y bien parecido, su elegancia era innata. Tenía ojos almendrados de color negro, de mirada inquisitiva, una abundante melena azabache que caía desordenada. Su voz era suave, melodiosa. Cuando era preso de la furia, se volvía violento, este era su peor defecto. Aún no estaba casado, aunque mujeres le sobaban. Prefería estar solo, creía que era lo mejor para él. En el pasado conoció el amor, pero el destino se lo arrebató con crueldad. Él creía en Dios, aunque muchas veces, consideró que le había fallado. Quería ser un hombre de bien, luchaba por conseguirlo. Pero su mente estaba confundida, no podía distinguir entre el bien

y el mal.

Su secretaria, Rosario, una mujer algo rellena en carnes y con un andar coqueto, entró a su oficina, no sin antes tocar la puerta con prudencia.

–Buenos días señor Ordáz, le traigo el periódico, las reuniones que tiene agendadas para esta semana, llamadas telefónicas, los mensajes que han dejado algunas personas, y su taza de café.

–Gracias Rosario, luces muy linda esta mañana– dijo, el magnate, poniendo cara maliciosa. Ella le contestó, con desgano, un indiferente: muchas gracias.

Rosario, ya tenía años de prestarle sus servicios, un día había entrado a su oficina y le pareció la secretaria ideal. Discreta, bonita. Obedecía órdenes sin preguntar nada.

Eran las ocho de la mañana; Mariano usualmente llegaba a su oficina antes de esa hora, quería enterarse por si mismo de los acontecimientos, sin que nadie se adelantara a contárselos. Cuando abrió el periódico se dio cuenta de que un amigo se había suicidado; la noticia estaba en primera página. No le sorprendió. Al terminar de leer el artículo, puso una expresión fría acompañada de una sonrisa indescifrable. Y como consecuencia, el ojo le comenzó a palpar, ese maldito tic; le recordaba aquellos días en el seminario.

La nota periodística mostraba la fotografía de un hombre estrellado contra el asfalto, los sesos esparcidos por todas partes, el cuerpo roto como el de una marioneta desbaratada: piernas por un lado y brazos por el otro.

“Trágico accidente del señor Raymundo Calzada”, titulaba el periódico en primera página. La noticia decía que el señor Calzada era un distinguido hombre de negocios. Al parecer se había suicidado. Nadie conocía la razón de su trágica muerte.

Mariano se levantó de su asiento y contactó a uno de sus socios y mejor amigo para preguntarle si sabía algo del suicidio de Raymundo. Quería saber si Javier le contaba algo más sobre el caso.

–Hola Javier, ¿ya sabes lo qué le pasó a Raymundo?

–Cómo te va Mariano– habló entre bostezos. – Sí, la noticia está en todos los medios. Lo único que te puedo decir es que Raymundo debía mucho dinero y parece ser que eso lo llevó a la desesperación y consecuentemente a su

muerte. Pobre *pendejo*.

–Dijo Javier, con voz indiferente.

–Pero... imagino que están investigando el caso–. Le preguntó Mariano.

– Así es. Por el momento solo hay un par de testigos que vieron a dos hombres y a una mujer entrar a su oficina por la noche. Parece que Raymundo, ese fatídico día, se había quedado trabajando hasta tarde. Otros testigos que se encontraban caminando en la acera, lo vieron saltar en caída libre. Dicen que cuando su cuerpo tocó el suelo tronó; ni siquiera tuvo tiempo de dar el último suspiro. Quien sabe qué hará la familia para superar esta desgracia y sostenerse de aquí en adelante. Al parecer, Sonia, su viuda, no dispone de dinero propio. Así como estaba de arruinado no creo que haya dejado una herencia cuantiosa.

–Bueno Javier, nos veremos en el sepelio, quiero darle mi último adiós a un amigo muy querido.

–Allí estaré, que pases un buen día. –Dijo Javier, en medio de otro bostezo, – y colgó.

–/–

La mañana estaba nublada, hacía frío, el smog envenenaba a todos por igual. En el Distrito Federal (D.F.) existe ese grave problema; es una de las ciudades más contaminadas del planeta. Más de 20 millones de habitantes ya no pueden respirar bien. Pero ese no era el caso de Raymundo, quien ya estaba disfrutando de la llamada “paz celestial” y de aire puro en el paraíso. Mientras tanto, Mariano esperaba darles el pésame a Sonia y a su hijo Carlos Mauricio. Un muchacho serio, dedicado a sus estudios, un joven de bien.

Antes de salir de su despacho reflexionó acerca del pecado que cometió Ray. Un suicidio no era bien visto por Dios. Pero hizo caso omiso a ese pensamiento, se enrolló en el cuello una bufanda de cachemir color negro, tomó el ascensor y caminó hacia la salida de su edificio sin voltear a ver a nadie. La recepcionista cuando lo vio bajó su mirada. El portero, con solemnidad le abrió la enorme puerta de vidrio. Al llegar a la acera, subió al coche que estaba esperándolo, una limusina negra digna de un presidente.

–Vamos al Panteón Civil de Dolores, Raúl –le dijo con severidad a su motorista. Este, sin voltearlo a ver, le contestó: si señor, lo que usted mande.

Como los demás, el conductor casi siempre estaba cabizbajo ante la presencia de Mariano. Ya fuera por respeto o por miedo. Raúl, era un hombre humilde, provenía del barrio de Las Mercedes, y cuando llegó a pedir trabajo, Mariano sin dudarle se lo dio. Lo vio discreto, intuyó que podía confiar en él. Nunca revelaría sus andanzas –de eso estaba seguro.

El conductor lo dejó en la entrada del panteón. A lo lejos divisó a Javier, quien con un ademán lo invitó a que se le uniera. Cuando estaban juntos caminaron hacia donde sería la última morada de Raymundo Calzada. Al acercarse se encontraron con un grupo pequeño de personas entre parientes y amigos muy cercanos. El hijo y la viuda no paraban de llorar; Sonia lucía descompuesta, parecía que no iba a soportarlo. Su hijo Carlos Mauricio, un joven alto, corpulento, también consternado por la muerte de su padre, la sostenía de un brazo para que se evitar que se cayera por si sufría un desmayo. Entre las lápidas y los grandes abedules del cementerio, el cura rezaba la oración de los difuntos para que el alma de Raymundo descansara en paz y no fuera a parar al lugar equivocado. En ese momento Mariano inclinó levemente su cabeza en señal de respeto, rezando con fervor la oración por el alma de su socio y amigo. Se recordó de un versículo bíblico que encontró apropiado. Acto seguido, oró entre susurros:

“En aquellos días los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; y ansiarán morir y la muerte huirá de ellos”. Apocalipsis 9:6

Pensó que Raymundo había sido estúpido si creyó que con la muerte aliviaría sus penas. Este crimen contra sí mismo solo aceleraría su viaje al infierno. No era más que eso, un crimen. Por lo tanto, iba a ser castigado por Dios. Pasaría a perpetuidad entre las llamas del fuego eterno, es decir, en el infierno.

Javier, al observarlo orar, puso cara de burla, pero tratando de disimular. –

Hasta dónde llega la locura de mi amigo, – rumió en silencio. Es tan contradictorio; primero peca y luego se arrepiente; ora con tanta pasión como si fuera un musulmán. A veces no sé con quien estoy hablando, que ser tan extraño. A pesar de que lo conozco desde hace muchos años, nunca lo llegaré a comprender.

Había llegado la hora; el ataúd sería depositado en aquel estrecho hueco de

cemento, para luego ser sellado. Cuando eso sucedió, Sonia sintió un desvanecimiento, su vista se nubló, las piernas le fallaron; estaba por desplomarse. Después de unos segundos, reaccionó. Su hijo estaba a su lado sosteniéndola de la cintura para no dejarla caer.

Mariano y Javier se acercaron a los dolientes, sus expresiones eran de profundo dolor. Les dieron un abrazo y les susurraron palabras de consuelo. Pasado un momento, se dieron cuenta de que a lo lejos estaba una mujer recostada sobre un centenario árbol. Mariano la observó y se dio cuenta que era Patricia. Una chica a quien le había pedido algunos favores...

–¿Quién es esa hermosa y misteriosa dama? – Le preguntó Javier.

–¿Tal vez una amiga de Raymundo, una amante...? – dijo Mariano entre dientes sin darle mucha importancia al asunto. No quería revelar su identidad. No era un asunto de su incumbencia.

La mujer, a pesar de no ser parte del cortejo de dolientes, se notaba afectada. Estaba inmóvil, parecía una estatua. Llevaba un vestido negro pegado al cuerpo con una estola de lana color gris; su cabello color platino estaba recogido en un moño de manera impecable. Era alta, esbelta, demasiado bella para pasar desapercibida. Tenía un rostro sensual. Su boca pintada de color carmín resaltaba el color níveo de su piel.

–Que lástima, me hubiera gustado conocerla; en estos lugares suceden cosas raras, como por ejemplo esa mujer, a quien nadie parece tomar en cuenta. – expresó Javier.

–De todas maneras, Javier, tu ex socio está muerto, cállate y deja de pensar en *pendejadas*. De seguro, te la encontrarás en algún otro lugar o puedes preguntarle a Sonia, tal vez la conozca, aunque dudo que en estos momentos se acuerde de ella. Sus ojos solo miran el nicho en donde reposa su marido, la veo muy mal.

–Mejor vamos a tomar algo, necesito un trago y si es posible un poco de acción, los entierros me ponen de buen humor, aunque suene absurdo– Terminó diciendo Mariano.

Después de salir del panteón los dos socios se dirigieron al Club Ejecutivo a tomar unas copas. Era un lugar elegante, discreto y tranquilo, en donde solo hombres de negocios se reunían. Al entrar divisaron a dos chicas que estaban

sentadas, en el bar. Ellas sin timidez, les guiñaron el ojo. Mariano sin pensarlo mucho, se les acercó para invitarlas a una copa.

Los cuatro se sentaron en la mesa reservada especialmente para don Mariano Ordáz. Con un chasquido de dedos llamó a uno de los meseros; el hombre al darse cuenta corrió con cara de angustia, para atenderlo.

–¿Qué se le ofrece, señor Ordáz?

–Tráigame una botella de *champagne* Cristal, y unas *botanas*, por favor.

–Al instante, señor Ordáz, ya regreso.

En pocos minutos, el camarero les llevó la bebida. Javier sonrió con satisfacción al pensar que esa noche tendría sexo. No sabían cuál escoger, las dos mujeres estaban guapas, o tal vez tendría una orgía con las dos. Una era alta, pelo negro, ojos color ámbar, con un cuerpo relleno, voluptuoso, su nombre era Xiomara. La otra chica, llamada Lupe, era baja, pelo corto teñido de rubio caramelo, de boca carnosa, cintura de avispa y grandes pechos; demasiado grandes para su estatura, – pensó Mariano. Luego de una breve conversación ellos se excusaron para dirigirse al baño, solo sería por unos minutos.

–Mariano, ¿cuál prefieres?,– le preguntó Javier, como si estuvieran en una dulcería.

–Déjame a Lupe, la pequeña, me gusta más, esa boca carnosa podría darme mucho placer.

–Bueno, yo me conformo con Xiomara, la *jirafona*, tiene buen trasero. De todas maneras, mujer es mujer, todas tienen lo mismo. –Terminó diciendo Javier, entre risas.

Después de ponerse de acuerdo, y en medio de sonoras carcajadas, sacaron una bolsa de cocaína, hicieron finas líneas sobre el mármol del lavabo y las aspiraron con energía. Luego salieron del baño animados.

Las dos chicas sospecharon que habían ido a darse un *narizazo*. Por lo tanto, Xiomara que era la más *parlanchina*, le pidió a Mariano un poco para ellas. Él, inmediatamente sacó otra bolsita de su chaqueta y se la entregó. Ella la guardó en su cartera y se fueron directo al tocador de señoras.

–Oye Lupe, mira que estos tipos están guapos, se nota que tienen *lana*, y además *coca*, que más se puede pedir. Esta noche la pasaremos genial.

–Bueno, hay que esperar a ver con qué salen; aunque parecen buenas personas; es decir, se ven elegantes, ricos, educados; sin embargo, estoy segura de que son casados. –Reflexionó Lupe un poco decepcionada.

–Y a ti qué te importa, solo los queremos para esta noche, no para casarnos.

–Sí, tienes razón, ahora saca el polvito mágico, para animarnos un poco y no quedarnos atrás.

Cuando terminaron de hablar y aspirar la cocaína, las dos salieron del baño tarareando canciones y bailando al compás de la música reguetón que sonaba en el club. Al acercarse, Xiomara le dio un beso a Javier y Lupe a Mariano. Se había iniciado el coqueteo, la insinuación, el juego previo al sexo.

Los ojos de Mariano y Javier fijaban sus miradas en las curvas de las jóvenes, en sus pechos, en sus piernas. La sangre les comenzaba a bullir, la lascivia a carcomer sus cerebros, sabían que sería una noche salvaje, y quién sabe que más sucedería.

Después de dos botellas de *champagne*, Mariano y Javier comenzaron a manosear a las mujeres. Cuando ya estaban un poco ebrios, salieron del lugar abrazándolas y besándolas. Al llegar al estacionamiento, Mariano mandó de regreso a su chofer y le dijo que le llamaría más tarde. El hombre sin mediar palabra solo asintió con su cabeza, quitándose el gorro del uniforme en señal de respeto.

Se metieron en el coche de Javier, el cual, tenía suficiente espacio para que Mariano retozara con la mujer. Tampoco Javier perdía el tiempo, mientras manejaba una de sus manos parecía los tentáculos de un pulpo deslizándose sobre las piernas de Xiomara, jugando con ella. La mujer solo reía, emitiendo raros sonidos como los de una gata. Mariano, mientras tanto, le indicó a su amigo, a donde irían.

Finalmente, llegaron a su destino: el motel *Deluxe*. Un viejo y resquebrajado edificio que quedaba en un barrio popular. Cuando se bajaron del coche vieron a hombres de mal aspecto salir de sus vehículos. Unos iban a registrarse y los que ya lo habían hecho entraban a las habitaciones con prostitutas; lo mismo hacían, las lesbianas y homosexuales. Individuos drogados y borrachos deambulaban como zombis en los pasillos; una escena patética, triste, decadente.

–Putá... Mariano, ya la *riegas*, y ¿por qué me has traído aquí?

–Ya ves, hay que variar un poco, los lujos aburren, no hay como dejarse tentar por el demonio viniendo a estos lugares, en donde habita Satán. En estos sitios abrigo un placer morboso cuando veo a toda esta clase de gente, me siento a gusto entre ellos. Me gusta más el sexo, en medio de la inmundicia. ¿Me entiendes lo que quiero decir?

–No, pero si eso es lo que te excita, por mi está bien; de todas maneras, nadie dijo que iríamos a la Basílica de la Virgen de Guadalupe. Pero, me asusta este lugar, aquí nos podría pasar algo. Se ve peligroso.

–De eso se trata amigo, de sentir un poco de adrenalina. Si realmente existe el demonio, aquí lo veremos—. Al decir esto, soltó una carcajada. Y continuó:

–No te preocupes, cobarde, que para eso vengo bien armado. A mí ni la muerte me asusta. Mira mi escuadra, además tengo una filosa daga con empuñadura de oro macizo. Es tan delicada que la víctima no la siente. No le da tiempo de emitir el más leve gemido. Su muerte es rápida y segura. Esta daga es preciosa; un recuerdo de antaño. Algún día te contaré la historia acerca de la daga.

–Mariano, hablas como si fueras un asesino, me estás asustando. Bueno, a decir verdad, no tanto; porque creo que, si se presentara la ocasión, serías capaz de eso y más.

–Que loco eres Javier, solo tienes que entender que hay que andar armado, el D.F. es peligroso. Nunca se sabe entre millones de almas, quién querrá mandarte al otro mundo.

Luego entraron a un espacio, lúgubre, oscuro. Allí se encontraba sentado detrás de un mostrador en mal estado, un hombre ya viejo, a quien solo alumbraba su rostro una bombilla de luz color rojo, que lo hacía parecer un fantasma. Sin saludarlos, les pidió con rudeza lo que costaba el *cuartucho*. Mientras tanto, las chicas afuera se amoldaban el cabello con sus manos y bajaban sus vestidos, que se les habían subido casi al nivel de sus *panties*. Luego de pagar, con llave en mano, Mariano volvió a ver hacia el estacionamiento y notó la presencia de Patricia, la que estaba en el panteón. – ¿Y esta loca porqué me está siguiendo?, –se preguntó. Javier se dio cuenta y le dijo a Mariano que mejor se acercaran para ver que quería. Los dos caminaron

con ojos bien abiertos, en donde ella se encontraba. Pero Patricia subió a su coche y salió veloz.

Mariano no habló más del asunto; no le quería contar nada a Javier, de aquella mujer. Inmediatamente una ira negra lo envolvió, tendría que contactarla para exigirle que lo dejara en paz. Pero decidió no pensar más en esa *perra*, como él la llamaba.

Luego vieron a las chicas en el pasillo esperándolos, fumaban, reían y hacían comentarios entre ellas. En segundos se les unieron.

Todos se metieron en la misma habitación y el jolgorio comenzó. En una orgía sin límite, los cuatro, tirados sobre la cama, formaban un amasijo de carne. Las mujeres parecían estar pasándola bien, y en medio del “quehacer”, aspiraban cocaína, tomaban *wiskey*, hablaban, se acariciaban entre ellas y hacían toda clase de bajezas.

Después de algunas horas, Javier, quedó sin aire, extenuado de tanto fornicar. Los cuatro eran depravados. Javier, de repente, se levantó de la cama de un salto y dijo que se retiraba, que estaba muy cansado. Mariano le pidió que se quedara. Javier se vistió de prisa y sin despedirse salió. Nunca imaginó que, en su ausencia, pasarían cosas espeluznantes. Tal como lo había dicho Mariano, el demonio se haría presente, para participar de un juego sangriento.

Cuando Mariano se vio solo con las dos mujeres, se sintió eufórico, tenía a Xiomara y a Lupe solo para él. Xiomara dijo que se quería ir, que ya no tenía más energía. Mariano al escuchar esto, enfureció, la jaloneó del cabello, la tiró fuertemente sobre el colchón y le advirtió:

—No te puedes ir Xiomara, todavía falta mucho. —Le reclamó, con voz amenazante.

Lupe puso cara de terror cuando vio que a su amiga la estaban tratando con violencia. Aterrorizada trató de abrir la puerta para escapar, pero en ese instante Mariano la alcanzó y de un empujón la estrelló contra la pared de la habitación; cerró la puerta de sopetón y se aproximó a ella para darle una bofetada tan fuerte que la dejó tendida en el suelo; la piel de su pómulos se abrió ligeramente y un hilo delgado de sangre comenzó a resbalar por su mejilla. Lupe empezó a llorar; gritaba en vano ya que nadie llegaría a salvarla; ese lugar era de esos en donde puede pasar cualquier cosa sin que a alguien le

importe. Un sitio oscuro, lleno de podredumbre, de seres viciosos que por su aspecto cualquiera creería que podrían venir del inframundo o del mismo infierno.

Mariano estaba furioso porque las chicas se le querían escapar. Entonces, no le quedó más remedio que inmovilizarlas a pesar de los esfuerzos que hacían metiéndole uñas y forcejeando sin conseguir vencerlo. Tan pronto las dominó, las ató de pies y manos con unas tiras plásticas que llevaba dentro de la bolsa de su chaqueta. Las mujeres no pudieron hacer nada, pues estaban tan ebrias, drogadas y golpeadas, que se rindieron sin dar mucha pelea. Él, tratando de engañarlas les dio más cocaína y licor. Ellas se llenaron de un efímero optimismo pues pensaron que se trataba de otro juego. Entre lágrimas comenzaban a reír nuevamente como si fueran desquiciadas. En ese momento Mariano esgrimió su fino puñal y con la frialdad del más avezado asesino lo enterró certeramente en la yugular de Xiomara causándole la muerte. La sangre comenzó a brotar a borbotones de su fino cuello. Lupe siguió después. Ella solo pudo expresar su pánico a través de un grito agudo y ahogado. Acto seguido, se desangraba como lo hacía su amiga, inconsciente, en completa agonía. El líquido de vida salía de manera rápida, empapando todo el colchón y luego caía como una fina cascada roja sobre la alfombra. Xiomara y Lupe habían muerto sin que les quedara tiempo para arrepentirse de sus pecados o encomendar su alma a Dios. Sus cuerpos comenzaban a palidecer, sus labios se tornaron púrpura y los ojos de mirada vidriosa, proyectaban el pavor de haber visto el rostro de la muerte.

Mariano se deleitó al ver a sus víctimas sobre un abundante charco de sangre. Inmediatamente, se dirigió al baño a tomar una ducha. Cuando corrió la cortina se encontró con toda clase de alimañas. Dejó correr el agua para que estas salieran por el desagüe. –Qué bonito baño– se dijo en tono de burla, tarareando una canción. Tomó entre sus ensangrentadas manos pedazos de un jabón sucio, llenos de cabellos, para lavarse. Lo hizo sin afán. Para Mariano no había pasado nada. El hecho de haber matado a las prostitutas le produjo una descarga de placer, igual a como lo hace la droga en un adicto. Al salir del baño, se dio cuenta de que un par de enormes ratas lamian la sangre desparramada sobre el suelo. Y otra estaba sobre uno de los cuerpos tratando

de dar el primer mordisco. Esa dantesca escena causó en él otra descarga de dopamina y lo excitó sexualmente. Al terminar de vestirse salió como si nada hubiera sucedido; su rostro tenía la expresión de un hombre feliz. Su indiferencia ante lo sucedido era mortal. Nadie preguntaría por esas *zorras*. – Además, estoy ayudando a limpiar la escoria humana del mundo –pensó. Sin embargo, no quería testigos que lo reconocieran. Entonces, fue a buscar al viejo que atendía en el mostrador. Se acercó con el pretexto de hacerle una pregunta, para luego darle la estocada mortal, como lo había hecho con las inquietas jóvenes. Este cayó al suelo con los ojos abiertos mirándolo fijamente con expresión indescifrable. Luego limpió su daga ensangrentada con una sucia toalla que se encontraba sobre el mostrador, para después guardarla en una de las bolsas del abrigo.

Inmediatamente pensó que las víctimas ni siquiera saldrían en las noticias; nadie se ocuparía de publicar la muerte de unos seres desconocidos; unos “don nadie”. Javier no le haría preguntas; y si eso sucedía, le mentiría. Supondría que después de que él se fue la había pasado genial en una sesión interminable de sexo.

Parado en el pasillo, fumando un cigarrillo, en completa tranquilidad, llamó a Raúl, su motorista, para que lo fuera a recoger. El hombre apareció en poco tiempo, a esas horas el tráfico había disminuido. Mariano, tan pronto lo vio, caminó hacia el coche, se metió en la parte trasera y le comentó a su chofer que había sido “la noche de su vida”. Este sin hacer comentarios, en completo silencio, lo condujo a su casa. Al llegar, solo dos palabras salieron de su boca: buenas noches, *don Mariano*.

Subió a su habitación sin arrepentirse de lo que había hecho. Pero de un momento a otro entró en una confusión abismal; su conciencia le decía que había pecado. Para sentirse más tranquilo, se sentó en la cama, tomó un libro llamado *Josefina y sus demonios*, de Francisco José Martínez. Leyó acerca de la mujer; del pecado original, de cómo Eva había tentado al pobre Adán para que sucumbiera al deseo de la carne. Este decía:

La mujer es el origen de todo pecado, es débil, lujuriosa, y la culpable de que el hombre sea un pecador. De ella se materializa el pecado original, por ella es que los hombres caemos en la garras de Satanás. Ella está en el

mundo para corromper con su sexo. Es el súcubo del demonio, es más carnal, traidora, la perfecta escogida para la brujería, ya que el demonio la considera maliciosa. Y continuó:

Solo hay que remitirse a la historia: cuando Elizabeth Báthory secuestraba doncellas, allá por el siglo XV, las asesinaba para bañarse en su sangre, decía que eso le prolongaría su juventud y hermosura. Cleopatra, quien mató a su hermano para usurpar del poder, llevó a la locura a dos hombres: Marco Antonio y Julio César, valiéndose de su belleza. Cabe mencionar a Catalina de Médici y Lucrecia Borgia. La primera, intentó reconciliar a católicos y protestantes por medio de la boda de su hija con el jefe opositor, Enrique de Navarra. Ante la intransigencia de ambas religiones, envenenó a casi toda la corte que acudió a la boda. Lucrecia Borgia representó a la política maquiavélica. Maldecía y envenenaba a sus enemigos. Para terminar, está Dalila, quien enamoró a Sansón; sabiendo que su fuerza residía en su cabellera, lo durmió para luego cortársela; esto le dio el triunfo a sus enemigos.

Después de justificarse a través de los hechos históricos, concluyó que no tenía porque sentir ningún remordimiento. Había limpiado el mal, la escoria humana, con los asesinatos de dos súcubos satánicos que no hacían más que provocar las pasiones equivocadas y torcidas. –“Lo anormal solo puede venir de Satanás” –pensó. Luego se metió en la cama en paz consigo mismo; estaba seguro de que había hecho un bien, seguía el ejemplo de Abadón, el ángel inquisidor, el enviado de Dios para limpiar la Tierra de pecadores.

Al día siguiente Mariano llegó a su oficina; lucía descansado, su piel brillaba, se notaba saludable, lleno de energía. Su secretaria, al verlo, corrió a darle los mensajes, su taza de café, etcétera.

–Luce muy bien esta mañana don Mariano. –Le dijo.

–Gracias Rosario, lo mismo tú. Ayer la pasé muy bien, no te imaginas lo que me divertí. Además, solucioné unos imprevistos. Dios dice que como Él no puede bajar del cielo, seamos nosotros los encargados de resolver los problemas aquí en la Tierra.

–No sé a que se refiere don Mariano, pero supongo que fue a misa a pedir por nosotros los pecadores, le dijo sin extenderse en el tema.

—Exactamente Rosarito. Pedí por los pecadores, por mí especialmente, para que Dios me perdone; tenemos que hacer méritos para alcanzar su perdón. Pero eso no es suficiente sino limpiar el mal. Es decir...tratar de que este mundo sea puro. Bueno, no pienses tanto en mis palabras, no le des vuelta a tu cabecita, mejor traeme la correspondencia y mi *laptop* que olvidé sobre tu escritorio.

Mariano, tomando una taza de café, se acordaba de cómo Sonia había logrado sobrevivir, entre lágrimas y desmayos, el entierro de su marido, sin ir a parar a un hospital. Su hijo, había estado pendiente del dolor de su madre, a pesar de que también él se encontraba en mal estado. Rememoró cuando sellaron la tumba y dejaron lapidado, dentro del angosto nicho, el cuerpo de un esposo y padre de familia. También la verdad había sido enterrada con él.

Ya no había nada que hacer, para Sonia su vida estaba acabada. A ella ya no le importaba nada. No obstante, su hijo deseaba saber porqué su padre se había suicidado. El joven se haría responsable de su madre, velaría por su seguridad, por la economía del hogar, trataría de estar más cerca de ella para que no se sintiera muy sola. También, investigaría a fondo el suicidio de Ray. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles.

El día transcurrió de la misma manera; entre llamadas y reuniones. Cerca de las cinco de la tarde Mariano pensó hacerle una visita a Sonia, era una buena idea. Tenía la intención de ayudarle, pero con una condición...

—/—

A Mariano siempre le había gustado Sonia; sentía por ella una obsesión desmedida, anormal. Desde que la conoció, no pudo hacer otra cosa que pensar en ella. Pero Sonia no era de esas mujeres capaces de tener un amante. Era una mujer demasiado *santurrona*, amaba a su familia y jamás los pondría en vergüenza entablando una relación amorosa con otro hombre, que no fuera Raymundo. Él todavía no se atrevía a confesarle su amor. En ella veía la antítesis de la mujer fácil, de la prostituta a la que estaba habituado a frecuentar. Todo en ella le parecía hermoso, sus torneadas piernas, su cara de ángel, su espiritualidad. Una mujer entregada a Dios y a obras sociales. Para Mariano era la personificación de la Virgen María. Se sentía seguro a su lado, aunque solo fuera su amigo, Era la única persona en quien confiaba. Pero

estaba casada y eso era un impedimento. No podía contradecir la palabra de Dios: “No desearas a la mujer de tu prójimo”. Ese indebido deseo lo confesaba todo el tiempo. El cura le aconsejaba que diera dinero a la iglesia para que sus súplicas de perdón fueran escuchadas por Dios.

Cuando *Ray* estaba vivo, los tres amigos se veían frecuentemente en reuniones sociales, él llegaba a su casa como si se tratara de la propia. A medida que pasaba el tiempo en Mariano crecía un deseo perturbador por ella. No sabía como dominarlo, pero tenía que hacerlo porque si ella se daba cuenta cortaría su amistad con él. Cuando se estaba en su habitación, maquinaba qué hacer para que Sonia se encontrara desvalida, vulnerable.

Pensó en ganarse su cariño a través de su hijo. Pero, Carlos, le había demostrado animadversión sin razón alguna. Entonces, ¿cómo haría para llegar a ella?

–Ya encontraré la manera de hacerla caer rendida a mis pies. –Se juró, poniendo una torcida sonrisa.

Capítulo 2

Los amigos

Javier había sido compañero de Mariano en el colegio y los dos eran muy parecidos. La diferencia entre ellos radicaba en que Mariano venía de una familia pobre y Javier de una acaudalada. El padre no había podido pagarle sus estudios y se ayudaba de un sacerdote, familiar. Era un tío de Mariano que se encontraba en un convento situado en Cuernavaca llamado “Seminario de San José”; su nombre era Juan Pedro Arizábal y le costaba un colegio costoso a su querido sobrino.

Juan Pedro había nacido en el seno de una familia adinerada. Desde pequeño, sus padres le inculcaron el amor a Dios. Cuando murieron, él heredó una cuantiosa herencia, a pesar de que nunca fueron a verlo al seminario.

Un día, Francisco, el padre de Mariano, lo llevó de visita al seminario cuando apenas tenía trece años. Juan Pedro quedó encantado con el niño e insistió en que tenía que entrar al centro religioso tan pronto cumpliera los quince años. A Mariano no le disgustó la idea porque dentro de él existía la necesidad de aliviar su soledad. Su madre había muerto cuando apenas era bebé y estar dentro de una congregación llenaría esos vacíos. Tenía un padre frío, carente de valores para poder educar a un hijo. Trabajaba de *chulo* (Gigoló, o vividor), decía que había que sacarle provecho a lo que mejor sabía hacer que era vender su cuerpo; a él no le interesaban los sentimientos. Se dedicaba a complacer a hombres o mujeres y les sacaba suficiente dinero por sus servicios sexuales. Los vicios lo tenían esclavizado, todo lo que ganaba lo gastaba en alcohol y droga. Regañaba a Mariano con severidad; muchas veces exageró su dureza propinándole inclementes palizas sin razón aparente. Francisco y su hijo Mariano vivían en un barrio popular, en donde una señora le rentaba dos cuartos muy pequeños. En la habitación de Mariano había una ventana que daba a la calle cubierta a medias por una cortina de tela polvosa, raída y descolorida. Dormía en una pequeña cama cuyo respaldo estaba lleno de agujeros en donde las polillas habían hecho su hogar. Al fondo

de un estrecho y oscuro pasillo había un baño mugriento que nunca limpiaban. Su padre dormía en un colchón roto que estaba tirado sobre el suelo. No existía una cocina ni menos una mesa para comer. Solo una pequeña refrigeradora en donde guardaban leche, huevos, pan y mantequilla. Casi siempre comían en la calle. En una esquina de la habitación estaba un estante lleno de libros religiosos y de revistas acerca de exitosos hombres de negocios.

Cuando salía del colegio se refugiaba en sus libros pensando en que quería aprender más de Dios y de negocios. Soñaba con ser un gran empresario, pero también quería ser cura, entregar su alma a Dios, pero sin hacer los votos de pobreza que ya sufría lo suficiente, para pretender quedarse atrapado en ese mundo de miseria. Quería hacer justicia, someter y castigar a los ambiciosos, a los que se vendían por unas monedas como lo hacía su padre. El dinero para él significaba poder, el mundo se postraría a sus pies, “Poderoso caballero es don dinero” –se repetía una y otra vez. Al final, terminaría adorando a dos dioses: al dios dinero y a Dios Espíritu Santo, en medio de una espantosa y aterradora confusión. Mientras estuvo en el colegio fue difícil para él entablar amistad con otros chicos que no fueran los de su mismo barrio. Solo lo hizo con Javier. No obstante, nunca lo invitó a su casa porque le daba vergüenza que se diera cuenta de la pobreza en que vivía. Pertenecían a dos mundos diferentes. Si no hubiera sido por el tío Juan Pedro, él nunca hubiera podido asistir a una escuela de niños ricos y jamás hubiera conocido al que sería, en un futuro, su mejor amigo y socio.

Con el paso del tiempo, conocer la vida que llevaba Javier lo motivó a prepararse y a querer surgir. Su ambición no tenía límites, pero en él predominaba la idea de servir a Dios más que cualquier otra cosa.

Con relación a Javier, siempre estaba metido en líos, en peleas con sus compañeros por cosas estúpidas. Llamaba a Mariano para que lo acompañara a dar puñetazos a quien se le pusiera en frente; este aprovechaba la oportunidad para desahogar su rabia; para Mariano era su entretenimiento favorito. Se hicieron muy amigos, no se separaban, eran *uña y mugre*. Javier, al ser un chico adinerado, siempre ayudó a Mariano a pagar su vestuario y diversiones con la condición de que hiciera lo que él le pedía. Era el cómplice

perfecto en sus andanzas, que no eran precisamente buenas. Como Mariano, Javier también tenía su lado oscuro.

Una vez se encontraban en el cine disfrutando de una película de crimen, cuando le avisaron a Javier que su padre había muerto de un paro cardíaco. Salieron rápidamente de la sala; Javier estaba impresionado, sus ojos se llenaron de agua y estalló en llanto. Después de esto, el muchacho heredó una inmensa fortuna que administró bastante bien; le dio a su madre todo lo que necesitaba hasta ya entrada su adultez, pero solo él se haría cargo de manejar el dinero.

Con su herencia compró varias propiedades, las remodelaba para luego alquilarlas o venderlas. En este mercado inmobiliario hizo crecer su fortuna a más del doble. Mariano, por otro lado, tenía solo una salida; convertirse en cura, ya que únicamente así podría solventar sus necesidades económicas, su soledad y la falta de amor en su vida. Quería ayudar a los necesitados, entregar su alma a Dios, encarar la maldad del mundo para salvarlo del pecado. Una noche soñó que era Papa.

Antes de que se graduaran de *prepa*, Mariano salió para el seminario. Los amigos se separarían por un largo tiempo...

Capítulo 3

El tío Juan Pedro

En aquel entonces Francisco llevó a Mariano al seminario. Su padre, quería dejarlo con el tío para evadir sus obligaciones. Lo que las mujeres le pagaban por su cuerpo lo gastaba en vicios; para su hijo no alcanzaba el dinero. Entonces lo trató de convencer de que pasara un tiempo allí, para ver si sentía “la llamada de Dios”. Antes de salir a Mariano, lo asaltaron las dudas.

–Papá, ¿estás seguro de que quieres que me haga cura? Sabes que tendré que alejarme del D.F., perderé de vista a Javier que es mi único amigo. No me puedes hacer eso.

–Ya lo verás cuando vengas de vacaciones. En respuesta a tu pregunta, estoy seguro de que tienes vocación, lo puedo ver en tus ojos. Sé que te gusta leer libros acerca de Dios. Solo basta ver el anaquel que tienes en tu habitación lleno de textos religiosos que hablan de “la palabra del Señor”. Tal vez Dios te ha escogido para salvar almas –le había dicho. Anoche tuve un sueño, eras monseñor, todo el pueblo te veneraba, ibas montado en una carroza dorada llena de flores, los rayos del sol iluminaban tu rostro y lo hacía parecer el de un santo. Ese sueño me dice que serás grande. Que puedes, llegar, incluso, a ser Papa. Dios, me está hablando a través de mis sueños, quiere que salves al mundo del pecado, hijo mío.

–Pero, eso no quiere decir que me gustaría ser cura, aunque no niego que me gusta conocer a saber de Dios. Sobre todo, quiero saber acerca de la batalla entre Dios y el demonio. Es interesante saber acerca del bien y del mal. ¿Tú crees en Satanás? –preguntó a su padre.

–Sí, por supuesto. Él, igual que Dios, está en todas partes, Satanás siempre está acechándonos para que pequemos. Él usa muchos disfraces, se vale de artimañas para engañarnos. Yo lo concibo como la mezquindad del mundo, el poder que da el dinero mal habido, el sexo lujurioso, la gula, etcétera. Pero no es tu caso, porque bajo el cuidado de tu tío no conocerás esas cosas. En ese lugar encontrarás paz, amor filial; estarás más cerca de Dios, si cometes

alguna falta, te perdonará de inmediato debido a tu cercanía con Él.

–Y si Dios es tan omnipotente ¿por qué permite, que cosas malas sucedan? ¿Por qué Dios no nos cuida del demonio y por qué hay tanto sufrimiento en el mundo si dicen que “Dios es amor”? Las personas siempre esperan un milagro, pero Él lo concede cuando quiere, no cuando se necesita. No entiendo porqué, si es un buen padre, actúa así.

–Todo eso lo sabrás con el tiempo estudiando su palabra; debes confiar en tu tío; cuando te diga o te pida algo tienes que obedecerle debido a que ese hombre sabe mucho. Escucha bien, tienes que hacer lo que él te diga. ¿Entendido? Por eso irás al seminario hijo, para te puedas contestar a todas esas preguntas. Dios es misericordioso, no lo olvides, y el tiempo de Él no es el nuestro, todo llega en el momento justo. Allí te enseñaran, compartirás el pan de cada día con tus semejantes, entregarás tu alma a Dios y sabrás la diferencia entre el bien y el mal.

Eran muchas preguntas las que se hacía Mariano. Aunque su inocente cabecita estuviera llena de interrogantes, le agradaba la idea de estar cerca del tío Juan Pedro y conocer más al Ser Supremo era importante para él. Mariano convencido de lo que su padre le había dicho, arregló su valija con entusiasmo.

Con una sonrisa infantil, su padre, lo tomó del brazo; le llevó su maleta y la puso en el baúl del coche. Ambos se dirigieron hasta Cuernavaca una ciudad a 85 km del D.F. Después de manejar algunas horas, llegaron. Mariano se deslumbró ante aquella ciudad tan linda de clima envidiable. “La ciudad de la eterna primavera”, como la llaman, hizo soñar al muchacho cuando contempló aquellos paisajes copados de flores de buganvillas, jacarandas y azucenas, que emanaban tranquilidad y paz. El joven pensó por un momento estar en el llamado “paraíso”. Todavía era un niño, su inocencia traspasaba aquella frescura que mostraba toda aquella belleza natural que había a su alrededor.

Creía estar viviendo un cuento de hadas. Tendría amor, una buena cama adonde dormir; comida caliente, un lugar santo y la compañía de una sagrada familia. La casa comunal era muy linda, engalanada con jardines en la entrada que invitaban al sosiego del espíritu. Mientras vislumbraba todo eso notó que a lo lejos venía su tío apresurando el paso y con los brazos abiertos, pronto

para abrazarlos. Cuando estuvo cerca les dio la bienvenida.

– Hola primo ¡Mi niño! ¡Has venido! ¡Qué bueno que estás aquí! No lo puedo creer –le dijo emocionado. Juan Pedro tenía un semblante sereno, bonachón, estaba pasado de kilos. Su alopecia le daba la apariencia de Papa de película. Inspiraba confianza y santidad.

–Hola tío Juan, como puede ver aquí estoy. Tengo hambre; el camino fue largo –dijo con inocente sinceridad.

–Disculpa a este chico –le dijo, Francisco a su primo. La falta de madurez los hace cometer imprudencias.

–Así es la juventud, no piensan antes de hablar. – Dijo el tío entre risas y prosiguió:

–¡No hay ningún problema! Ya te daré un refresco con *taquitos*, no te preocupes, de lo que menos vas a padecer aquí es de hambre. Las monjas nos han traído mucha fruta y pan recién horneado; además, el seminario está rodeado de arboles frutales, puedes ir a cortar las frutas que se te antojen.

–Gracias tío, que bueno; me encantan los aguacates. ¿Y, dónde es mi cuarto? –dijo mostrando curiosidad.

–Primero saquemos el equipaje y luego me siguen. Creo que te va a encantar, aunque sea sencillo. Ya lo verás.

Mariano, su padre y Juan Pedro caminaron con tranquilidad hacia el área de los dormitorios que estaban en la segunda planta. Mariano los seguía volteando a ver a todas partes. Ambos, cuchicheaban entre sí. –Quizá hablan de mí –pensó el muchacho. Pero su atención se concentraba más que todo en lo que había a su alrededor, en todos los seminaristas que andaban de un lado al otro cargando libros pesados y charlando en camaradería.

El edificio era de dos plantas, abajo un patio central con una fuente en el medio rodeada de azucenas y begonias; frente a ésta, formando un perfecto cuadrado, se encontraban aulas y oficinas. En el extremo del edificio había una hermosa capilla, las ventanas eran de vitrales con figuras de santos, en donde la imagen de San José predominaba.

Una vez entraron a la que iba a ser su habitación, Mariano se; tiró en la cama con la espontaneidad de un chiquillo; todo parecía complacerlo. Tenía plena confianza en su tío Juan Pedro, se sentía protegido, querido. Mientras

doblaba su ropita, le prometió obediencia fijó su vista en el crucifijo de plata que colgaba sobre su cama. En ese momento habló con Jesús diciéndole que estudiaría su palabra y la pondría en práctica. Que no le fallaría y rezaría por los pecadores, comenzando por su padre.

–Que niño mas devoto es Mariano –le dijo Juan Pedro a Francisco. –Te prometo que aquí no le faltará nada. Lo que le sobraré es amor y buen ejemplo.

Antes de que su padre se despidiera, Mariano le preguntó que cuánto tiempo se quedaría en el seminario. Él le contestó: –“Todo el tiempo que sea necesario para que te conviertas en un buen siervo del Señor”. Te vendré a visitar cuando pueda.

Su padre nunca volvió. Entonces Mariano quedó a merced de su tío y de las demás personas que vivían en el seminario. Después de seis meses de ni siquiera recibir una llamada de parte de Francisco, supo que lo había abandonado. Sería otro huérfano más en el mundo.

Capítulo 4

Sonia

Sonia se encontraba en la terraza de su casa absorta en sus pensamientos; se acordaba del día en que había conocido a *Ray* mientras cursaba su cuarto año de universidad. Todo pasó por su mente, como si estuviera viendo una película romántica. Después de un año de noviazgo se habían comprometido y dos años después se casaron. Sonia conoció a Mariano en una reunión de negocios durante un almuerzo que ofreció a sus socios. Raymundo fue invitado y sería propuesto para formar parte de la sociedad de Mariano puesto que tenía una trayectoria exitosa de trabajo. Se había graduado de una prestigiosa universidad en México, D.F. y ahora estaba cosechando los frutos de su esfuerzo. La propuesta era buena; ganaría mucho dinero además de relacionarse con gente importante. Sonia estaba feliz, no podía pedir más; tenía un hijo precioso a quien llamó Carlos Mauricio, un esposo inteligente y magnífico ser humano. Todo cambió abruptamente con el aparente suicidio de Ray, como ella lo llamaba cariñosamente. Su vida dio un vuelco inesperado.

Rememoraba su pasado lleno de felicidad, esperanza, y gratos recuerdos. De repente su cara enrojeció, la tristeza se apoderó de ella, e inmediatamente irrumpió a llorar. En ese momento apareció Carlos, la abrazó y le dijo palabras de consuelo. Carlos guardaba una rabia contenida por la trágica muerte de su padre, que de un momento a otro estallaría. Quería averiguar lo que había sucedido; sentía que tenía el valor suficiente para enfrentar la verdad.

El timbre sonó y la persona de confianza de Sonia, *doña Carmelita*, como ella le decía con respeto, salió atender la puerta. Cuando caminaba por el pasillo un escalofrío recorrió su espina dorsal, sintió que algo siniestro estaba por entrar a la casa. Se enojó con ella misma por ser tan paranoica, por desconfiar hasta de su sombra. Después de la muerte de su *patrón* todo a su alrededor lo notaba lúgubre; pensamientos angustiosos la torturaban; lo mismo le pasaba a su patrona y a su hijo; todos en esa casa estaban en la misma

sintonía. Carmelita amaba tanto a esa familia, que los defendería hasta con su propia vida en caso de peligro. Aunque menuda, era una mujer fuerte y enérgica. Ella tenía el don de percibir el mal a gran distancia.

–Buenas tardes, –dijo Mariano parado en el umbral de la puerta. ¿Está la señora Sonia?

–Si señor Mariano. Está en la terraza. –dijo poniendo cara seria.

–Quisiera hablar con ella unos minutos, he venido a ver si se le ofrece algo; después de la muerte de *Ray* debe de sentirse muy sola.

–Señor, por favor siéntese. Espéreme *tantito*. Voy a decirle que usted está aquí.

Carmelita llegó a la terraza y encontró a su patrona inconsolable. Sonia tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Su cara reflejaba dolor, desesperanza. Era una imagen que daba mucha lástima.

–Señora, disculpe, el señor Mariano está aquí, desea hablar con usted.

–¿Mariano?... dile que pase.

Carmelita llegó a donde se encontraba Mariano, para decirle, que la señora lo estaba esperando. Este con indiferencia, le dio las gracias poniendo cara compungida.

–Sonia, ¿cómo estás? –Aunque, la pregunta era tonta, no se le ocurrió decir otra cosa.

–Como ves Mariano, no me repongo, pero el tiempo es el mejor aliado, Dios también –le contestó entre sollozos.

Acto seguido, le ofreció asiento a Mariano. Él la miró fijamente; una expresión dulce en su rostro le decía que estaba allí para ella. Sonia, en medio de su pena, lucía bella. Era una mujer aproximándose a la mediana edad; alta, piernas largas, cintura delgada, cabello negro azulado, que llevaba recogido en un moño entrelazado, al estilo de Frida Kahlo. Lo mejor en su rostro eran sus ojos verde uva, que proyectaban dulzura.

A pesar de su dolor Sonia sintió alivio al verlo. Cuando *Ray* estaba vivo, compartían con Mariano las vacaciones, reuniones sociales en casa y en ocasiones cenas de trabajo. Entre ellos existía una amistad de muchos años.

Cuando Mariano la contempló detenidamente pudo adivinar que muy pronto no quedarían vestigios de aquella bella mujer. Moriría prematuramente como

lo hace una flor. Había llegado a darle ánimo, pues no deseaba que se sintiera tan sola.

–Sonia, he pasado por la Basílica de la Virgen de Guadalupe a rezar por el alma de *Ray*, Se que ella me escucha –le expresó.

–Yo sé que tienes una fe ciega en ella; pídele por mi, que me ayude a aceptar esta dura realidad, que encuentre al menos una razón del porqué *Ray* hizo esa locura. La incertidumbre que vivo es un infierno.

–He venido precisamente a decirte que si algo se te ofrece me puedes llamar; no importa si es de noche o de madrugada, ¿me entiendes?

–Gracias Mariano, estoy descontrolada; solo Carlos me da fuerza para seguir adelante. Me preocupa que esté tratando de averiguar el motivo de la muerte de *Ray*. Es un buen chico, pero muy testarudo. Insiste en que *Ray* no se suicidó; dice que, quizá alguien lo empujó por la ventana para que cayera al vacío o que se vio obligado a suicidarse por algún grave motivo. ¿Pero, que pudo haber sido? No nos faltaba nada; amor teníamos de sobra, un hijo maravilloso, una situación económica abundante. ¡No lo entiendo!

–Es claro que *Ray* se suicidó Sonia, creo que no deberían buscarle “tres pies al gato”, cuando no los tiene. Mira...no sé si contártelo, pero creo que es mejor que te enteres; él estaba en un delicado problema financiero. Tenía acreedores que no le daban paz ni un segundo. Eso pudo haber tenido que ver.

– Nunca me lo contó. Me parece extraño que no me lo haya dicho, entre nosotros no había secretos.

–Aunque no lo creas, a veces los hombres no cuentan todo a las esposas. Ocultan sus fracasos por vergüenza. Pero yo te voy ayudar a salir adelante –le dijo con total convicción.

–Bueno, solo pasaba unos minutos, me debo retirar; quiero preguntarte si puedo regresar otra vez, no quiero que estés tan sola.

–Está bien Mariano, ésta es tu casa, puedes venir. Únicamente te pido que me avises con tiempo puesto que no todos los días estoy de ánimo. Gracias por todo. Eres un buen amigo.

Mariano se paró para darle un beso de despedida en la mejilla. Carmelita lo observaba detrás de una puerta pues no quería perderse nada de lo que dijera; se prometió que de allí en adelante seguiría sus pasos para saber que

tenía en mente. Cuando vio que se aproximaba, salió de su escondite y lo acompañó a la salida. Después de que Mariano cerró la puerta Carmelita se encogió de hombros; una alarma sonó en su cerebro, sintió que habían sido visitadas por el mismísimo demonio.

—/—

Sonia se encontraba con su hijo desayunando. El amanecer era duro sin la presencia de Ray. El día estaba oscuro y todo parecía estar con esa misma oscuridad para ella. Su cabeza estaba repleta de interrogantes. La incertidumbre la torturaba. Su hijo Carlos, que la observaba con lástima, le preguntó:

—Mamá, ¿y qué hacía el otro día Mariano en nuestra casa?

—Solo vino a ofrecernos su ayuda. —le contestó sin darle importancia al asunto.

—¿Sabes qué cuando lo veo se me crispa la piel? ¿No te sucede lo mismo a ti? Desde que era pequeño me pasa eso.

—Admito, que tiene una personalidad muy fuerte, pero no exageres. Es... qué ¿no confías en él?

—No, mamá. Es un hombre oscuro; vi en el panteón como miraba a una mujer que estaba allí escondida entre los árboles; me pude dar cuenta que ella fue de su atención todo el tiempo. Y a propósito, esa mujer ¿quién era? Nunca la había visto.

—No tengo la menor idea, Carlos. Que me iba a fijar en eso. Solo pensaba en tu papá, en lo injusta que es la vida, además de cruel. Todo lo teníamos, éramos la “familia perfecta” hasta que la tragedia llegó a nuestras vidas.

—No te preocupes; yo voy a indagar hasta el fondo lo que sucedió. Para mí, no fue suicidio; papá nunca lo hubiera hecho. Aunque tuviera deudas, era capaz de salir de cualquier mala racha, era un genio para las finanzas. Recuerdo que sacó a muchas empresas de la quiebra.

—Hijo, no te desgastes, eso no nos lo va a devolver, mejor concéntrate en tus estudios.

Cuando terminaron de conversar, Carlos le dio un beso a su madre y salió para la universidad, no sin antes pensar en la forma en que iba a investigar el hecho. Se pasó los dedos por su tupida melena castaña y se prometió encontrar

la verdad. –Empezaré por buscar dentro de su escritorio, removeré todo, escarbaré hasta el último rincón, alguna cosa aparecerá que me facilite una pista –sentenció silencioso.

–/–

Después de un arduo día de trabajo, el chofer aparcó la limusina, le abrió la puerta y el “lobo vestido con piel de oveja”, entró a su hogar. Una casa vacía de personas, pero llena de lujos; sin una familia que lo recibiera, ni siquiera un perro o un gato que se le acercara, aunque fuera para pedir comida o sobarse en su pierna. Cuando estaba en su habitación se volvía un hombre taciturno, extraño, deprimido. Venían a su mente todas sus experiencias en el seminario, malas y buenas. Pensaba en el

fatal desenlace de su padre. En soledad, en medio de su angustia, aparecían ante sus ojos de forma borrosa las siluetas de Xiomara y Lupe. No se explicaba porqué su alcoba, cambiaba de temperatura, se tornaba fría, nebulosa. Le pedía a Dios que las voces de esos demonios que vagaban en su mente no lo siguieran atacando. A ellos les atribuía su transformación, en lo que terminaba convirtiéndose. En un monstruo.

Acostado en su cama maldijo a su tío Juan Pedro; luego alabó a Dios, con quien sostuvo una larga conversación antes de dormirse. Le pidió que, si moría lo llevara con Él, que le perdonara todos los pecados que había cometido. Los demonios seguían actuando sin piedad, torturando su existencia, tendría que dormirse para que se apaciguaran.

En cuanto a la absolución de sus pecados, a pesar de que lo veía complicado, insistentemente, le pedía a su Señor que se los perdonara. Se hincaba en el suelo con cara de angustia, sudaba, lloraba, sollozaba, murmuraba sus desgracias y recordaba aquel mísero día en que su padre lo dejó en el seminario. Estaba seguro de que existía Dios y Satanás, que el infierno es donde los malos se queman, que el sufrimiento en ese lugar es eterno. Entonces, le dio un ataque de pánico. Seguidamente agarró el frasco de pastillas que tenía en su mesa de noche y tragó dos. Eso lo calmaría. Sin que pasara mucho tiempo, se durmió como si lo hubieran anestesiado. Las voces finalmente se callaron.

Esa noche tuvo un sueño. Revivió, sin quererlo, su vida tormentosa en el

seminario, sus dudas acerca de su fe en Dios y recordó como su tío Juan Pedro había tergiversado y manipulado a su conveniencia el significado del bien y el mal. ¿Fue bueno el tío Juan o fue malo? –se preguntaba. Vio en el sueño cómo el edificio del seminario se convertía en una lúgubre mole de cemento. Una niebla gris lo circundó en un instante. Las bellas flores de la entrada, que eran de colores brillantes, se tornaron grises, violáceas, pálidas. Sus muros chorreaban sangre que salía de entre las rendijas de las piedras formando minúsculas cataratas de un rojo oscuro y ennegrecido. Las ratas salían de todas partes por millones, corrían sin control y chillaban histéricas como si estuvieran envenenadas. En sus pasillos deambulaban cadáveres putrefactos de hombres y mujeres. Entre ellos aparecieron los de Xiomara y Lupe quienes iban agarradas de la mano. A los lejos venía caminando, suspendido en el aire Juan Pedro, que lo señalaba con el dedo acusándolo. Con voz cavernosa le reclamaba haber cometido pecados mortales y un coro de entes invisibles le repetían sin cesar que el quinto mandamiento de la ley divina era: “No matarás”. Luego, Mariano se hincaba llorando. Arrepentido le pedía perdón a los invisibles seres que lo atormentaban. En ese instante alguien lo agarró del brazo. En segundos logró ver la silueta de una elegante mujer que con violencia lo aventó en un hoyo que estaba en el jardín. Juan Pedro le echaba tierra y así lo hacían también los muertos en vida. No tenía mortaja, estaba desnudo. Lo estaban enterrando vivo. Las paladas de tierra que aventaban sobre su cuerpo se le metían en la boca, en sus fosas nasales y en sus ojos. Acto seguido, comenzó a sentir que no podía respirar. Entonces despertó sobresaltado, sudando helado y las manos le temblaban. Se restregó los ojos para despertarse de la pesadilla en la que estaba sumido. Cuando vio que los rayos del sol se colaban por la ventana, respiró hondo y realizó que se encontraba a salvo, acostado entre sus finas sábanas de lino sobre el mullido colchón. Inmediatamente, puso una sonrisa de triunfo al darse cuenta que solo había sido un mal sueño. Luego se dirigió al baño a tomar una ducha para despabilarse. Se vistió con un elegante traje de lana y corbata azul de seda. Mariano bajó a desayunar; la empleada lo atendió con mirada baja, así como lo hacía Raúl. Feliz de sentirse en el plano real se dirigió a su oficina tratando de no recordar el espantoso sueño.

–Mi cabeza lo enreda todo, o ¿son esos demonios que consiguen ausentarme de la realidad? –se preguntó.

Capítulo 5

La confesión

Contrario a lo que Mariano pensó, los periódicos amarillistas publicaron la muerte de las dos chicas perversas, Xiomara y Lupe, lo mismo que la del administrador del motel. En la segunda página estaban las fotos de las mujeres empapadas en sangre, amoratadas y mordisqueadas. Solo Mariano sabía que los mordiscos los habían hecho sus cómplices: las ratas. La foto del viejo parecía que fuera un costal de huesos tirado en el suelo, con la boca abierta, los ojos mas abiertos que los de un búho y llenos de pánico.

Las miró detenidamente y leyó con indiferencia la noticia. Le causó risa y un ferviente deseo por tener otra experiencia similar. Vaya, se hicieron famosas estas ramera. –caviló. El hecho de que hubieran estado en las primeras páginas no puso a Mariano nervioso, jamás averiguarían que él las había asesinado ya que uno de los testigos estaba muerto y a los demás no les importaba. Sin embargo, hablaron de una mujer que dio la primicia y dijo haber visto a un hombre alto, bien vestido, pero que la oscuridad no le permitió ver con claridad sus facciones. El periódico había publicado la foto de la testigo. Después de examinarla detenidamente se dio cuenta que era Patricia. Ese hecho no dejó de ponerlo un poco inquieto.

Patricia, había jugado un papel importante en el suicidio de *Ray*. A Mariano se le ocurrió ponerle una trampa a su amigo y socio. La había enviado a la oficina de *Ray* para que lo sedujera.

Una tarde había entrado a un sitio de modelos y *escorts* en *internet*. Del catálogo escogió a una muchacha de alrededor de veinte años. Una chica de pelo platinado y cuerpo voluptuoso. Tenía que ponerle una buena carnada a su amigo. Además, le ofrecería a la mujer una cantidad de dinero nada despreciable. Pero ahora se había convertido en su pesadilla. Tenía que ver de qué manera ponía un paro a la situación. Ya la había visto en el panteón y esa noche en el hotel, en donde asesinó a las prostitutas. De nuevo observó la foto, y dijo:

—¡Otra vez esa mujer! Pero qué rayos está pasando —meditó—. Esa idiota me va a meter en un buen lío. La llamaré mañana para preguntarle por qué se mete en mi vida. El arreglo con ella se supone ya finalizado. No sé qué más quiere.

Al día siguiente, tan pronto llegó a su oficina llamó a Patricia.

—Hola Patricia, cómo te va, linda.

—Mariano, qué gusto escucharte.

—Mira, estoy muy contrariado, ¿por qué me sigues a todas partes? —le preguntó molesto.

—¿Nos podríamos ver esta noche en mi apartamento? Te pido que llegues, es importante. —le respondió Patricia, con voz cantarina.

—Está bien allí nos vemos, alrededor de las nueve. Te exijo una explicación.

—Mi amor, no es para que te molestes, luego te explico.

Mariano colgó sin ni siquiera despedirse. Ese mismo día a las nueve en punto tocaba la puerta de Patricia. Ella le abrió y lo hizo pasar. Estaba radiante, como si algo maravilloso le hubiera pasado.

—Mira, antes que nada, te quiero decir que luces, elegante, apuesto, un verdadero señor.

—Vamos Patricia, no tengo tiempo que perder, dime lo que quieres, *suelta la sopa* de una sola vez.

—Pues, he seguido tus pasos. Pero, conmigo no hay *bronca*. Eso se puede arreglar.

—¿De qué hablas? —le preguntó, a punto de agarrarla del cuello.

—Pues, la verdad es que hablo de los asesinatos que has cometido y del suicidio de mi difunto amor, *Ray*.

—¡Pero ¡qué dices! Para eso te pagué buena *lana*. Tu sabes hacer bien tu trabajo, cayó atrapado en tu tel*Araña*. Y de eso se trataba.

—Sí, así es, tengo mis mañas, ¿o no lo sabías? El pobre se rindió fácilmente, no pudo aguantarse. Con esto lo que te quiero decir, es que, si yo no tuviera mis cualidades, jamás hubiera metido en mi cama a ese santurrón. ¿Recuerdas que mandaste a tus amiguitos de Tepito a que nos tomaran las fotos? Pobre *Ray*, me acuerdo la cara que puso cuando le mostré las fotografías, él y yo, en plena acción. Lo amenacé con mostrárselas a Sonia si no me pagaba una buena *lana*, pero no me dijiste que el pobre hombre estaba en la quiebra y no me

pudo dar nada. Ese día lo vi inquieto, sudaba helado, me observaba lleno de terror, como si estuviera viendo a un monstruo. A mí, ja, ja, já. Sí, soy un monstruo cuando me lo propongo. Los hombres son estúpidos; por muy buenos y fieles que sean, tarde o temprano se rinden ante el sexo de una mujer. Y vaya, que sí, soy un bello monstruo, ¿no creés mi lindo?

Y prosiguió:

–Pero, ¿no era eso lo que tu querías, Mariano? Llevarlo hasta la locura y la desesperación para que se suicidara y así conseguir...bueno, no se que te proponías; supongo que solo puede ser una cosa: su mujer; porque dinero no podía ser. El hombre estaba quebrado, apuesto que tú te encargaste de ello ¿era parte de tu maquiavélico plan?, o ¿no? Tú, Mariano, tienes esa inteligencia para el mal. Me ganaste –le dijo entre estruendosas carcajadas.

Mariano enfureció; su cara se puso roja y su ojo comenzó a palpar. Fue preso de una ira negra; en su cabeza las voces le decían que la matara.

–Pero, no me has dicho que quieres. –le dijo con su característica sonrisa torcida.

–Bueno, mi *cuate*, quiero *lana* por mi silencio. También por el asesinato de Xiomara y Lupe, yo te vi aquella noche. Acuérdate que he seguido tus pasos, ya tienes varios angelitos en el cielo. ¿No es así, Mariano?

–Y de cuánto estamos hablando. –le preguntó, tratando de controlarse.

–Mi amor, no es mucho. Tú tienes millones. Quiero unos cien mil dolaritos.

–Está bien Patricia, mañana te los deposito, pero te exijo que no me sigas más. Si te vuelvo a ver de nuevo, te mató. Espero, que te quede claro.

–No te preocupes, solo me verás en las revistas de caballeros.

Después de lo acordado Mariano salió del apartamento de Patricia. Al bajar, iba planeando la muerte de la modelo. –No lo haré yo. Mandaré a mis amigos del barrio para que se encarguen de despachar a esta cabrona. No sabe con quien se mete. Estoy harto de toda esta gente pecadora, creen que el dinero cae del cielo. Daré una orden irrefutable: que asesinen a esa *perra* –concluyó.

Al llegar de nuevo a su oficina llamó al *Escorpión* para darle el trabajo.

–Aló, mi *Escorpioncito*, que ondas por allá.

–*Patroncito*, en que le puedo servir. Sus deseos son órdenes para mí.

–Pues mira, *mi cuate*, quiero que visites a una amiga: su nombre es Patricia

Renderos, su dirección es: Lomas de Chapultepec No. 20, apartamento. 44; su teléfono es 52989974. Lo que necesito es que la ayudes a viajar. ¿Me entiendes?

–Si *patrón*, cómo no lo voy a entender. Usted siempre dispuesto a socorrer a la gente. Esta noche la visito, *usted tranquilo, yo nervioso*. –dijo, riendo.

–Hazlo como quieras, y dile que le deseo buen viaje. Cuando termines tu buena labor, me avisas. Solo dime que todo está bien. Eso bastará.

–*Órale Patroncito*. Yo le llamo mañana, ahora descanse y dejé todo en mis manos, que yo le cumplo.

–Bueno, muchas gracias, luego te doy tu lana. No sabes lo que te aprecio, siempre dispuesto a *echarme el hombro*; además, me encanta ver como gozas tu trabajo.

Al día siguiente, Mariano, recibió la llamada de su amigo, el “venenoso *Escorpión*”. Le dijo que todo estaba bien, que la señora ya había salido de viaje.

–Le compré un boleto solo de ida, *Patroncito* –le dijo con voz firme.

Mariano, después de colgar, se sirvió un trago. –Otra escoria menos en el mundo. Que bien me siento. Creo que llamaré a Sonia, deseo verla – concluyó.

–/–

Como era lo usual, Mariano llegó a su oficina temprano; abrió el periódico y se dio cuenta que la modelo ya no existía. La chica era popular; el artículo decía que había muerto estrangulada, por lo que Mariano sonrió. De repente su secretaria entró para recordarle que había un rezo en la Basílica de la Virgen de Guadalupe, evento al que él atendería. Él se había entregado a su fe; desde que estuvo en el seminario nunca dejó de visitar la iglesia. Después de aquel sueño la consciencia le remordía y estaba arrepentido; quería confesarse y expiar todos sus pecados. Por lo tanto, sin pensarlo dos veces, le dijo a su secretaria que llamara a Raúl para que lo llevara a la Basílica de Santa María de Guadalupe, uno de los recintos mas visitados por gente de todo el mundo después de la Basílica de San Pedro, ubicada en el cerro del Tepeyac.

El tráfico era insoportable; comúnmente esa ciudad estaba atestada con millones de personas que inundaban sus avenidas. El *smog* de ese día era más insoportable que nunca. Pero tan pronto entrara a la basílica y hablara con el

padre Antonio, encontraría la paz que necesitaba. Este hombre de Dios había sido amigo de su tío Juan Pedro y profesor de él en el seminario. Vivía en el D.F. desde hacía varios años. Cuernavaca se había quedado en el pasado para el padre Antonio. Sin embargo, para Mariano todos los recuerdos vividos en esa ciudad estaban latentes.

Al entrar vio al cura en la distancia cerca del confesionario. Cuando el padre Antonio estuvo frente a él le dio un abrazo lleno de emoción. Mariano, con ojos llorosos le pidió que lo confesara y en seguida el padre Antonio lo condujo de la mano como si fuera un niño, y entraron en la oficina del cura. Mariano era tratado con deferencia; la confesión era cara a cara debido a la confianza que existía entre ambos.

–¿Qué te trae de nuevo a esta santa casa, Mariano? –le había preguntado el cura.

–Padre Antonio, he tenido muchas pesadillas últimamente, no puedo cargar más con esta culpa. –Comenzó a sudar profusamente mientras el sacerdote lo observaba con detenimiento y sin sorprenderse puesto que ya conocía de sobra su comportamiento. El cura estaba atento a escuchar lo que después tendría que guardar como “secreto de confesión”.

–Padre...he...matado. –dijo, entre sollozos.

–Mariano, ¿estás seguro de lo que dices?

–Quiero pedir el perdón de Dios a través suyo; no pude evitarlo, había voces dentro de mi cabeza que me obligaron hacerlo; me convertí en alguien que no era yo. Vi la cara del mismo Satanás que estaba a mi lado y me ordenaba matar. ¡No puedo perdonarme lo que hice! ¡Solo Dios puede hacerlo! A veces quisiera morirme, que la muerte me visitara, sería un alivio para mí. ¡Quiero morir! –terminó diciendo con voz angustiada.

–Hijo, es muy grave lo que estás diciendo, pero Dios se apiada de todos los pecadores. Estás en un lugar sagrado y si estás arrepentido Dios te perdonará. No debes temer. Te pido que reces cinco rosarios y tres padrenuestros. Además, parte de la penitencia será que ayudes a los necesitados, ¿Puedes mandar una donación para amedrentar el dolor de tus semejantes? Solo así serán perdonados tus pecados, hijo mío.

– ¡Gracias padre Antonio!... ¡gracias! ¡muchas gracias!

Salió de la habitación y fue directamente a rezar su penitencia; su cara estaba roja y se notaba arrepentido. De la iglesia salió con una sonrisa de oreja a oreja, se sentía limpio y dispuesto a ser un mejor cristiano.

Tan pronto llegó a su oficina llamó a Rosario, su secretaria, y le pidió que le llevara la chequera. Ceremoniosamente hizo el cheque prometido a nombre de Antonio García por la cantidad de sesenta mil dólares, la donación compraba el perdón, así como un espacio en el cielo. Cuando lo firmó, una mueca de victoria resaltó en su rostro. Ahora ya estoy perdonado –pensó.

Al día siguiente se levantó sintiéndose puro; había estado frente a la Guadalupana, la Virgen de los mexicanos. Seguidamente, se hincó frente a su cama y rezó tres avemarías por el alma de su amigo Raymundo, por Xiomara, Lupe, Patricia, por su tío, también por todos los pecadores y por él mismo. En ese momento sonó su celular, era Javier.

–¡Que *chingados* te pasa! –le dijo sin siquiera darle los buenos días.

–Acabo de ver el periódico. ¡Vi a las mujeres, a las putas! ¡Están muertas! Necesito hablar contigo Mariano. Te espero esta tarde a las seis en punto, en la cafetería de *Sanborns*, tenemos que hablar. Y sin despedirse le colgó.

Mariano puso la misma sonrisa burlona y su ojo le comenzó a temblar; el tic nervioso surgía inesperadamente cuando estaba ansioso. Se pegó una manotada en su tembloroso ojo para tratar de evitar el molesto movimiento. Lo enfurecía a más no poder que esto le sucediera.

La tarde era fría; Mariano se sentía en total paz. Decidió no contarle la verdad a Javier cuando lo viera, aunque sabía que este no le creería. Iba a tratar de engañarlo como siempre. Se había acostumbrado a mentir desde niño y para eso era talentoso. El único que sabía la verdad era el padre Antonio, cosa que no dejó de preocuparlo.

–Hola Javier, ¿qué te pasa, hombre? ¿Por qué estás tan nervioso?

–Mariano, voy a ir directo al grano, ¿tú asesinaste a las mujeres? Solo contéstame.

–¿Cómo se te ocurre que yo haría algo cómo eso? Cuando salí de la habitación alguien pudo haber entrado y las asesinó. Eran unas viciosas, me aseguraron que después de un rato se irían. De allí en adelante nada es mi responsabilidad, ¿o acaso tengo cara de niñera? ¿Qué no te acuerdas del

lugar?, estaba lleno de borrachos y drogadictos, si las veían solas pues pienso que es normal que las pudieran asaltar. Mira amigo, ya están muertas, desde cuándo te has vuelto tan sensible. Ya deja que el río corra, las putas están muertas y *san se acabo*. El mundo no las va a llorar y a nadie le harán falta; lo que sucede *cuate*, es que los periódicos ya no tienen nada que publicar y se ayudan con estas idioteces. Si te sientes mal por ellas, pues pídele a Dios por sus almas pecadoras. Y ahora mi amigo, te invito a una *chela* bien fría. ¿Qué dices?

–Bueno, está bien Mariano, no te creo del todo, pero tu explicación suena lógica. Olvidemos el asunto y cuéntame que más hay de tu vida.

–Trabajando y tratando de ayudar a la viuda de *Ray*, la pobre Sonia está bien mal. Creo que no me quedará mas remedio que darle un poco de amor, *apapacharla*, ¿me entiendes?

–Sí, te entiendo, hasta de sobra, la vas a querer meter a tu cama, sin duda. Te conozco –dijo Javier entre risas.

Mariano, sabía qué hacer; visitar a Sonia de nuevo, engatusarla, valerse de su vulnerabilidad para poder manipularla a su antojo.

Y con ese pensamiento, regresó a su oficina, despidiéndose de su mejor amigo con un fuerte abrazo.

Ya era tarde, sentado en su escritorio, se puso a pensar de qué manera evitar que el padre Antonio revelara su secreto; tenía miedo del viejo clérigo. ¿Y si iba a la delegación a contar el secreto de confesión? ¿Y si el cura se lo contaba a alguien más y lo descubrían? Era un gran riesgo. Consultó a sus demonios y escuchó la orden precisa de sus amigos satánicos: “¡Matalo!”.

Abrió la gaveta de su escritorio y vio la daga. Sobó su empuñadura de oro con cariño, como si aquel objeto fuera a sentir su caricia. Luego sonrió con malicia. Su ojo comenzó a parpadear intermitentemente, esta vez sin control. Planearía su muerte. Sabía que era un pecado mortal, pero no le quedaba alternativa. Aunque, matar a un cura perverso, es bien visto por el Señor – exclamó haciendo la señal de la cruz.

Capítulo 6

La obsesión de Mariano

Otro día comenzaba para Mariano; la obsesión por Sonia crecía cada día y la tentación de su belleza provocaba en él, el deseo de visitarla. Llamó a su chofer y le dijo que lo llevara donde ella. Ese día Mariano lucía sereno, sus duros rasgos se habían atenuado, su piel se veía relajada, su cabello sedoso y había un infantil brillo de felicidad en su mirada.

Al llegar peinó con sus dedos su negra cabellera. En sus manos llevaba un bello ramo de azucenas blancas. Tocó el timbre y Carmelita abrió la puerta; cuando se dio cuenta que era él, dio un respingo y una expresión de sorpresa asomó a su rostro.

–¿Por qué te asustas?, ni que hubieras visto al demonio, ¿está la señora?

–Señor Mariano, buenos días, pase adelante. La señora no me dijo que usted vendría, pero en esta casa es bienvenido. Ella está en la terraza; a esta hora se sienta allí para pensar, o quizá para olvidar. Aunque ya pasó algún tiempo desde que murió don Raymundo, todavía continúa muy triste.

–Lo sé Carmelita, por eso vengo a verla. Quiero hacerle compañía por un momento.

Sonia estaba sentada, absorta en sus pensamientos, en su antigua mecedora de mimbre que había servido antaño para dormir a su hijo cuando era un bebé.

–Sonia... ¿Cómo estás? Perdona que no te avisé con anticipación; andaba por aquí y quise pasar un momento a saludarte. Mira, te compré estas flores, espero que te gusten.

–Mariano, esta es tu casa; que lindo ramo de azucenas, muchas gracias – dijo con una sonrisa forzada.

Luego llamó a Carmelita para que les sirviera dos chocolates calientes, a fin de mitigar el frío que hacía esa mañana.

Mariano le dijo a Sonia que se veía más hermosa que nunca. Su sombría expresión se había suavizado, su rostro se notaba más relajado. Había recobrado un poco de su belleza. Sus largas y torneadas piernas se escondían

detrás de unas medias oscuras. Mariano fijó su mirada en ellas tratando de disimular su lascivia.

–Sonia, luces muy linda esta mañana.

–¡Si que eres mentiroso! –le contestó con inocente picardía. Ella aún pensaba en su esposo, pero el tiempo había sido su aliado; ahora era capaz de sonreír y ya no tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Había en ella un poco más de paz, o quizá resignación. Sentimientos que Mariano pudo percibir con el olfato de un carroñero.

–Bueno, he venido por si acaso te hace falta algo, o puedo ayudarte de alguna manera. No te había llamado porque no quería importunarte. Pero esta mañana, sentí la necesidad de venir a verte.

–Estoy mejor, gracias. Dice mi hijo que cada día hay que dar pasos pequeños como lo hace un niño que comienza a caminar. Carlos está pendiente de todo; es un buen muchacho. Gracias a Dios lo tengo a él. A pesar de que *Ray* dejó poco en su cuenta bancaria, tenemos techo y con que comer. Sin embargo, Carlos dice que aún hay cosas que resolver; las está platicando con el abogado. Lo de los acreedores nos tiene preocupados. Imagínate, que estamos buscando de dónde sacar el dinero para poder pagar las deudas, para no tener que hipotecar la casa. En efecto, era cierto que *Ray* debía mucho dinero, pero todavía pienso que no fue ese el motivo de su muerte. Estoy completamente segura de que se vio obligado a cometer esa locura, o tal vez lo asesinaron.

–Mira, Sonia, yo creo que no deberías de hurgar tanto, también lo digo por tu hijo; uno no sabe con qué se va a tropezar. Olvidalo, y si necesitas ese dinero, yo te lo doy. Con gusto lo hago. Por la esposa de un buen amigo escalaría hasta el monte Everest. – Sonia, al escuchar esto se conmovió, esbozó una sonrisa de agradecimiento y luego le tomó la mano, con cariño fraternal. Mariano, aprovechó ese momento porque sabía como manipular a las personas, en situaciones como estas. Entonces, se aproximó a ella, acarició su mano con ternura y le dijo: –no permitiré que sufras y mucho menos por dinero. Dille a tu hijo que me contacte, que lleve a mi oficina todos los papeles necesarios para saldar esas deudas.

Sonia le dio un fraternal y tierno abrazo. Mariano sintió sus pechos y su

deseo afloró de inmediato, pero se contuvo. Luego agarró su rostro entre sus manos y lo acercó para luego besarla en la frente. El hielo se había roto; lo que tuviera planeado para Sonia lo haría con paciencia. Debía trabajar fino para meterla en su cama. –“Los mejores caldos son los que se cuecen a fuego lento” –pensó.

Capítulo 7

El castigo del padre Antonio

La Basílica de Guadalupe estaba a reventar pues se celebraba el cumpleaños de la Virgen del Tepeyac. Los fieles decían que un día 12 de diciembre de 1531 la Santísima Virgen se le había aparecido a un indígena llamado Juan Diego en el cerro del Tepeyac, en donde ahora se encuentra la Basílica. Y desde 1859, cada 12 de diciembre, se celebra una fiesta en su honor. Miles de personas se congregan para cantarle *Las Mañanitas*, en la que participan cantantes famosos entre los miles de devotos. Se offician misas continuamente. Se siente en todo el Distrito Federal, el fervor del pueblo.

Mariano caviló que, aunque el padre Antonio estuviera muy ocupado, era el día perfecto para hacerle una visita. La aglomeración de personas le permitiría pasar inadvertido. Era hora de aplacar aquellas angustias y el tormento que sentía; tenía miedo de que el cura fuera a las autoridades a contar su secreto de confesión, o al menos esa era la excusa que buscaba. También el padre Antonio tenía una deuda pendiente con él.

Antes de salir de su mansión se santiguó y pidió perdón por lo que iba a hacer, explicándole a Dios que se sentía vulnerable. No podía permitirse ir a la cárcel porque desde allí no podría ayudar a sus semejantes o llevar a cabo la misión divina que el Señor le había encomendado. Además, quería estar cerca de Sonia. No le podía fallar a la viuda de un gran amigo.

Su motorista Raúl, lo dejó en frente de la Basílica. Su mirada recorrió aquel gentío que había por todos lados. Los fieles penitentes, hincados, trataban de llegar hasta el altar principal. Debían mostrarle a la Virgen su agradecimiento, rezarle o pedirle algún favor. Él también agradeció a su patrona por todo lo recibido, especialmente por haberlo sacado de la vida de pecado que llevaba en el barrio de Tepito. Allí se había dedicado a extorsionar, a prostituir a jóvenes, a matar en “el nombre de Dios”, tratando con sus propias manos de hacer justicia, de aniquilar a los infieles.

Sus ojos buscaban al padre, en medio de una gran muchedumbre. Hasta que

finalmente, lo divisó cerca del altar. Antonio, al verlo, se puso eufórico de contento. El servidor de Dios sabía que Mariano era su gran benefactor, y cuando llegaba se arrastraba a él como lo hace un reptil. Además, recordaba aquellos meses que estuvo junto a él en el seminario, había sido obediente, lo había complacido sin protestar. Se merecía que lo recibiera como a un príncipe.

–Mariano, ¡qué haces por aquí! No te esperaba. –le dijo con una gran sonrisa y abrazo apretado.

–Padre, venía a ver a la Virgen y sobre todo a usted. Sé qué está ocupado, pero quería ver si tiene algún *tiempito* para este humilde pecador –le dijo con ojos suplicantes.

–Por supuesto, tú sabes que la morada de Dios es tu casa. Pero, vamos a mi modesto hogar, aquí el ruido es tremendo, con tantos mariachis, cantos, bailes, y gente hablando, es difícil escucharte.

A una cuadra de la Basílica vivía el padre Antonio, en una casa de arquitectura española, pulcra, bien pintada, de colores rosa mexicano y amarillo chillante. Al pie de las ventanas que daban a la calle había macetas con rosas de distintos colores. Parecía la imagen de postal de una vivienda típica mexicana, de las que venden en las tiendas de *suvenires*.

El padre, frente a la puerta, dio un profundo suspiro; sacó la llave de la sotana, y tarareando *Las Mañanitas*, entró. Mariano, lo siguió. Su mente elucubraba en dónde lo mataría. Con su mano palpaba la daga que tenía en su gabardina, la sobaba con afecto. Eso le hizo sentir un especie de morbo, una excitación previa. Comenzaba a disfrutar, su goce iba creciendo a medida que se acercaba el momento de actuar. Los demonios aparecieron, aplaudiendo, vitoreándolo.

El sacerdote, tan pronto estuvo dentro, lo convidó a sentarse en un sofá en terciopelo rojo, él lo hizo en una silla de respaldo alto de madera labrada, que parecía un trono. En la sala también había una pequeña mesa en donde reposaba una botella de vino y otra de tequila. Antonio se sintió halagado por la visita de su antiguo discípulo que ahora era un hombre muy importante. Después de unos minutos de hablar de los acontecimientos del día, se levantó con entusiasmo y tomó unos *caballitos* (vasos pequeños para tequila) para

servir dos tequilas y brindar por el natalicio de la Virgen.

–Aunque no me está permitido tomar, esta vez lo voy hacer en honor a la Guadalupana. Es justo que también nosotros los curas, brindemos de vez en cuando con un tequilita ¿No creés? –le dijo tomando su tequila de un solo trago.

Al escuchar esto Mariano sonrió con frialdad, la expresión de su rostro se volvió pétrea. Miró al cura con ojos fríos y llenos de odio. Antonio se dio cuenta al instante y se asustó al ver su metamorfosis. Sorprendido, le preguntó que si le sucedía algo. Luego se acercó a él con cautela, le apartó con suavidad un mechón de cabello, tratando de acomodárselo. El tic asaltó a Mariano, una clara señal de que se estaba poniendo muy nervioso. La proximidad del cura le dio asco y náuseas.

–No querido padre Antonio, ya no tengo miedo, desde que dejé de ver a mi tío Juan Pedro. Hoy debo cumplir una orden divina; espero que comprenda que es mi sagrado deber –le expresó con voz firme y sus ojos centellearon con un brillo malicioso.

–¿De qué hablas, hijo? –le cuestionó Antonio confundido, sin imaginarse lo que sucedería.

Mariano, sin responder, sacó su daga con rapidez. El clérigo no alcanzó a percibir que estaba en peligro. Tan pronto se dio cuenta, quedó mudo, palideció. Mariano, sin perder más tiempo, enterró la daga a su confesor, tal como lo había hecho con Xiomara y Lupe. El fino puñal atravesó la yugular del padre quien no tuvo tiempo de pedir perdón a Dios. Cayó al piso bañado en sangre. Sus labios temblaban, hacía un gran esfuerzo por hablar, pero se ahogaba con su sangre. Sin embargo, con voz apenas audible, logró decir sus últimas palabras: “Qué el señor te perdone... por mi muerte y la de...”.

Mariano se acercó y le dijo al oído: Será a ti, *hijo de la chingada*, al que tendrá Dios que perdonar. Lo observó con deleite, como si se tratara de una obra de arte. La mirada fija y vidriosa, en los ojos de Antonio, le confirmaba que estaba muerto. Se arrodilló ante él, para preguntarle: ¿Estás muerto *cabrón*? El cuerpo inerte no contestó. –Los muertos no hablan, que estúpido que soy –espetó entre risas–, ya no podrás hacerle daño a nadie.

Se sintió feliz, una euforia se apoderó de él. Estaba satisfecho con su

cometido. Se sentía liberado. Acto seguido, le escupió el rostro. Antes de salir fue al baño a lavarse las manos y limpiar la sangre que había salpicado sobre su gabardina.

Sin prisa se dirigió a la puerta sin sentir ningún remordimiento. Mariano se perdió entre el mar de gente que había fuera de la casa con motivo de la celebración. Al llegar frente a la Basílica llamó con su móvil a Raúl para que lo recogiera y lo llevara de regreso a casa.

Mariano había finalizado su misión y no despertaría sospecha alguna. Su fina daga la guardaba en uno de los bolsillos de su gabán. Las calles hervían de gente. –Cualquiera hubiera podido entrar a la casa del cura y matarlo – pensó. Antes de que llegara su motorista entró a la Basílica, para pedir por su alma y la del padre Antonio. Les dijo a Dios y a la Virgen, que eso era lo que él se merecía al recordar que en el seminario lo había violado junto con su tío Juan Pedro. –Justicia para las víctimas y castigo para los pedófilos–maricas – rumió mientras hacía la señal de la cruz. Hincado y mirando fijamente la imagen de la Santísima Virgen, dijo varias veces: –“*Soy Abadón, el ángel vengador de Dios. Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen*”.

Cuando entró a su casa estaba feliz. Pero de repente una terrible depresión se apoderó de él. Para animarse subió a su habitación y aspiró un poco de cocaína; el efecto lo subió hasta el cielo, aunque lo puso un poco paranoico. Un arrepentimiento le sobrevino. Abrió la gaveta de su cómoda y sacó el látigo que tantas veces había usado en el seminario y se flageló para expiar los pecados a través del dolor físico. Su espalda, que ya poseía cicatrices previas, enrojeció y la sangre comenzaba a salir de entre los surcos de su rota piel. Mientras sentía un agudo dolor, pedía perdón a su Dios y al mismo tiempo invocaba a la *Santa Muerte* para que llegara en su ayuda, para que aliviara su pena; la había conocido antaño en aquel barrio, cuando llegó pobre, decepcionado de su religión y de la vida misma. Luego bajó al gran salón y se sirvió un *wiskey*; sentado entre aquel esplendoroso espacio, lleno de lujo, se puso a llorar como un niño mientras agarraba con desesperación su cabeza entre sus manos, apretando sus sienes, pretendía olvidar el pasado. Recordó con lujo de detalles su vida miserable en el seminario de Cuernavaca. Cuando, lleno de dolor escapó. Maldijo a los sacerdotes y juró

vengarse de quienes manipularan a los ingenuos valiéndose de su fe. Su modelo seguía siendo el de Abadón, el que limpia el mundo de la putrefacción humana. No podía fallarle a Dios.

Capítulo 8

Justicia divina

En aquel tiempo... los días en el seminario pasaban lentos para el joven Mariano. Su tío, el sacerdote Juan Pedro, había tratado de ponerse en contacto con su padre, pero a este la tierra se lo había tragado. Después de unos meses Juan Pedro dejó de insistir. Para su sorpresa, se dio cuenta por el periódico, que el padre había fallecido. El hombre había sido encontrado sin vida en el barrio de Tepito, uno de los lugares más peligrosos de la capital de México. La noticia decía que Francisco Infante se había dedicado a vender droga y a prostituirse. Los vecinos murmuraron que una mujer rica lo llegaba a buscar con regularidad. Esa noche lo vieron con ella cuando subió a su flamante coche. Al día siguiente encontraron sus restos. Su cuerpo estaba acuchillado, tirado en una de las calles del barrio. Nadie se atrevió a dar una descripción completa de la mujer por temor a represalias. Solo rumorearon que la presunta asesina era “una vieja *elegantosa*”.

Juan Pedro llamó al joven y sin darle detalles le dio la mala noticia. Mariano intuía que no había muerto de una enfermedad o en un accidente. Sin mostrar ningún sentimiento, le dijo a su tío: –Sé que murió asesinado. Lo siento aquí en mi corazón; papá se lo merecía; era un pecador, un hombre sin valores.

Al escuchar esto, su tío abrió la boca sorprendido por la actitud tan fría de parte de su sobrino. –Papá, –continúo–, no conoció a Dios y debe de estar quemándose en el infierno, además me dejó abandonado como a un perro.

–No eres tú quien debe juzgarlo, le advirtió. Dios es el único que puede hacerlo. Él lo va a perdonar, es misericordioso con sus hijos.

Mariano no derramó ni una sola lágrima por su progenitor; en ese momento su ojo dio el primer indicio del tic nervioso que llevaría a cuestras el resto de su vida. El tío Juan Pedro, al verlo lleno de rabia, lo trató de calmar. Lo llevó a su habitación, un pulcro lugar, tapizado de fotografías papales, retratos de Vírgenes católicas y un enorme crucifijo de plata colgado sobre el respaldar

de su cama. El joven seminarista entró confiado, su tío lo invitó a sentarse en el borde de la cama. Le pasó el brazo y fue entonces cuando Mariano recibió por primera vez una demostración de amor de parte de su pariente. Poco a poco y con palabras tramposas, lo convenció de que lo que estaba a punto de suceder era un designio de Dios, producto del gran amor que sentía por él. Le dio un breve sermón acerca de la obediencia, del amor al prójimo y su malévolamente y conveniente interpretación sobre las relaciones sexuales. Él vio a su tío como su salvador, el sustituto de su padre, que en ese momento se abría para darle amor. A pesar de todo, Mariano se sintió confundido, sabía que en el mundo no existían relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, que eso estaba prohibido por la Iglesia católica. No obstante, su tío lo convenció diciéndole que no había religión alguna que prohibiera el amor entre sus semejantes. Le enredó su capacidad de discernir con pasajes bíblicos para que estuviera relajado. Le habló de su orfandad para medir su vulnerabilidad y lo hizo sentir desprotegido. Su manipulación fue magistral.

Juan Pedro, poniendo cara de compungido, comenzó acariciando su pecho. Le sobó la mejilla con la punta de los dedos y lo comenzó a desvestir con parsimonia. Mientras tanto, Mariano no pronunciaba palabra. Callado se dejaba guiar por su maestro espiritual. Juan Pedro observaba con lascivia la desnudez de su discípulo. Acto seguido, el tío se desnudó, se tendió sobre la cama y le extendió la mano invitándole a acostarse con él. El muchacho lo obedeció como un borrego. Juan Pedro lo abrazó, le dijo que lo amaba y le pidió que rezaran en voz alta por el alma de su difunto padre. Entre besos y caricias, Mariano, conoció el lado equivocado del amor.

Cuando todo terminó el joven se vistió tratando de disimular su asco. Un temblor se apoderó de él como si se fuera a enfermar. Sin despedirse de su tío salió del cuarto y cerró de golpe la puerta. Al llegar a su habitación fue directo al baño; tomó una ducha como si el agua y el jabón pudieran remover la iniquidad; quería sentirse limpio. Mientras el agua caía sobre su juvenil y adolorido cuerpo lloraba como un niño. Al restregarlo deseaba arrancar trozos de su piel para borrar las huellas que había dejado el abusivo tío. Estaba avergonzado de haber cedido a esa relación impúdica. Su mentecita estaba confundida; después del lavado de cerebro que su tío le había dado, terminó

creyendo que lo que había sucedido era la expresión más pura del amor. Mi tío me ama, –realizó. Pero más adelante sentiría repulsión ante la presencia y proximidad del pedófilo cura.

—/—

Los abusos continuaron. Muchas veces, cuando se encontraba en el aula, un cura interrumpía la clase y le decía al profesor de turno que Juan Pedro necesitaba hablar con su sobrino. El muchacho sabía para que lo necesitaba. Cuando entraba al despacho de Juan Pedro, pasaba siempre lo mismo: tiernos abrazos y promesas de amor. Pero esa vez, en la oficina, había otro sacerdote, el padre Antonio, listo y dispuesto a compartir con Juan Pedro al joven. Cuando todo comenzó, el chico solo obedeció a todas las perversiones que le solicitaban los curas.

Cuando salió de regresó a su aula, trató de ocultar las lágrimas que corrían sobre su rostro. Sentado en su pupitre pensaba que lo que estaba sucediendo no era normal y no quería continuar haciéndolo. Ya había tenido suficiente. No podía decírselo a nadie pues no contaba con amigos. Además, sentía miedo de que lo echaran a la calle, o de que nadie le creyera.

Conforme pasaba el tiempo Mariano se sentía humillado, avergonzado. No podía contener su rabia. Comenzó a portarse rebelde, se volvió incontrolable. Era una bomba de tiempo. El tic de su ojo empeoraba cada día y así su comportamiento hostil hacia todos los curas que se acercaban a él.

La vida para su padre adoptivo se había vuelto complicada; ya habían pasado varios años de abuso. Ahora era Juan Pedro quien tenía miedo de Mariano. Para entonces ya era un joven maduro, con una actitud diferente. Su rostro mostraba una expresión dura acompañada de una mirada sombría y amenazante. Cuando tenía la oportunidad trataba a su tío como a una basura. Entonces, se hacía lo que el joven “dictador” decía y Juan Pedro lo toleraba ya que estaba perdidamente enamorado del muchacho. Ahora Mariano era el “padre Mariano”, no aquel jovencito estudiante del seminario. No se sentía orgulloso; odiaba su condición de sacerdote. Había en él un resentimiento profundo contra todo el mundo, especialmente si se trataba de clérigos. No sabía de qué manera sacarse ese rencor del alma, hasta que un día comenzó a escuchar voces que le decían cómo remediar su miseria y le daban soluciones.

Aparecerían por primera vez los demonios en su mente, sus únicos y fieles amigos, sus consejeros. Así los llamaría desde ese momento. De allí en adelante estarían con él para siempre.

—/—

La tarde era agradable; cuando Mariano, buscaba tranquilidad, iba a pasear por los jardines a ver a los pájaros. Quería ser como ellos, diáfanos, volando por en el aire, libres de abusos. Disfrutaba de la frescura de la tarde, se sentaba a orar en una banca y le pedía a Dios con toda su alma que no lo dejara sucumbir ante las tentaciones de ese demonio, que le aclarara sus dudas e inquietudes. Siempre le preguntaba entre sollozos porqué había permitido tanto abuso si era un Dios justo.

Ahora que era un hombre comprendía mejor aquellas falsas actitudes de Juan Pedro. Pero había momentos en que pensaba, que estaba siendo ingrato con su tío. —¿Cómo puedo ser tan mezquino, cuando he visto llorar a mi tío tantas veces por mí? —se preguntó esa tarde bajo los frondosos árboles que lo cobijaban y aliviaban su estado de desesperación. Se encontraba sumergido en sus pensamientos cuando apareció Juan Pedro.

—Hola hijo, ¿cómo te va?

—Bien tío, estoy reflexionando sobre cosas que he hecho y pensando en cómo aliviar mi conciencia. ¿Por qué siempre termino pecando? —le preguntó con cara de tristeza.

—Mariano, tú no has pecado; si te refieres a nuestra relación, es bien claro que todos nos debemos amar. “*Amaos los unos a los otros como yo os he amado*”, dijo Jesús. ¿Lo recuerdas? Ahora que eres un sacerdote, tienes que saber que el bien no es siempre el bien y el mal tampoco es siempre el mal. Todo depende de que forma lo veamos o con quien interactuemos.

—De todas maneras, tío, necesito expiar mis culpas; iré a mi habitación a orar.

Dicho esto, Mariano se retiró a su cuarto; cuando entró su parpado le temblaba más que en otras ocasiones. De pronto sintió una ira negra e incontrolable, y por primera vez experimentó el deseo de matar. Se justificó diciendo que había que castigar a ese cura hipócrita, a ese demonio que debería estar en el infierno. Para aliviar su angustia y acallar su conciencia,

agarró un látigo hecho de gruesas cuerdas y se flageló varias veces la espalda hasta que gotas de sangre comenzaron a caer sobre las baldosas de su cuarto. El dolor lo obligó a suspender el castigo; fue al baño, tomó una ducha, se puso la pijama y su mente comenzó a elucubrar la manera más acertada de matar a su tío. Sus consejeros aparecieron, justo en el momento, para aclarar sus dudas. Él les preguntó que hacer. Ellos le corearon una sola palabra: *¡Envenénalo!*

—/—

Eran las cinco de la tarde y Mariano, estaba estudiando en la biblioteca, cuando de repente entró su tío acompañado del padre Antonio. Lo invitaron a dar un paseo y Mariano aceptó con cierto temor, a sabiendas que sus intenciones no eran las más católicas. Tan pronto llegaron al lugar aparcaron el coche en medio de un denso bosque de pinos y abedules. Se bajaron e invitaron a Mariano a hacer lo mismo. Ya estaba oscureciendo y había una densa niebla; el tío Juan Pedro y el padre Antonio aprovecharon esa condición para ocultarse mejor. Caminaron hasta llegar a un claro en medio del bosque, miraron a Mariano con lujuria y le pidieron que se desvistiera. El joven, al estar desnudo, temblaba de frío y de miedo. Juan Pedro regresó al coche y sacó un látigo del baúl. Mariano entró en pánico; sospechó que lo iban a fustigar. Ellos comenzaron a darle latigazos. —Todo mi niño, es en el “nombre de Dios”, para que expíes tus pecados. —le dijeron para justificar su acción. Sin embargo, no le pegaron fuerte, le advirtieron que el castigo era por haberlos provocado a fornicar. El tío le dijo que era demasiado guapo y eso provocaba en ellos el deseo de la carne. El joven, con cada latigazo, pedía la ayuda de Dios, reclamaba su presencia, pero nunca apareció. Cuando terminaron de fustigarlo se desnudaron y se dieron latigazos entre ellos como una forma de expiar sus deseos impuros, según le manifestaron. El cuerpo de Mariano tenía partes irritadas y se lamentaba en silencio. Después lo violaron. Mariano, en medio del abuso, comenzó a escuchar las voces de sus amigos que le decían: ¡Tienes que huir! ¡Vete lejos y no regreses jamás!

Él se sintió feliz de tener a sus amigos; las voces, eran las únicas que acudían a él en momentos de peligro. Muchas veces pensó que era Dios quien le hablaba a través de aquellos seres invisibles o quizá fueran ángeles —

especuló.

Era ya muy tarde. La distracción de los curas había concluido. Cuando se subieron al coche. Antonio y Juan Pedro le dieron una nalgada en son de broma y le agradecieron que se hubiera prestado al “juego”.

–Has sido un buen muchacho, Mariano, Dios te va a compensar, ya lo verás.

Al entrar a su habitación Mariano comenzó a darle puntapiés a todo lo que se encontraba a su alrededor. Vio su pequeña maleta sobre el armario, la bajó de un manotazo y comenzó a empacar la poca ropa que tenía. Esperaría que fuera de madrugada para salir del seminario, así nadie lo vería. Trató de descansar, incluso dormir, pero no pudo. Esperaría despierto hasta que llegara el momento.

Ya eran las cuatro de la mañana, Mariano, estaba listo para partir, acostado sobre su cama, les preguntaba a sus consejeros, si estaba haciendo bien, ya que la última vez que los oyó, le ordenaron hacer otra cosa. Cerró los ojos, se concentró para ponerse de nuevo en contacto con ellos. Las voces aparecieron de inmediato.

–¿Cómo es posible que seas tan estúpido? –le reclamaron–, tienes qué cumplir tu misión antes de salir, Juan Pedro sigue vivo, y ¿es así, como lo vas a dejar? –preguntaban molestos.

En ese instante Mariano sacó de nuevo su ropa y la volvió a guardar en el armario. Se fue al baño a tomar una ducha para ponerse la sotana. Ya casi amanecía. La resolución era irrefutable, había que obedecerla. Antes de ir a desayunar, tomó un libro y este decía:

“Así qué les digo: Vivan por el Espíritu y no seguirán los deseos de la naturaleza pecaminosa. Porque esta reclama lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren. Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza, libertinaje, orgías y otras cosas parecidas. Les advierto que los que practican estas cosas no heredarán el reino de Dios. Debido a que de adentro del corazón humano salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a

la persona”.

Mariano dedujo: No hay duda de que mis consejeros saben interpretar bien la palabra de nuestro Señor. Tengo que hacerles caso para que estos pecadores no sigan contaminando los buenos corazones. Los limpios se librarán de la ira de Abadón.

—/—

La mañana era radiante; entre los trinos de miles de pájaros Mariano se consideraba bendecido. De un momento a otro se sintió feliz, al realizar que muy pronto enterraría al tío Juan Pedro. Se prometió que iba ser él quien echara la primera palada de tierra sobre su ataúd. Su alma agradecía a Dios por esa oportunidad. Las campanas sonaron roncacas, de forma perezosa, anunciando la hora del desayuno. Mariano llegó al salón, poniendo una sonrisa de cielo; su tío y el padre Antonio se sentaron a su lado.

—Buenos días, *mi niño*, ¿cómo has amanecido esta mañana? —le preguntaron con descaro.

—Bien, ¿y ustedes?

—Nosotros, relajados —contestaron al unísono.

—Tío, me puedes dar permiso de salir este día, quisiera ir al mercado a comprar unas cosas que necesito. Solo tardaré unas horas.

—Por supuesto, esta no es una cárcel —le dijo riendo.

Mariano, después del desayuno, se dirigió al mercado *Adolfo López Mateo*; quería comprar un potente veneno que se pudiera esparcir y disolver en algún alimento sin despertar sospecha. Había varias opciones: veneno de rata, hongos venenosos o cianuro. Quería asegurarse de que la muerte del tío Juan fuera rápida, además de dolorosa. En el camino lo pensó, no sabía por cuál decidirse. Pero pensó que era mejor consultarlo con doña Magda, una mujer que tenía un puesto en el mercado y a quien conocía desde hacía muchos años. Ella sería la indicada para decirle que tipo de veneno debía usar para matar al animal que siempre se metía a su habitación.

El mercado era un lugar alegre visitado por mucha gente que compraba verduras, frutas, dulces y otras cosas. Los transeúntes hablaban entre ellos con entusiasmo. Grupos de niños reventaban coloridas *piñatas*¹ en el parqueo. Muchos años atrás él visitaba ese mercado cuando iba a traer verduras, pollos

o abarrotes para los clérigos. Doña Magda se alegró al verlo de nuevo.

–Buenos días padre Mariano, ahora sí, le puedo decir padre. Que bueno que ya tomó los hábitos, lo felicito. –le dijo con expresión alegre.

–Que gusto verla doña Magda, han pasado algunos meses, pero ya ve que sigo siendo su cliente fiel. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? Uno ni lo siente. Pero, mire, he venido a pedirle un gran favor. Le cuento que tengo una rata enorme que siempre se mete a mi habitación; quisiera aniquilarla, me hace estragos. ¿Qué me aconseja?

–Tengo un veneno que te puede servir, pero tienes que manipularlo con cuidado, es peligroso –le dijo con seriedad.

–No se preocupe, que seguiré sus instrucciones al pie de la letra. ¿Cuánto debo ponerle? –le preguntó.

–Dos sobres son suficientes, con eso matas a un elefante. Debes esparcirlo sobre la comida.

–Deme cuatro sobres, doña Magda, muchas gracias por su ayuda.

–Con gusto *padrecito*, aquí es bienvenido siempre; no me olvide – terminó diciendo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Mariano guardó sigilosamente los sobres en su morral e hizo otras compras para disimular la verdadera razón de su visita al mercado. Luego se fue a dar un paseo. Se sentó en una banca en el Jardín–Júarez; allí tocaba una banda de viento del gobierno. Acto seguido, sonrió y consideró: –De esta noche no pasará mi tío, será en el “nombre de Dios”, que mataré a ese pedófilo cura. Solo le pido al Señor que me ayude a concretar mis planes ya que solo cumplo con un mandato celestial.

De regreso al seminario elucubró que después de matarlo se escaparía. Iría al D.F. Tal vez buscaría a su amigo Javier, a quien tenía muchos años de no ver. Se llenaba de rabia cuando pensaba en todo lo que había sufrido. Rememoró que cuando niño soñó con ser cura, creyó en la bondad de la humanidad. También pensó que los servidores de Dios eran santos, gente buena; pero el tiempo le había dicho que estaba equivocado. Entonces reflexionó sobre su destino; estaba convencido de que Dios lo había escogido para que limpiara la inmoralidad de los hombres con sentimientos tergiversados, la escoria humana.

Al llegar al seminario se dirigió a la capilla en donde encontró a su tío hincado rezando con fervor. Al verlo le dio un poco de lástima, pero ese sentimiento estaba prohibido para él; lo único que debía sentir era odio para poder acabar con Juan Pedro, lo cual no le fue difícil.

–Tío, he regresado de hacer mis *mandaditos*.

–Que bien hijito, siéntate aquí a la par mía y pidamos a San José y a Dios por nuestra unión. Bendito sea mi Dios por haberme concedido tu presencia. – exclamó con un hondo suspiro.

–Tío, en este momento no me es posible, tengo que ir a mi habitación, debo arreglar unos asuntos. Lo veo a la hora de cena, le tengo una sorpresa – concluyó.

Haciendo toda clase de afeminados gestos, Juan Pedro le agradeció. No se aguantaba por saber que sorpresa le tenía *su niño*, como él le decía.

Antes de salir del lugar sagrado Mariano hizo una leve genuflexión y la señal de la cruz.

Ya había oscurecido, una tormenta se anunciaba con rayos y truenos tan fuertes que asustaban a cualquiera. En minutos comenzó a llover con una fuerte ventisca y las luces se apagaron por unos minutos. Antes de que las campanadas sonaran avisando que la cena estaba lista, debía ir a la cocina con el pretexto de preparar algo especial para el padre Juan Pedro. Entre la penumbra, ayudado de una linterna, entró y de repente la energía eléctrica volvió.

La señora encargada de la cocina era nueva en el trabajo. Inocente de lo que iba a pasar –le preguntó– si le podía ayudar en algo. Él le contestó que quería sorprender al padre Juan Pedro con un plato que prepararía personalmente. Debajo de la sotana llevaba los cuatro sobres del veneno. No serían dos, sino cuatro, para asegurarse de que falleciera. No estaba nervioso. A pesar de imaginar a su tío revolcándose del dolor, pidiendo clemencia a su Dios, revestía tranquilidad.

–¿Qué va a preparar? –le preguntó la cocinera.

–Unos *chilaquiles*, mi tío se chupará los dedos. –le aseguró Mariano.

Comenzó su preparación y aprovechando, que la señora se ausentó por un momento para ir al baño, Mariano, con destreza y rapidez sacó el veneno y lo

roció sobre la comida manipulándolo con sumo cuidado, tratando de no respirar; si no tomaba precauciones podía correr la misma suerte de Juan Pedro.

Cuando la cocinera regresó le dijo que el mismo le llevaría el plato para darle la sorpresa.

Mariano tomó la que sería “la última cena” de Juan Pedro y caminó hacia donde estaba sentado. Cuando el tío vio que puso el plato frente a él, se sintió mimado, se convenció de que su hijo adoptivo lo quería. A su lado, se encontraba el padre Antonio, quien puso una expresión molesta la cual delató que los celos lo estaban matando.

–Que delicia hijo, agradezco tanto, todo lo que haces por mí. Siempre recordaré esta noche –le expresó sin saber que sería la última y que muy pronto la muerte lo visitaría.

–Tío, es con mucho amor; deseo que disfrute esta cena que le he preparado con tanto esmero.

–Qué Dios bendiga tus manos que han preparado estos alimentos –concluyó.

–Amén, tío.

Estaba por comer el primer bocado cuando se le acercó otro clérigo pidiéndole que lo dejara probar. Juan Pedro se negó pues no quería compartirlo con nadie. El clérigo dio la vuelta haciendo una mueca de desagrado para regresar a su puesto en la mesa.

El tío decidió llevar los alimentos a su habitación para comer tranquilo con su sobrino. A Mariano le pareció una excelente idea porque no quería que cayera en agonía frente a los otros comensales. Así es que los dos salieron del comedor directo al dormitorio. Pasaron frente al clérigo pedigüeño y este le suplicó que le dejara, aunque fuera un poco para probarlo. Juan Pedro le prometió que lo haría poniendo en su rostro una sonrisa de cielo.

Tan pronto pusieron pie adentro de la habitación, Juan Pedro se le abalanzó a Mariano y lo comenzó a besar apasionadamente. Este se dejó sin protestar, sería el último beso que su tío le iba a dar.

Tomó el tenedor, contempló el plato, se relamió los labios con su enorme lengua. Luego puso en su boca un pedazo grande. Cuando saboreó la comida,

trabó los ojos diciéndole a Mariano que nunca había probado unos *chilaquiles* tan sabrosos. En pocos minutos cayó al suelo. Víctima de dolores espantosos se retorció como un gusano; los espasmos lo obligaron a vomitar todo lo que había en su estomago. Acto seguido, entró en un episodio de convulsiones. Su agonía era extremadamente dolorosa tal cual Mariano lo deseaba. De su boca salió una baba blanquecina y sus labios comenzaron a teñirse de color morado. Quería hablar, sacaba la lengua moviéndola con esfuerzo, pero de su garganta solo salían sonidos indescifrables como los de un animal a punto de expirar. Finalmente, un hilillo de voz apareció. Mariano se aproximó para escuchar sus últimas palabras: –¡Me ha...s...envenado grandí... si... mo hijo de put...! Entonces Mariano se acercó a su oído y le espetó:

–Te veo en el infierno, viejo pedófilo, hijo de tu *chingada* madre.

En ese momento los ojos de Juan Pedro ya no mostraban vida. Estaban vidriosos, miraban al techo fijamente con una expresión indescriptible. Había muerto. Mariano se quedó por un buen rato frente al cadáver rezando la oración de los muertos. Hincado le pedía a Dios que perdonara a Juan Pedro y lo dejara entrar, aunque fuera al purgatorio. Observaba con júbilo el cuerpo inerte de su tío, su piel ahora era más blanca que la nieve y su rostro mostraba terror, como si antes de morir hubiera visto a Satanás.

Mariano salió de la habitación sin hacer ruido para no llamar la atención. Probablemente el cadáver sería descubierto hasta el día siguiente. No obstante, era algo que no le preocupaba. Recogió las sobras de la comida y la vajilla para deshacerse de evidencias que lo pudieran inculpar. Sin perder tiempo llegó a su cuarto, agarró de nuevo su pequeña maleta, empacó sus pertenencias y se quitó la sotana. La tiró al suelo con furia, la pateó, la escupió y maldijo una y mil veces el sacerdocio. Al bajar las escaleras pudo intuir que todos dormían o estaban rezando. Cuando se encontró en el umbral del portón principal dijo en voz alta: – “Hasta nunca, curas hijos de su *chingada* madre”. Después, agradeció a sus consejeros mentales por haberle indicado el camino correcto.

Cerca de la medianoche llegó a la terminal de buses; llevaba poco dinero, pero se las arreglaría para conseguirlo. Lo más importante era que ya no estaba a merced de los dos curas depravados.

El bus partió cerca de la madrugada; se sentó en la última fila de asientos con su pequeña maleta y la Biblia en su mano. Portaba pantalones vaqueros y camisa de algodón de manga larga bajo un *pullover*. La sotana y sus votos sacerdotales ya eran parte de un pasado que no quería recordar.

Tomó algunas horas llegar al D.F.; no tenía ni la menor idea de lo que iba a pasar o adónde dormiría. Se sentía cansado y un poco contrariado por no haber podido tener el gusto de enterrar al tío maldito y echar la primera palada de tierra sobre su cadáver como se había prometido a sí mismo. –Quizá ya encontraron su cuerpo –pensó. El padre Antonio sospecharía de él, pero no le convenía decir nada. Si la curia preguntaba por él, Antonio mentiría diciendo que había tenido que salir por una emergencia familiar o algo así. Él también estaría aterrado.

¹ Una *piñata* es una olla de barro o de cartón, o una estructura de alambre cubierta de papel maché, adornada de papel de colores y comúnmente lleva 7 picos que representan los 7 pecados capitales; en su interior contiene frutas, dulces u otros premios, y que se cuelga de una cuerda a lo alto para ser rota con un palo o garrote por una persona, y que al romperse libera su contenido sobre los participantes en el juego.

Capítulo 9

Tepito el barrio bravo

Llegó al D.F. Fue un cambio radical para él; después de estar viviendo entre pájaros, árboles y un clima primaveral, ahora todo era diferente, su escenario era una ciudad fría, bulliciosa, superpoblada, contaminada, bajo un cielo gris plomo. Podría aguantar lo que fuera, menos a esos curas que lo acosaban día y noche. Juan Pedro, –pensó – estará dando cuentas a Dios y el padre Antonio estaría callado con el temor de correr con la misma suerte. Al bajarse del bus fue caminando, tratando de ver si encontraba alguna pensión, un cuarto para dormir o en última instancia un hotel que no fuera tan caro. Ya no reconocía el D.F.; después de tantos años de ausencia la ciudad había cambiado; entonces, preguntó a un peatón en dónde podía descansar. Un hombre de mala pinta le dijo que fuera al barrio “Tepito”; que en ese lugar todos se cuidaban entre sí y ayudaban al necesitado. El barrio no estaba tan lejos de donde se encontraba en ese momento. Caminó muchas calles, iba atolondrado de tanta tensión, hasta que finalmente llegó hasta “Tepito”, el barrio que, decían los *chilangos*, era el más *chingón*, en donde pasaba de todo y no pasaba nada. Todo lo bueno y todo lo malo.

Al entrar a Tepito se dio cuenta que el sector era inmenso, una ciudad dentro de otra. Muchas almas vivían allí. Caminar en sus calles era como estar en una gigantesca tienda. Miles de personas de todas las edades vendían y compraban ropa, comida, aparatos electrodomésticos, además de drogas y sexo. Entre las casas, apartamentos y cuartos de alquiler, había restaurantes, cafeterías y burdeles. Cuando iba, vio a una mujer que vendía diferentes hierbas y tenía un radio de comunicación en la mano. Cuando esta lo vio, avisó a alguien por el aparato, quizá para dar cuenta de que un extraño había cruzado sus límites. Se notaba que tenían una red efectiva de comunicación entre los habitantes del lugar. Al seguir su camino se topó con santuarios de la *Santa Muerte*. Muchos mexicanos, especialmente los de Tepito, adoraban a esa entidad; un culto que profesan con credulidad desde hace mucho tiempo. A

pesar de que muchas religiones, principalmente la católica, la consideran diabólica, para los tepiteños es la *Santísima*. En muchas ocasiones relacionaron a la *Santa Muerte* con muchos crímenes cometidos, cuando se decía que usaban la sangre de las víctimas para rituales. La *Santa Muerte*, dicen los creyentes, se presenta usando un vestido largo de tafetán de colores chillones, bordado en pedrería, dentro de un sarcófago de vidrio para protegerla. Su rostro no es como el de las Vírgenes católicas, sino que muestra claramente la cara de la muerte: una calavera. No obstante, los tepiteños la ven linda; para muchos de ellos sigue siendo la *niña bonita*.

A Mariano, al tropezar con una de las estatuillas le pareció chocante a pesar de que sabía de su existencia, ya que desde pequeño su padre le había hablado de ella. Conocía quien era la *Santísima* como muchos devotos la llamaban. Decían que ella los protegía de envidias, tristezas, desamores y de la pobreza. Pero para Mariano solo existía su Dios. Después de un rato de estarla observando, un hombre se le acercó y le preguntó si era turista. Mariano no le respondió. El hombre haciendo la señal de la cruz le dijo que le pidiera a la *Santa Muerte* lo que quisiera, que ella no le fallaba a nadie. Aquel hombre le contó su anécdota cuando la *Santa Muerte* lo visitó un día, y sin aparente invitación a conversar, procedió:

–Fíjate *cuate*, que eran casi las seis de la tarde cuando tocaron a mi puerta, era la *comadre* Marina, venía para llevarme al ritual de la *Niña Blanca*. Salí de mi *cuchitril* y me dispuse a contarle todas mis penas a la *Santísima*. Al llegar, entramos a un espacio donde ella estaba resplandeciente, dentro de una vitrina llena de lucecitas, con un vestido brillante de color rojo; era un altar lleno de flores de papel de todos los colores que puedas imaginar, *güey*. El cuarto tenía un olor penetrante debido a todos los cirios que habían encendidos en su honor. Sentí un poco de angustia ya que algunos dicen, que ella no es buena, que es la santa de los *drogos*, vendedores de sexo, maleantes, *chichipatos*; pero, no es verdad, ella es para todos, buenos y malos.

El lugar, estaba lleno de vendedoras, uno que otro policía, *travestis*, prostitutas y pandilleros. Sin embargo, no abrigaba miedo; allí todo el mundo se vuelve fraternal. Vi mucha gente tatuada con la imagen de la *Niña Blanca*, algunos mostraban sus tatuajes con orgullo, en sus piernas, brazos o en el

pecho. Todos estaban calladitos; pusieron a un lado una *laptop* que conectaron a una bocina de tamaño regular y la música comenzó a sonar con cantos y oraciones a ella. *Pa'que* se alegrara, lo mismo que nosotros. Marina encendió un puro; me dijo en voz baja que era el ritual de purificación; me aseguró que desde ese día yo quedaba unido a ella para siempre; que no le fuera a fallar. Ella es amorosa pero también muy celosa y vengativa. Yo asentí sin poner ninguna objeción o hacer preguntas. Luego me dio una estatuilla de la *Santa Muerte* y me dijo que la metiera en un balde con agua, pétalos de rosa, y ramas de ruda. Después me mandó que la secara y le echara bocanadas de humo de un puro que yo había encendido previamente. A la par de la *Santísima*, había un pequeño recipiente de barro con carbones encendidos que embriagaban el cuarto de humo. El lugar se tornó un poco sofocante. Luego me recomendó:

–*Vas a vestirla y la vas a poner en un aparador para que la veneres; con esto te vas a sacar la sal que traés encima, se te van a abrir los caminos, verás que el dinero te caerá como lluvia en primavera* –terminó diciendo.

–La gente se sentó; comenzaron a pasar uno a uno, los que suplicaban los favores de la *Santísima*. Yo pasé de segundo y le pedí que me enviara dinero, que me quitara los vicios, lo de *tarugo*, y que me consiguiera un buen trabajo. Dicho y hecho, así sucedió. Mira *güey*, ahora tengo mi *changarro*, allí vendo toda clases de cosas que se necesitan para los rituales de la *Niña*. Vendo bastante, hago mucha *lana*. Ya no tomo, no fumo. Solo *mariguanita* de vez en cuando, eso a la *Santa* le gusta, también tienes que hacerle ofrendas, no te olvides. Debes rezarle, tenerle fe. Sabes, *güey*, que esa señora es leal, es una verdadera madre, ella te concede los caprichos; sexo, amor, *lana*, carros de lujo, y más, mientras que la Guadalupana solo lo que necesitas. –¿Me entiendes *güey*? – Una tarde que me encontraba en el *changarro* sentí su presencia; en medio de un olor a flores vi su sombra en la pared, la piel se me puso de gallina. Desde ese día al levantarme la saludo: –Buenos días mi *Niña Blanca*, te quiero, te agradezco que me hayas dado dinero y que me hayas curado de todos los vicios, además de lo *tarugo*. –Ahora ya soy un hombre de bien, y no tengo esos *chingados* deseos de suicidarme. Siento que me escucha puesto que siempre veo su sombra pasar. No le temo, la venero, la adoro y sé

que algún día vendrá por mí.

La plática se había extendido más de la cuenta; Mariano era todo oídos; siendo mexicano ya había oído hablar de esto, pero nadie le había contado historias. Pensó que podría tratarse de algo bueno, pero no podía traicionar a su religión. Al menos, esta vieja, –refiriéndose a la *Santa Muerte*–, no te causa el daño como lo hacen esos malditos curas –terminó diciendo.

Aquel hombre le preguntó su nombre y el porqué estaba en Tepito. Mariano no le contestó, se quedó observando la figura de la *Santa Muerte* sin pestañear. El hombre dio la vuelta y se alejó sin siquiera decirle adiós.

–/–

Mariano, continuó buscando, aunque fuera un cuarto para dormir, estaba muy cansado. Al fin vio a lo lejos una casa en donde un rótulo iluminado con lucecitas de colores, decía: Pensión Ramírez. Tocó el timbre y una muchacha joven le abrió. Lo invitó a pasar como si ya lo conociera. Adentro había un mostrador, un estante con toda clase de perfumes, estampas de la *Santa Muerte*, cirios negros, rojos y blancos. Cuatro sillas de color blanco amarillento alrededor de una mesa cubierta con un mantel floreado. El pasamanos de la escalera que llevaba al segundo piso estaba adornado con una guirnalda de flores plásticas de todos los colores.

–Señorita, quisiera saber si tiene un cuarto de alquiler –le expresó Mariano con voz cansada.

–Sí señor ¿es usted de por aquí?

–¿Por qué me pregunta eso? ¿Es que no parezco mexicano? –le replicó un poco molesto.

–Es qué nunca lo había visto en el barrio de Tepito.

–Nací aquí en el D.F. pero vengo de Cuernavaca –le dijo de manera tajante–, ¿necesita identificación?

–Aquí en Tepito no se necesita nada, solo la *lana* –le contestó la chica con sarcasmo.

Después de acordar el pago, Mariano fue con la joven a ver la habitación. El espacio no era tan pequeño. Contaba con una cama sencilla con respaldo de madera de color rosa mexicano. Un armario pequeño, una silla recién pintada que estaba al lado de la cama que hacía las veces de una mesa de noche.

Había un baño que tendría que compartir con la habitación contigua. Mariano observó a la chica con detenimiento y en el pensamiento destacó su belleza; estaba en la flor de su juventud. Sus facciones eran delicadas, su piel de color canela. Un vaquero ajustado mostraba un trasero bien formado y bastante grande. Sus pechos eran redondos, parecidos a dos lunas llenas. Un cabello lacio le llegaba hasta la cintura. La joven caminaba por el estrecho pasillo y se contoneaba coqueta, lo cual provocó en Mariano cierta inquietud. –No soy un puto maricón, me encantan las mujeres. Mañana la voy a invitar a tomar algo; estoy seguro de que no me rechazará –pensó. Lo había podido adivinar en sus ojos y en sus gestos, pero en ese momento solamente quería descansar, dormirse para no acordarse de nada.

Al día siguiente, el ruido de la gente, los gritos de los comerciantes, los radios a todo volumen con música de reguetón y bandas nortañas despertaron a Mariano de un sueño reparador. De un brinco se levantó de la cama, feliz de saber que se encontraba lejos de Cuernavaca. Agarró una toalla de su maleta y se dirigió al baño. Era un lugar estrecho, con una manguera por ducha; pero debía asearse de cualquier manera. Después se vistió con sus mismos vaqueros y decidió ir a husmear para ver que acontecía en esas calles de Dios. Cuando bajó allí estaba la joven, lucía fresca y parecía estar de buen humor.

–Buenos días, señor –le dijo con voz cantarina.

–Buenos días. Por favor no me digas señor, me llamo Mariano Ordáz.

–Está bien, Mariano. Yo me llamo Leticia, pero me dicen Lety.

–¿Sabes adónde puedo desayunar?

–*Pos aquí mero*, yo le doy un buen *café de olla* y *huevos ahogados* tal como nos gustan a los mexicanos, ¿te parece?

Lety se acercó con una jarra de barro y le sirvió una generosa taza de café. Después se dirigió a la cocina para preparar lo demás. Al poco tiempo venía contoneándose exageradamente, con una *charola* en sus manos en donde llevaba la comida. Mariano se sintió en el paraíso. Pensó que el barrio de Tepito era la antesala del cielo.

Comió deseoso, estaba hambriento. No mediaba palabra con Lety pues su boca siempre estaba llena, pero una vez terminó le pidió que le mostrara el barrio; quería conocerlo bien ya que pensaba quedarse un buen tiempo allí.

Salieron después del desayuno, el sol calentaba de forma agradable. Los comerciantes ya estaban vendiendo, a gritos, sus mercancías. Era otro día más para la gente del *barrio bravo*. Allí todos luchaban día a día para sobrevivir. Lety lo llevó a un almacén que era de un primo que vendía ropa. Era hora de que Mariano comprara algunas prendas, aunque fueran de segunda y hasta de tercera mano. El mediodía llegó apurado, se fueron a comer a una cafetería que era de una pariente de ella. Mariano se sentía avergonzado porque no tenía dinero para pagarle el lonche a su nueva amiga. Pero Lety le dijo que no se apurara, que el almuerzo lo iba a pagar ella, que su *cuate* le daba crédito.

–Pero, ¿cuál es tu problema? –Le reclamó–, recuerda que aquí todos nos ayudamos, lo único que tendrás que hacer es ajustarte a las reglas y costumbres de los Tepiteños.

–No te entiendo, –le contestó Mariano.

–Es que no hay necesidad de que te lo explique manito, con el paso del tiempo lo entenderás. Mira, en otras palabras, esta es una comunidad en donde todos nos ayudamos y nadie jode a nadie, pero si te ven que andas por allí de *oreja* o de *soplón* te mandan a la *chingada*. Aquí hay gente que te controla hasta cuando meas, tenemos nuestra propia policía que, por cierto, está bien pagada.

Eso le quedó a Mariano sonando en su cabeza. De todas maneras, él estaba acostumbrado a adaptarse a toda clase de situaciones, incluso las peores. Por lo tanto, supuso que lo que vendría no sería nada en comparación a lo que le había tocado soportar.

Después de un copioso almuerzo con *birrias*, tacos de *suadero* de bistec con nopales asados y guacamole, los nuevos amigos recorrieron algunas calles del barrio. El lugar era tan grande como si fuera una ciudad dentro de la capital.

En la orilla de la calle había infinidad de *tianguis*, puestos de mercado cubiertos con lonas de color amarillo, con toda clase de mercancía: zapatos, ropa, comida, aparatos electrónicos, música, películas buenas y malas, así como drogas: marihuana, LSD, cocaína, heroína, pastillas para subir al cielo y para bajar al infierno. Allí todo se podía comprar y vender sin ningún problema. Al pasar por una de las calles, Mariano vio un buen número de

vendedores de sexo, prostitutas, lesbianas y homosexuales. Cuando tuvo a uno de los *jotos* cerca de él, le dio una mirada de odio; para Mariano eran unos pecadores que debían de estar en el averno.

–Debo ajusticiar a los que no cumplen con las leyes de Dios, salvar al planeta de estos indecentes –se dijo.

Siguió como si nada lo sorprendiera en compañía de su amiga Lety. Ella le hablaba de todos los negocios que juntos podían hacer. Por la noche irían a un *antro* a divertirse.

Al entrar a su cuarto, Mariano estaba espantado de todo lo que había visto. Estaba seguro de que no encontraría gente más pecadora que la que se aglomeraba allí. Era igual que las ciudades de Sodoma y Gomorra que mencionaba la Biblia. Para Mariano era un mundo que no conocía.

Se acostó un rato en su cama, leyó un periódico que había comprado y vio en primera página a su amigo Javier. En la foto, Javier posaba con un premio que le habían conferido. El respetable señor Javier Mendoza era el hombre del momento. Un gran ciudadano; el pujante empresario que daba trabajo en el Distrito Federal a miles de mexicanos.

–Vaya, no me sorprende de Javier; siempre fue un ambicioso y hábil para hacer *lana* –pensó.

Se sintió bien por él, pero aún no quería darle la cara, hasta que saliera de su miseria. Después de todo lo que había conversado con su amiga, tenía la esperanza de hacer dinero.

Miro su reloj y ya eran cerca de las ocho de la noche. Estaba listo para irse de juerga con ella, quien lo esperaba ansiosa frente al mostrador. La chica lucía cautivadora. Una ajustada falda destacaba las formas de su juvenil cuerpo. Medias veladas negras, zapatos de tacón alto, y una blusa escotada que exhibía sus senos, desesperados por salirse del encierro.

–Buenas noches, Mariano ¿nos vamos? –lo invitó con expresión pícaro.

–¡Pero caramba, luces muy sexy!

–*Ándale*, no seas tan mentiroso –le expresó con una sonrisa maliciosa.

–No lo soy. Te ves preciosa, es *la neta*.

A Mariano le comenzaba a gustar. Le llamaba la atención tener sexo esa noche con ella. La chica, aunque joven, ya no era ninguna virgencita, había

crecido y madurado antes de tiempo. Desde niña había luchado por mantenerse a flote, en un barrio difícil.

Caminaron agarrados de la mano, hasta que llegaron al *antro*. Sobre su muro había pancartas enmarcadas con luces intermitentes de distintos colores, en donde, Antonio, “Tony Montana” (Al Pacino), protagonista de la película *Caracortada*, era la figura principal. En el afiche se leía: “*A todo perro le llega su día*”.

Dentro del *antro* había penumbra. La luz venía únicamente de las lámparas de neón de color verde y rojo. Una banda norteña cantaba narcocorridos. Cuando se sentaron, una mujer idéntica a Paquita la del barrio, estaba por cantar la famosa canción *Rata de dos patas*.

Un hombre se acercó, parecía ser un conocido de Lety. La agarró de la cintura y la elevó hacia arriba, a manera de broma.

–*Quiúbole*, ¿cómo te va, Félix?

–*De pelos* mi reina, ¿no me presentas al novio? –le dijo con tono burlón.

–El es mi nuevo amigo, no es mi novio, su nombre es Mariano Ordáz.

–Pero *ándale*, que buena *pinta* tiene este *pendejo*.

–Mucho gusto, le dijo Mariano, – esbozando una forzada sonrisa de lado.

Se sentaron los tres, el hombre que atendía, les puso una botella de tequila en medio de la mesa. Comenzaron a beber y sin darle mucho tiempo, Félix le dijo a Lety que le explicara a su amigo cómo era “la cosa” en Tepito.

–Supongo, que has venido a hacer *lana* aquí. Sí es así, mi *cuate*, no te equivocaste, estás en el centro de negocios mas poderoso de la ciudad de México. –luego se echó una buena carcajada.

Mariano se encontraba un poco desconcertado; su vida desde adolescente había sido en un seminario en donde casi todo era hipocresía. En Tepito había un ambiente bastante pesado, pero nadie se escondía para hacer lo que se le viniera en gana. No como en el seminario de San José.

Félix era de Juárez, ciudad fronteriza con Estados Unidos, situado al norte de México. Su rostro era moreno, quemado por los rayos del sol. Alto, corpulento, capaz de levantar un camión sin el menor esfuerzo. Sentado, con tequila en mano, se le quedó viendo a Mariano y sin andar con rodeos le propuso el negocio de “pollero”. Le pagaría muy bien por llevar mexicanos a

Estados Unidos, atravesar el río Grande. Le aseguró que en pocos meses ganaría mucho dinero. Además, no solo se trataba de ese negocio, había otros, como: la trata de blancas, venta de drogas, etcétera. La venta de cocaína, le dijo es el mejor de los negocios. Esos *gringos* tienen una gran *narizota* y les encanta aspirarla. Son unos viciosos. Félix vio a Lety, y entre risas le dijo a Mariano que ella era una experta en el “negocio de putas”. A lo que Mariano solo arqueó las cejas sin hacer comentarios.

La noche parecía interminable; Mariano, la estaba pasando muy bien. Sabía que todo eso que le proponía el hombre era malo, pero necesitaba dinero y lo único que había aprendido en el seminario era a rezar, confesar, dar misa y el lado equivocado del sexo, de acuerdo con sus valores.

Dentro de Mariano había una pelea férrea de acuerdo a sus creencias, contrarias a la realidad que había vivido. ¿Cómo podía creer en los curas, como representantes del Señor, si habían sido los culpables de sus desgracias? ¿Cómo era posible que, en Tepito, creyeran más en la *Santa Muerte* que en Dios? Algo no le cuadraba. Por último, pensó que Dios y todos esos santos no lo habían ayudado, cuando él los necesitaba. Con tanta duda y resentimiento en su corazón, aceptaría cualquier trabajo que le propusiera Félix o Lety. Lo haría pese a la ambigüedad, que existía en él. Pidió consejo a los colaboradores que vivían en su mente, y estos aprobaron lo que viniera. De cura a pollero o a dueño de burdeles. Era mejor así que vestirse de hipocresía o ser violado constantemente por los representantes de Dios aquí en la Tierra.

Mientras Mariano tomaba su tequila, Lety lo observaba enajenada. Le encantaban sus ojos de color oscuro, de mirada inteligente y aguda. De manera espontánea y atraída por su físico, pasó sus dedos entre la lustrosa cabellera de Mariano, quien inesperadamente sintió el placer de su caricia. Luego sin decir una palabra o pedir un permiso, tomó la mano de Lety y la puso entre sus fuertes piernas para que sintiera su excitado miembro. Ella, sin quedarse atrás, agarró la mano de Mariano y la puso dentro de su falda. Apenas sus dedos rozaron su sexo, sintió cosquillas en el vientre. El deseo entre ellos afloró. Lety supo que ya no podía más y le pidió que se fueran. No había ningún otro motivo por el cual quedarse. En el camino se encontraron prostitutas ofreciéndose por nada, homosexuales pintarrajeados hasta la exageración,

miembros de pandillas drogados a más no poder; hecho que asustó un poco a Mariano. Lety al verlo así le dijo que no se preocupara por que eran sus *cuates*. Cuando pasó cerca, la saludaron de manera fraternal. Eso le dio confianza, tendría que tenerla, ya que allí viviría, quién sabe, por cuánto tiempo.

Ya eran cerca de las cuatro de la mañana y Tepito comenzaba a despertar. Subieron al dormitorio apurados. La fogosidad quemaba sus cuerpos; necesitaban desesperadamente tocarse, desahogarse. Darse besos, hacer el amor. Mariano la desnudó con afán, Lety hizo lo mismo. Él nunca había estado con una mujer, pero le daba vergüenza confesarle eso. Tal vez pensaría que era homosexual. Por lo tanto, escondió esa parte y sin mucho esfuerzo trató de comportarse como un *macho*. Cuando Mariano observó su desnudez, su miembro reaccionó con energía. Nunca imaginó, que una mujer desnuda pudiera ser tan bella. Allí pensó que Dios había creado a una criatura digna de ser admirada y glorificada. Sin embargo, –reflexionó– había sido la tentación de Adán para que pecara. En medio de la excitación que Lety le causaba, apartó esos tontos pensamientos de su cabeza para entregarse el disfrute del sexo, de su primera relación sexual, que fue una verdadera explosión de pasión, un descubrir placentero. A pesar de su falta de experiencia, su instinto de hombre le dijo qué hacer. Lety por su parte, jamás se dio cuenta de que era virgen. Estaba satisfecha y convencida de que Mariano era un buen amante, el amor de su vida. Quería estar despierta toda la noche para volver a sentirlo dentro de ella. Lo mismo él, quien sintió estar en el cielo.

En tan poco tiempo Mariano había conseguido una mujercita que le fascinaba y un negocio que le podía dar mucho dinero. Hasta que la muerte tocó a la puerta...

–/–

El tiempo pasó y para Sonia la vida era menos dolorosa, ya se encontraba mas adaptada a su viudez. Mariano siempre estaba pendiente de ella. La visitaba con regularidad, pero no había podido conquistar su corazón. Cuando estaban juntos, Sonia se dedicaba a hablar de su difunto marido todo el tiempo. No lograba arrancarse de su alma a *Ray*. Pero Mariano tenía sus propias conclusiones, creía encontrarse muy cerca de atrapar a su presa.

Había visto en Sonia un ser bueno, una persona a la cual asirse cuando aquellos demonios lo estuvieran empujando a cometer pecados. Ella, podía salvarlo de su locura, ya que siempre estaba en una continua batalla entre el bien y el mal. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el teléfono; era Javier.

–Hola Mariano, ¿qué haces?

–En este momento, pensando.

–¿Pensando? –le preguntó Javier con sarcasmo.

Estoy tratando de ver como conquisto a Sonia, se ha convertido en una obsesión para mí. La veo más animada, creo que ya está superando la muerte de *Ray*, tal vez sea hora de hablarle claro.

–Mira, Mariano, te espero en *Polanco*, en el restaurante de siempre, te invito almorzar y allí hablamos. ¿Te parece?

–Es un hecho Javier, tengo ganas de platicar contigo, hay muchas cosas que debo contarte.

Cuando entró al restaurante, en *Polanco*, una zona exclusiva de México, rememoró aquella época en Tepito, cuando llegó con una mano adelante y otra atrás. Cuando no tenía más que dos *blue jeans*, tres camisas de algodón, un *sweater*, y un par de botas, dispuestos en un sencillo armario de pino, todo comprado de segunda mano. Luego, sus ojos se llenaron de agua al recordar a Lety. Ahora llevaba una vida tan distinta, rodeado de lujos, sin problemas económicos, perseguido por despampanantes mujeres que se le ofrecían, en todas partes. Amigos, le sobraban; entre millonarios, políticos corruptos y gente de la alta sociedad.

Cuando lo vieron, corrieron tres meseros a recibirlo e indicarle que su mesa estaba en el privado del restaurante.

Javier llegó unos minutos después. Al verse se saludaron con un apretado abrazo. Ya en la mesa chocaron los vasos para brindar con un fino whiskey y comenzaron a conversar:

–No sé qué hacer, Javier. Sonia me está volviendo loco, por primera vez en mi vida, conozco la santidad en una mujer. No sé qué me pasa, hasta ahora, nadie había despertado en mí, un sentimiento tan puro. Te aseguro, que no me reconozco. El problema es que, aunque la visite con frecuencia, le envíe

flores, le haga buenos regalos, no me corresponde. Yo que creí ser un gavián, ahora soy una pobre paloma, igual a lo que dice la canción de José José.

–¡Ay, no exageres! Tampoco te la llesves de inocentito, tú que siempre has sido un sobreviviente, no me vas a decir ahora que estás perdidamente enamorado como un cagadito –le dijo riendo.

–Más que amor es una obsesión. Me fascina esa mujer, su rostro angelical, esos ojos verdes de mirada dulce, su figura, su forma de hablar, su cabello, todo en ella me atrae. Pero, no sé qué más puedo hacer, traté de ayudarle con la deuda de *Ray*, pero no fue suficiente. Cuando salimos a cenar, solo habla del *joto* de *Ray*, ya me tiene aburrido. Me he tenido que aguantar al *huevo* de su hijo, que me ve con ojos de odio. Como si yo hubiera tenido algo que ver con la muerte del padre. Carlos Mauricio, sigue con su investigación. Le dice a todo el mundo que él no descansará hasta no saber la verdad.

–Y a ti que te importa lo que averigüe, si tu conciencia está limpia, no hay porqué temer –le expresó poniendo mirada de duda, y siguió:

–Mira, tengo una idea. Tenemos que planear algo, como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de todo lo que hacíamos cuando queríamos conseguir algo? O ya se te olvidó. Nos pasábamos de la raya, cruzábamos todos los límites. Y siempre teníamos éxito.

–Propone algo, soy todo oídos –le dijo abriendo sus ojos más de la cuenta.

–Es simple, vamos a secuestrar a Carlos Mauricio y luego tú serás el héroe de la película. Él que lo rescatará. Eso te dará una buena ventaja. Cuando le entregues a su hijo sano y salvo, Sonia se tirará en tus brazos, llorará de felicidad en tu hombro. Pensará que tú arriesgaste tu vida por la de su hijo. Una madre valora eso. No tendrá más alternativa que agradeceréte de cualquier manera. Y te apuesto que entonces la tendrás comiendo de tu mano.

–Pues, no es mala idea. Creo que eso puede funcionar.

Mariano estaba encantado, sería una nueva aventura llena de adrenalina. Durante la cena planearon de qué manera lo harían. Él le habló de algunos *cuates* que vivían en Tepito con los que aún guardaba amistad. Ellos se encargarían, tenían experiencia en esos asuntos. Les tenía confianza; y ellos a él, mucho respeto. La *lana* no sería un problema. Jamás lo traicionarían debido a que él se había labrado un nombre cuando vivió en el *barrio bravo*,

aunque ya hubieran pasado varios años, Mariano seguía siendo importante en esos lares.

–De qué hablas amigo. ¿Tepito? ¿Qué hacías en Tepito?

–Es una historia larga, déjame que te la cuente, con detalle en otra ocasión. Ahora no estoy preparado.

Al día siguiente Mariano amaneció contento, como nunca antes. Pensaba en Sonia, la imaginaba desnuda con sus largas piernas entrelazadas a su cuerpo, besándolo, mientras él estrujaba sus pechos. En medio de aquella fantasía erótica, el cuerpo tuvo la respuesta esperada y decidió ir a verla; quería al menos tenerla cerca.

La tarde estaba plomiza. Raúl, su motorista, lo llevó a casa de Sonia. Cuando apareció en el umbral de la puerta su hijo Carlos lo recibió con indiferencia. Él no podía hacer nada para alejarlo de su madre; ella lo estimaba mucho y no quería contrariarla. A Carlos algo le decía que ese hombre era un mal amigo, un hipócrita, que solo buscaba seducir a su mamá. Además, intuía que algo tenía que ver con el suicidio de su padre. Eso no podía sacarlo de su necia cabeza.

–Hola Carlos, ¿está tu madre? – Le preguntó con voz de seda.

–Sí, se encuentra en la terraza; pero vamos a salir, le pido tío Mariano, que no le quite mucho tiempo. Le prometí llevarla de compras.

Aunque, le costaba decirle tío, desde pequeño sus padres le habían dicho, que era una forma cariñosa de llamarlo.

–No me demoro, solo quiero pedirle que me acompañe a una fiesta esta noche.

–Pero, no sé a que horas vamos a regresar –le dijo poniendo toda clase de excusas.

–No te preocupes, yo la esperaré todo el tiempo que sea necesario; la fiesta comienza hasta tarde como es lo usual aquí en nuestra ciudad.

–Esta bien, es cosa de ella –le contestó de mala manera y dio la vuelta sin siquiera despedirse.

Sonia estaba sentada en su mecedora de mimbre absorta en sus pensamientos. Se sobresaltó al escuchar las pisadas de alguien que se acercaba. Luego se dio cuenta de que se trataba de Mariano, su mejor amigo.

–Tú aquí, que agradable sorpresa, toma asiento, Mariano. ¿Cómo te ha ido?
– le dijo al recibirlo.

–Muy bien Sonia, estaba con muchas ganas de verte. Y cuéntame en que pensabas, parecías estar en otro mundo.

–Estaba pensando de que sería buena idea ir de viaje con mi hijo. Me ayudaría a aminorar un poco esta pena, y mi soledad.

–Te sientes sola porque quieres Sonia. Yo estaría dispuesto a hacerte compañía para siempre.

–Eres una persona muy especial. Tus visitas son como lluvia en el desierto. No tengo palabras para agradecerte la ayuda que nos diste para pagar las deudas que dejó *Ray*. No puedo negar que eres mi ángel de la guarda. Pero necesito tiempo; la herida todavía no se ha curado.

Continuaron charlando por un buen rato. Hubo un breve silencio. Ella se le quedó mirando y Mariano aprovechó el momento para confesarle que estaba enamorado. Fue una declaración de amor sin rodeos. Sonia no sabía que decir, tampoco se veía sorprendida. Su expresión no mostraba ninguna emoción.

–Sonia, quiero casarme contigo, démonos una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo hacerte feliz.

–No sé que decirte, todavía extraño a *Ray*, no sería justo estar contigo y pensar en mi marido todo el tiempo. Creo, que tú mereces a una mujer que te ame sin ataduras. Yo estoy traumada, me he quedado atascada en el pasado, no he podido superar la muerte de *Ray*, y no sé si podré superarlo. También recuerda que está mi hijo de por medio, no será fácil para él ver a su mamá con un íntimo amigo de su padre. ¿Me comprendes?

–Si lo entiendo, pero, sé que deseás que yo esté contigo, lo percibo. Cada vez que me ves, tu rostro se ilumina y desaparece toda la tristeza en ti. Aunque no lo quieras admitir. Pero, tienes que entender que él ya está muerto. ¡Te suplico que lo superes! Él ya no regresará jamás. Tú necesitas a un hombre a tu lado, compañía, alguien que te proteja. Quiero ser yo ese hombre. Te ruego que me des una oportunidad.

Al decir esto, tomó una de las manos de Sonia y la colocó en su pecho. Sonia no opuso resistencia; pero tampoco reaccionó como él lo hubiera deseado. Luego intentó besarla, ella volteó su rostro y sonriendo con timidez

se apartó de él. Mariano se volvió acercar para darle un abrazo. Pero su respuesta, de nuevo fue indiferente. Cuando sintió el rechazo de ella vio su reloj y dijo que debía retirarse. Salió sin obtener lo que tanto deseaba. No obstante, estaba seguro de que Sonia se rendiría a sus pies, cuando salvara la vida de su hijo de las garras de la muerte.

Al día siguiente Mariano y Javier se reunieron para almorzar. Tenían temas importantes de que hablar. Mariano aprovechó la oportunidad para contarle esa parte oscura de su vida, el pasado en Tepito. Javier estaba boquiabierto, no tanto por lo que había hecho, sino por lo audaz e inteligente que era para la maldad, por haber llegado hasta la cima, en un mundo tan difícil como el de Tepito. Luego, se enfocaron en hablar del secuestro de Carlos, era la única salida para que Sonia pudiera ceder. Mariano se convertiría en un héroe, rescatando a su hijo. Ese plan era maquiavélicamente genial, no podía fallar. Mariano fue el primero en hablar:

–Sabes que ayer fui a Tepito, me recibieron como si nunca hubiera salido de ese *cuchitril*. Me reuní con mis antiguos amigos: el *Araña*, la *Calaca* y el *Escorpión*; todos son expertos en esos quehaceres. Me tuve que ir vestido diferente para que nadie me reconociera. Los hombres ya están listos, mañana comienzan a montar la inteligencia para saber los movimientos de Carlos. Se comunicarán conmigo cuando ya lo tengan en sus manos. No va a ser difícil, el muchacho tiene una vida simple y rutinaria. Va a la universidad, luego al *Gym*, después llega a cenar a su casa y así sucesivamente; hace lo mismo todos los días.

–Ten cuidado Mariano, que a esos hombres no se les vaya a pasar la mano, si no lo entregamos vivo, de nada nos va a servir.

–Ya les advertí que no le toquen ni un pelo. Sin embargo, no me voy a meter en detalles, ellos sabrán lo que tienen que hacer. Nunca me han fallado.

–Ok, está bien, me cuentas como va todo.

Chocaron dos wiskeys para brindar por el amor que vendría después. Comieron, hablaron de mujeres y de negocios y luego se despidieron. El plan era perfecto se ganaría el amor de Sonia y la aceptación de Carlos. Ambos estarían agradecidos de por vida.

Capítulo 10

El secuestro de Carlos Mauricio

Mariano se reunió con los antiguos colaboradores debido a que tenían que hablar del secuestro de Carlos Mauricio. Al parecer todo iba de acuerdo a lo planeado.

La *Calaca*, el *Araña* y el *Escorpión*, tenían una semana de estar siguiendo a Carlos. El trabajo no era complicado; el muchacho tenía siempre la misma rutina. No obstante, querían asegurarse de que todo saliera bien.

Concluyeron que sería más fácil secuestrarlo a la salida del gimnasio. Llegaba sin falta a las siete de la noche y salía a las nueve.

Antes de que llegara el día del secuestro mandaron a un infiltrado al gimnasio para que hiciera amistad con él y estudiara su personalidad. Le pidieron al hombre que lo invitara a tomar unos tequilas. La idea era que llegaran otros cómplices al bar y provocaran una pelea para ver como reaccionaba.

El plan con el infiltrado resultó perfecto; la segunda vez que se vieron Carlos Mauricio le aceptó la invitación a tomarse unos tragos lo cual fue advertido a los demás cómplices.

Ya en el bar, uno de ellos se aproximó a Carlos y le dijo:

–Oye *cabrón*, no me gustas, pareces *joto*.

–Pero qué te *traes*, le contestó Carlos. Ni soy *cabrón*, ni *joto*, pero podemos ser amigos. ¿Qué te parece si te invito a una *birra*?

–¡*Chinga tu madre!* ¿Creés que me voy a sentar, con un *joto* como tú?

–Vamos, no te pongas así –le espetó Carlos, tratando de ser convincente.

El hombre, lo vio con ojos de odio. Él buscaba pleito. Pero la reacción de Carlos fue tranquila. El alborotador, sin decir nada, salió del lugar sacándole el dedo. A Carlos le dio risa. Se quejó de la agresividad que existía en cierta gente.

–Mira, *mano*, dicen que no hay que prestar atención a la provocación, es mejor vivir en paz –le manifestó a su contertulio.

Con ese comentario, el infiltrado estuvo seguro de que Carlitos era un blanco fácil. Al día siguiente llamó al *Escorpión* para decirle:

–El *vato* es *tranquis*, ese no les va a costar. Ni siquiera anda armado, además de todo, el *güey* es bien confiado.

El *Escorpión* llamó a Mariano:

–Todo está listo, don Mariano, a este camarón ya se lo llevó la corriente; mañana por la noche haremos la operación.

Esa noche llegaron los tres sujetos en una *troca* con vidrios polarizados. La *Calaca* manejaba, El *Araña* iba de copiloto, y el *Escorpión* acompañaría al secuestrado en el asiento de atrás. Le pondría la capucha negra lo mismo que unas esposas para inmovilizarlo; también haría uso de una jeringa con droga para atontarlo y que no diera pelea. Aunque ya sabían que él no iba a oponerse prefirieron asegurarse. No querían tener una sorpresa desagradable.

Aparcaron el coche unos metros atrás de la puerta de entrada del *Gym* y se quedaron agazapados en la oscuridad. Eran casi las nueve, pero el joven no salía. Pasaron quince minutos más, y nada...

–Oye *güey*, este *morro* no sale. Será que no vino o se las *huelió* –argumentó el *Escorpión*.

–Más vale que no sea así, ya que el *patrón* nos va a colgar de los huevos. Ya sabes que a veces se le sale lo loco –le espetó el *Araña*.

–Mira *carnal*, bájate con disimulo y *checa* en el estacionamiento a ver si ves el coche estacionado.

–Órale, ya regreso.

El *Araña*, venía caminando con lentitud y les confirmó que allí estaba el coche.

–¡Ah *caray!*, entonces tendremos que esperarlo, tal vez esta cagando –dijo la *Calaca* muerto de risa.

–Miraaaa... *jaguas*, que allí viene! –exclamó emocionado el *Araña*.

Carlos salía de la palestra, bajaba las pocas gradas que había para luego dirigirse al estacionamiento.

–Shhh...no hagan nada, no la vayamos a *regar*, deja que llegue a su coche, lo tiene en un lugar oscuro, allí será mejor *caerle*. –Dijo el *Escorpión*.

–Lo voy a seguir y ustedes retroceden para meterlo rapidito.

Carlos Mauricio caminaba silbando; lucía muy relajado. Llegó a su coche y estaba por abrir la puerta cuando la *Calaca* le puso la pistola en la sien. Él enmudeció, quedó paralizado por el terror.

–No vayas a hacer ningún escándalo, *putito*, que nada te va a pasar. Solo sigue mis instrucciones –le dijo con voz firme.

Carlos ni siquiera movió un músculo. Prometió obedecer las órdenes al pie de la letra y caminó hacia el coche de los secuestradores. El *Escorpión* le dio un empujón para meterlo en el asiento de atrás e inmediatamente le pusieron la capucha. Él no se fijo muy bien en los hombres, todo fue tan rápido. Solo escuchó los apodosos que se decían.

–¿Qué es esto? ¿Qué quieren de mí? –dijo, con voz quebrada.

–*Patroncito* queremos mucha *lana* para dejarte libre. Hablaremos con tu *jefecita* y eso es todo. Si te portas bien no te vamos a pegar. Ahora, si te pones *pendejo*, te molemos a golpes. Mi amigo aquí tiene un garrote que se llama *Toñito*, y a él le caen mal los *putos* como tú. ¿Me entiendes, *güey*? Y te me vas callando; aquí él que hace las preguntas soy yo.

–Está bien, ¡solo les pido que no me hagan daño!, ¡por favor!

–OK, *putito*, pero eso depende de ti.

La *troca* salió a toda velocidad por la carretera vía a Cuernavaca, en donde había una “casa de seguridad”. Durante el trayecto Carlos Mauricio permaneció callado, parecía que le habían comido la lengua los ratones. No se movía, parecía una estatua de piedra. Después de una hora sintió que la *troca* había aminorado la velocidad; entonces presintió que ya estaba llegando al lugar de destino. En su mente pasaron muchas imágenes: veía la cara de su madre empapada en llanto, la cara de sorpresa de Mariano, la de Carmelita llena de incertidumbre, llorando a mares. Vio también a su padre, quien le consolaba en vano. Un sudor frío cubrió su rostro. A pesar de que era un joven valiente, sabía que no iba a poder escapar de tres sujetos armados. El coche se detuvo abruptamente, los hombres se bajaron y lo sacaron a empujones. Encapuchado, no veía por donde iba, pero el *Araña* lo agarró del antebrazo para guiarlo hasta el umbral de la puerta. Escuchó el ruido que hace la cerradura cuando entra la llave, el crujir de la puerta y un silencio mortal. El *Escorpión* le dio otro empujón que lo hizo tambalear. Sin poder ver, percibió

que estaba en un espacio amplio. Le dijeron que había un *camastro* para que se acostará y que no intentara escapar, porque lo iban a matar. Con esa amenaza, revoloteando en su mente, obedeció como un niño. Se acostó y pidió agua para aliviar su seca garganta, uno de ellos se la dio en completo silencio. Los cómplices se sentaron en un sofá y destaparon una botella de tequila para celebrar que Carlos Mauricio ya estaba secuestrado, y también por el *patrón*. Entre risas dijeron: –Ese *güey* no ha cambiado desde que salió del barrio de Tepito–; estaban por llamarlo por su nombre, cuando el *Escorpión* le dio una patada al *Araña*.

–¿Acaso eres *pendejo*?, *Araña* de mierda, –le dijo–, que no ves que el joto se encuentra cerca, te puede escuchar el nombre del jefe. Eso es peligroso. ¡Ay cómo eres idiota! –terminó diciéndole el *Escorpión*.

–El idiota eres tú, *puto Escorpión*. –le respondió.

–Cállense los dos –dijo la *Calaca*–, aquí no debemos discutir por tonteras, sino la vamos a regar. Acuérdense que el *don...* es difícil.

–Bueno, *Calaca*, tienes razón. Nos calmaremos todos, ahora entrémosle al tequilita; mira como se nos queda viendo decepcionado de que no lo servimos.

Mientras tanto Carlos estaba atento. Sus sentidos se habían agudizado, pero su mente lo traicionaba, de un momento a otro, el cansancio hacía que olvidara lo que acaba de escuchar. No obstante, los apodos que se decían, le quedaron grabados en su mente para siempre.

–/–

La operación había sido un éxito. Pero faltaba pedir la lana por aquel joven y que la viuda se *tragara* aquel cuento. Lo dejarían para el día siguiente. Al calor de los tragos hablaron de Lety, de la manera, que había sido asesinada y se santiguaron ante la imagen de la *Santa Muerte* que estaba sobre un mueble. La *Santísima* la tiene en un lugar sereno. ¡Pobre Lety! –terminaron diciendo, al unísono.

Al cabo de un par de horas todos se fueron a dormir. Carlos Mauricio no *pegó el ojo*. Toda la noche la pasó en vela, lleno de miedo, pensando que al siguiente día lo iban a matar.

La mañana se anunció, con el canto de los gallos y el ladrido de algunos perros que se escuchaban a lo lejos. La casa estaba alejada del bullicio de la

gente entre un bosque de pinos. Era difícil que se viera desde la carretera. Los hombres, después de comer, decidieron llamar al *patrón*.

–Hola *patroncito*, le quería comunicar que la mercancía ya se encuentra en la casa de mi tía.

–Hola *Calaca*, espero que se encuentre en buen estado, por favor no toquen la mercancía, no abran ni una caja, la quiero intacta.

–*Pos sí, patroncito, eso mero* haremos. No se me preocupe, usted sabe el aprecio que le tenemos y para nosotros sus deseos son órdenes. Usted nos irá diciendo que hacer.

–Bueno, para empezar, llama a la compradora y le pides la *lana* por los paquetes. Ya que son varias cajas, pide diez millones de pesos por todas. Eso es suficiente. A ver que dice la cliente. Y sí se arruina esa mercancía, me las pagan.

–Cómo va a creer, *jefecito*, está bien cuidada.

–*OK*, saludos –dijo con frialdad.

Cuando Mariano colgó lo invadió una gran satisfacción, aunque a la vez cierto remordimiento. Se sintió un pecador en todo el sentido de la palabra. Tenía que darle cuentas a Dios sobre lo que acababa de hacer. Lo invadió una angustia espantosa, sabía que secuestrar a una persona no estaba bien; pero era más fuerte su obsesión por Sonia a quien consideraba como la salvadora de su alma. No había otra forma de conquistarla. Seguidamente las ocupaciones distrajeran su atormentada mente y se dirigió a una junta de negocios.

Carlos Mauricio, a pesar del contexto de su cautiverio, era tratado consideradamente, le retiraron la capucha y le vendaron los ojos. Le habían llevado un buen desayuno: tortillas, frijoles charros con huevos rancheros, café de olla. No podía pedir más. Pero, aún así su ansiedad crecía con cada segundo. No sabía si saldría vivo de allí. Quiso hablar con uno de los secuestradores, pero este lo calló de sopetón.

–Aquí no platicamos con los secuestrados –le dijo el *Escorpión*.

–Tú solo cuentas para la *lana*, eres una mercancía *nomás*. No nos interesa hacer amistad con un *putito* rico.

Carlos calló. Temió que lo golpearan.

Pensaba en su madre; tenía que hacer lo posible por salir vivo.

A Sonia, le extrañaba, que Carlos no se había levantado. Fue a su habitación y tocó la puerta. Le dijo que se levantara, que ya era tarde, pero nadie contestó.

Sonia creyó que estaba enfermo, insistió varias veces y nada. Tal vez se quedó con alguna novia, pensó. Entonces decidió ir por la llave; un mal presentimiento la envolvió.

Abrió la puerta y vio que la cama estaba vacía. Se alarmó. Intuyó que algo grave sucedía. Llamó inmediatamente a Mariano.

–Aló, amor, Carlos no está en casa. ¡No vino a dormir! –le dijo alarmada.

–No te preocupes, debe de estar con alguna chica.

–No lo creo, él siempre viene a dormir a casa. Lo hace sin falta después del *Gym*.

–No te asustes, yo me encargo de averiguar lo que sucede. Confía en mí. Voy a ir al *Gym*, iré a buscarlo a todas partes, si es necesario a hospitales, a comisarías, etcétera.

Sonia, explotó en llanto, antes de colgar. Entre lágrimas llamó al encargado del *Gym* y le preguntó que si su hijo estuvo allí la noche anterior. Él le dijo que lo había visto salir, pero que se le había hecho extraño ver su coche en el estacionamiento esta mañana. Sonia se alarmó y entonces decidió llamar a la policía. Pero antes de hacerlo su celular sonó:

–¡Óyeme bien, hija de tu *chingada* madre...! tenemos a tu retoño. Solo te quiero decir que, si lo quieres ver *vivito y coleando* tienes que conseguir diez millones de pesos. Espera instrucciones. Y no vayas a la policía sino quieres que te mandemos la cabeza de tu Carlitos en una hielera. ¿Has escuchado bien, *perra*? –La llamada era de un número desconocido.

Cuando colgó supo que su hijo se encontraba en peligro. Llamó de un grito a Carmelita, pero ella no la escuchó. Sintió un dolor punzante en el pecho, su vista se nubló, no podía pensar claro, un temblor se apoderó de su cuerpo, comenzó a sentir que caía en un pozo profundo y se desmayó. Cuando Carmelita fue a limpiar la habitación, la vio tirada sobre la alfombra. Un alarido salió de su garganta. Le habló, le dio pequeñas bofetadas para hacerla reaccionar, pero fue inútil. Sonia parecía estar muerta.

Carmelita, angustiada tomó el celular que estaba tirado al lado del cuerpo

de ella y trató de llamar a Carlos; su teléfono se escuchó desconectado por obvias razones. Entonces llamó a la única persona que le podía ayudar en ese trágico momento, a Mariano Ordáz.

–¡Aló Alóóó, don Mariano! Ha pasado algo espantoso, doña Sonia se ha desmayado, está inconsciente. No sé que ha pasado. He tratado de llamar a *don* Carlitos, pero no me responde. No sé qué hacer; venga inmediatamente. ¡Se lo ruego!

–Cálmate Carmelita. Ya voy para allá.

Mariano pensó que ya le habían hablado para decirle que tenían a su hijo secuestrado y le habían pedido la cantidad de dinero acordada, que ella no podía pagar por el rescate. Solo esperaba que fuera un simple desmayo y que las cosas no se hubieran complicado tanto.

Salió como si lo persiguiera un loco, le dijo a su chofer Raúl que lo llevara rápidamente a casa de Sonia.

Cuando tocó la puerta parecía que la iba a derribar. Carmelita, corrió rápidamente a abrirla y vio en él cara de pavor.

–¡Señor, bendita sea la Virgen que usted está aquí! La señora, decía entre ríos de lágrimas, se ha desmayado. No sé si está viva, parece que no respira.

Mariano, entró al dormitorio y vio a Sonia sobre la alfombra, estaba pálida. Se acercó a ella y supo que estaba muy mal. Arrodillado frente a su cuerpo le tomó el pulso y se percató de que aún vivía. Sacó el celular de su bolso y llamó a una ambulancia.

Los paramédicos llegaron rápido e hicieron todo lo posible por revivirla. La pusieron en la camilla y la trasladaron al hospital más cercano. Sonia, iba en plena agonía.

Mariano se fue con ella, su cara estaba roja, creía que la había matado, pero los amigos de su mente lo reprimían por ser débil. Le decían que, sí moría era porque ese era su destino. Se acordó de Ray. Encolerizó pensando que se reuniría con él en el “más allá”. Entonces le susurró a su oído, con voz suplicante, que no lo dejara solo.

Los médicos y enfermeras salieron a recibir a Sonia. La metieron de inmediato a emergencias. Detrás de un grueso vidrio, Mariano veía como trataban de salvarla. La vio entubada, su rostro no mostraba ninguna expresión,

su semblante era el de un cadáver. La contempló con detenimiento, luego entró en pánico y se fue al baño a llorar, como un niño.

Cuando salió, un médico lo abordó; la expresión en su cara le decía que Sonia había muerto. Le pidió a Dios que no le hiciera eso, que la salvara de la muerte. El médico, de manera fría, le comunicó que había tenido un ataque cardíaco: –Su estado es crítico, no sé si podré salvarla –concluyó.

Al escuchar esto, Mariano alabó a Dios; sabía que la Virgen de Guadalupe y su ahora *Santa Muerte*, le habían concedido el milagro, Sonia aún vivía. Para Mariano, ella significaba su redención, la expiación de sus pecados, tenía buenas intenciones para con ella. Pensaba que era una santa. Una mujer sin mancha, alejada del pecado, de la miseria humana. Por eso le angustiaba la idea de perderla, sin ella no tenía esperanza en convertirse en un hombre de bien. En un momento, pensó que, sí moría, él la acompañaría. Se quitaría la vida, aunque se fuera al infierno.

Con cara de cansancio regresó a su casa, quería contarle a Javier lo que había sucedido y llamar a sus compinches para decirles que el plan seguía, pero que iba a tomar unos días más.

Cuando entró a su alcoba, abrió la gaveta de la cómoda, sacó sus polvos mágicos y aspiró unas cuantas líneas. Luego, bebió un trago triple de whiskey. Ya estaba de nuevo con energía, entonces marcó el número de Javier.

–Javier, no sabes lo que ha pasado, no te lo puedo decir por teléfono, necesito verte ya –le exigió.

–Mariano, cálmate. Te veo en el restaurante de siempre para que conversemos.

Mariano, tomó una ducha y salió a toda prisa. Al llegar al restaurante encontró a Javier sentado bebiendo un trago. Este, al verlo, le preguntó:

–¿Qué ha pasado?

–Sonia está en el hospital. Le ha dado un infarto.

– ¡Pero, ¡qué dices!

–Lo que oyes, le han hablado los muchachos, tu sabes a quienes me refiero. Le dijeron, que tenían a Carlos, le pidieron el dinero del rescate y eso le provocó el ataque.

–Pero eso no estaba en el plan. Bueno, es que nunca imaginé que eso podría

suceder –comentó Javier como disculpándose.

–Tú sabes que Sonia no dispone de dinero. Su estrés fue tan grande que colapsó. Pero gracias a Dios se ha salvado; ahora tendré que manejar esto con mucho cuidado –Razonó Mariano.

–Tú te las sabes todas, eres muy hábil, estoy seguro de que podrás hacerlo bien. Ahora brindemos, puesto que Sonia está viva, también por ti, “mi héroe de telenovela”. ¡Vamos Mariano, ni que fuera la primera vez que te pasa algo por el estilo! –le dijo Javier con una sarcástica sonrisa.

En ese momento Lety visitó su mente; se acordó de su muerte y vio su cuerpo apuñalado tendido sobre un charco de sangre. El comentario de Javier no le había parecido. Entonces la furia y los demonios se desataron en su mente. Sin poder aguantar más su ira, lo agarró del cuello, y estrujando su fina camisa le advirtió que no estaba para bromas en ese momento. Se paró con rudeza y se fue sin decirle adiós. Javier lo observó con temor.

–¡Ay Dios! Mi amigo necesita una camisa de fuerza –expresó alarmado.

Capítulo 11

EL RESCATE

Ya habían pasado algunos días. Mariano solo esperaba que Sonia se recuperara pronto para seguir adelante con su maquiavélico plan. A medida que pasaba el tiempo el riesgo de ser descubiertos era mayor. Sin embargo, el médico decía que saldría muy pronto. Él llegaba a diario a visitarla, siempre con un ramo de flores en la mano. Sonia lo veía con ojos húmedos, estaba deprimida, y muy débil. El galeno le había recomendado que no le hablaran del secuestro de su hijo, ya que su recuperación sería más lenta. Por lo tanto, Mariano lo mencionaba con sutileza para no incomodarla. Le decía que todo iba bien, que pronto vería a su hijo. Que él estaba arriesgando hasta su vida, por Carlos. Que su prioridad era liberarlo, que no había otra cosa más importante, que su hijo. Le aseguraba:

–No te preocupes Sonia, yo tengo el dinero suficiente para pagar el rescate he estado en pláticas con los secuestradores. Cuando tuviste el ataque me quedé con tu celular, me estoy haciendo cargo de la operación. Tendrás a tu hijo muy pronto, ya verás. Lo único que te pido es que confíes en mí, que no te angusties, recuerda que el doctor te dijo que debes mantener la calma. Estamos a punto de solventar esta espantosa situación.

–Gracias Mariano, nunca lo voy a olvidar, qué haría yo sin ti. No sé de qué forma puedo retribuir tu bondad, el interés que has puesto, como si fuera tu propio hijo.

–Sonia, mi tesoro, tú sabes y te lo dije mil veces, que yo siempre estaré para ti, cuando me necesites; además, sabes que te amo.

– Yo te estoy comenzando a querer también. He reflexionado, Mariano, y veo en ti a la persona indicada. a un hombre de bien, eres como un ángel para mí. Dios me está dando esta oportunidad; lástima que hasta ahora me doy cuenta. Tu amor no tiene límites, estoy segura de que el cielo te envió para mitigar mi soledad y aliviar mis penas. Sí, Mariano, cuando todo se arregle y vuelva a ver a mi hijo, te prometo que formalizaremos nuestra relación, Te lo

juro.

–Mi amor, te amo. Más que a mi propia vida. Te haré feliz, cuidaré de nosotros y de Carlos. Ahora, tienes que descansar, no te angusties. Estoy a punto de salvar la vida de Carlos. Descansa, tesoro.

Al decir esto, Mariano, se acercó para besarla, esta vez Sonia no lo rechazó, todo lo contrario, le dio un beso sincero, lleno de ternura y amor. Entonces, Mariano no puso en duda que su estrategia estaba dando resultado.

Después de quince días Sonia salió del hospital. Él fue por ella. Únicamente debía cuidarla y mimarla. Darle sus medicinas a tiempo. Aún se encontraba delicada. Pero al cuidado de Mariano se sentía tranquila y él estaba dispuesto a convertirse en su enfermero permanente. No dejaría que nadie más la cuidara. Su obsesivo amor lo llevaba a pensar que podían hacerla cambiar de opinión, por lo tanto, no dejaría que nadie se le acercara, a excepción de Carmelita; eso no lo podía evitar. Cuando llegaron, los recibió con lágrimas en los ojos y presa de una gran emoción; se notaba alegre al ver que su patrona estaba bien, que no había muerto aquel fatídico día. Pasaron directo al dormitorio. Mariano sostenía a Sonia del brazo; mientras caminaba la ayudaba en todo sentido. Carmelita organizaba las almohadas en la cama para que pudiera reposar cómodamente.

–¿Cómo va todo...? – le preguntó Sonia.

–Amor, quiero que confíes en mí, no puedes inquietarte, te repito que ya acordamos con los maleantes una cantidad que será entregada mañana por la noche, Carlos está bien, no debes de temer. Todo está bajo mi control. Me han estado enviando pruebas de vida. Primero Dios, mañana Carlos Mauricio estará con nosotros.

–Está bien, confío en ti. Creo en lo que me dices. No te preocupes; ahora me siento más serena. No te apures por mí.

Acto seguido, la ayudó a tenderse en la cama. Le dio un tierno beso, la miró fijamente con sus enormes ojos resplandecientes de amor. Ella se dejó mimar, después de unos minutos se quedó profundamente dormida.

Mariano se retiró. Dentro de su mente revoloteaban recuerdos malos y buenos. Su conciencia no lo dejaba tranquilo cuando se acordaba de todo lo que había hecho. Pero se consolaba leyendo pasajes bíblicos que interpretaba

a su conveniencia. De repente, aparecieron de nuevo aquellos nefastos amigos que le hablaban, le reclamaban, le pedían sangre. Estaban furiosos con él, porque se estaba volviendo muy blando. Pero él no los escuchó. Las voces se callaron. Solo Sonia ocupaba su mente en ese momento. El amor de su vida, según él.

Observando a Sonia, pensaba en cómo iba a ser su primera relación sexual, con ella. ¿Podría ser capaz de no hacerle daño? Si lo había logrado hacer con Lety, ¿por qué iba a ser diferente con Sonia? —se cuestionó. Confió en que Dios le ayudaría a contener aquella ira negra, ese odio que sentía por la humanidad, las ganas de matar a los pecadores. Pensó, que todo eso, ya era parte del pasado. Había podido vengar a su Dios de los pedófilos curas y quitar algo de la escoria humana, cuando asesino a las prostitutas. Cuando se deshizo de Patricia, la chantajista, la boca floja. Con relación a Lety, se sentía culpable, por haberla traicionado por la lujuriosa de Cristina. Se lamentó por haber tenido que empujar a *Ray* a suicidarse, y por secuestrar a Carlos para conseguir el amor de su madre. Pero todo eso había quedado atrás. Ahora Sonia le ayudaría a olvidar para siempre; Dios la había puesto en su camino. Miró su reloj, ya era tarde. La dejó bajo el ojo atento de Carmelita, luego se marchó a su casa. Tenía que rescatar a Carlos. Ya era hora.

Ya más calmado entró a su alcoba; tenía que estarlo ya que haría la llamada a sus cómplices para que soltaran al muchacho. De repente entró en pánico. Las dudas, la incertidumbre carcomían su mente. Esperaba que todo saliera bien, no podía perder.

—/—

Carlos se encontraba perfectamente, así lo había ordenado Mariano. Para aquellos hombres había sido una tarea difícil ya que les fascinaba hacer el mal. Días atrás lo habían estado dañando psicológicamente. Le anunciaban la muerte a cada momento. Le decían que nadie quería rescatarlo, que su madre no había resuelto nada. Él estaba desesperado y pesimista. El amanecer le causaba terror, creía que iba a ser su último día. Mariano los llamó; ya era hora de que el joven regresara a casa.

—Aló, *patrón*, cómo le va.

—Bien *Calaca*, espero que la mercancía se encuentre en buen estado.

–*Patroncito*, está nítida. Pero, hemos tenido que “arreglarla” un poco, porque de otra manera nadie nos va a creer, que ha estado muy bien guardada. ¿Me entiende?

–Sí, creo entenderlo. Así debe ser, ni modo.

–Usted ordene cuando la vamos a dejar y adónde.

–Llévala cerca de la casa de la compradora y luego me das la dirección exacta para recogerla.

–Está muy bien, por allí le llevo el paquete.

Mariano colgó y regresó a casa de Sonia. Carmelita le dijo que estaba durmiendo. Ella lo miraba de modo sospechoso, pero no tenía pruebas que confirmaran de que Mariano tuviera algo que ver con el secuestro.

–Carmelita, siéntate, son buenas noticias.

–¡Señor!, don Carlitos, ¿está bien?, ¡dígame qué, muy pronto, ya estará con nosotros!

–Si Carmelita, cuando Sonia despierte, tendrá a su hijo frente a ella.

–¡Ay! ¡Bendita sea la Virgen de Guadalupe, que el *niño*, está vivo! Carmelita saltaba de alegría; inconscientemente, abrazó a Mariano. No lo podía creer.

–Ya regreso Carmelita, ahora voy por el muchacho, ya me dijeron en donde lo han dejado.

Mariano salió con una sonrisa de oreja a oreja. La farsa había concluido. Ahora, era un héroe, un caballero de la edad media, él que salva a la princesa de las garras del dragón.

Los tres compinches, llevaban al muchacho, se reían entre sí. Carlos, en el asiento trasero, no entendía cuál era el chiste. Aparcaron el coche en el lugar acordado. Carlos se bajó tembloroso, inquieto, con los ojos vendados. Estaba confuso, parado en la acera. –Será que me sacaron del coche para dejarme en libertad o para matarme –caviló.

–Adiós *güey*, que te baile bien –le dijeron los hombres–. No te vayas a quitar la venda hasta que nos hayamos ido –le advirtieron–, te vas a esperar unos diez minutos, si no obedeces, te va de la *chingada*.

Él siguió las instrucciones. Se quedó inmóvil, tambaleante y aturdido, sin saber que hacer. Contó los minutos que le habían ordenado esperar, luego se

quitó la venda. Sus ojos no miraban bien, los abría y cerraba para enfocar mejor, puesto que veía todo empañado. No reconocía la calle en donde se encontraba, pero a los pocos minutos se dio cuenta que su casa no estaba muy lejos. El joven, confundido, no sabía si llamar a su madre, a la policía o pedir ayuda a un peatón. Estaba en eso, cuando Mariano apareció como si fuera artificio de magia.

–Mariano, ¿eres...tú túúú? –le preguntó tartamudéando.

–Sí Carlos, estás a salvo. Ven conmigo.

Carlos, conmovido lo abrazó y le dio las gracias por estar allí. Mariano le contó que su madre lo esperaba y que no tenía nada que temer, que él se había hecho cargo de pagar el rescate y ponerlo a salvo.

Carlos caminaba con dificultad, su rostro tenía morados debido a la golpiza que había recibido por parte de de sus captores. Hecho del que Mariano estaba enterado, ya que el secuestro tenía que parecer verosímil.

En el coche, Carlos le decía que lo habían tratado mejor de lo que esperaba. Me dieron de comer y estuvieron atentos a mis necesidades –le manifestó. De lo único que se quejó fue de los golpes que le dieron en la cara. –Todos los días que amanecía, creía que era el último de mi vida. Recé por mi madre, me angustiaba el hecho de dejarla sola –le dijo a Mariano,

–Tranquilízate Carlos, la pesadilla terminó –le dijo apretando una de sus manos.

Al entrar a la casa, Carmelita corrió a recibir al héroe y al pobre Carlos. Los estrechó a los dos con emoción. Daba gracias a Dios a gritos, como si quisiera que el mundo la escuchara. Luego, se dirigieron al dormitorio de Sonia. Cuando ella los vio, se levantó de la cama para abrazar a su hijo. Entre lágrimas, decía que la Virgen de Guadalupe le había hecho el milagro.

–Pero, ¿qué le han hecho a tu carita? –dijo Sonia compungida.

–No es nada mamá, solo unos morados, como estaba vendado, tropecé más de alguna vez con un mueble dentro de la habitación –le mintió–, no te preocupes por eso, lo importante es que ya estoy en mi casa.

Sonia volvió a ver a Mariano con expresión agradecida. Lo abrazó igual que lo había hecho con su hijo.

–Llamaré a Carmelita para que te sirva algo de comer y te lleve un café. Mi

amor, tienes que descansar, esto ha sido muy duro para ti. Vete a dormir un rato, ya hablaremos más tarde –le dijo sonriendo, llena de felicidad.

Mariano observaba aquella escena de amor entre madre e hijo. Le pareció el final feliz de una película. –El amor es así, se sufre y se llora; por eso hay que aprovechar y agradecer que existan estos momentos – se dijo. Mariano estaba convencido de haber sido el protagonista de tanta felicidad.

Sonia se veía mejor; el motivo era que Carlos ya estaba en casa. Cuando se quedó a solas con Mariano le prometió amor incondicional, no podía hacer menos después de que había rescatado a su hijo. Mariano la besó tiernamente, luego con pasión. Le procuró atenciones y le dijo que ella también debía descansar, que el día había sido muy cargado de emociones. Sonia, como una niña buena, le obedeció. Mariano le prometió que al día siguiente regresaría para que almorzaran todos juntos.

Regresó a su casa impregnado de felicidad, henchido de orgullo. Cuando se encontraba descansando en su habitación dio gracias a Dios por haberle concedido astucia e inteligencia para planear el secuestro de forma perfecta y salvarle la vida a su amada Sonia. Observando el crucifijo de plata sobre la pared de su alcoba, se confesó con Dios. –Señor, perdóname, pero no tuve otra alternativa. Solo quiero hacer feliz a Sonia y enmendar mis errores. – Concluyó.

En ese momento aquellas voces no hablaban, estaban demasiado tranquilas, así como lo estaba Sonia, quien ya disfrutaba de la compañía de su hijo nuevamente.

Mariano tenía la intención de hacer feliz a Sonia, quería cambiar, ni el mismo se reconocía. El amor es capaz de hacer obras maravillosas – se repetía.

Ya acostado en su cama recordó a Lety, aquella muchacha que un día lo acogió, cuando se encontró solo, desprotegido. Imágenes dolorosas, revoloteaban en su mente; como el día en que Lety dejó de existir...

Capítulo 12

Los negocios en Tepito

En Mariano había quedado grabado el rostro de Lety, se acordaba de aquellos días en el *barrio bravo*, de cómo había hecho una buena fortuna a su lado. Se quedó sentado frente a su escritorio, rememorando el lugar en donde se jugaba la vida a diario para sobrevivir. Lety le había enseñado los trucos del negocio, juntos habían formado un buen equipo. De eso, ya hacía algunos años...

Todo empezó después de aquella reunión en el *antro*, con Lety y sus amigos, conocidos como: la *Calaca*, el *Araña* y el *Escorpión*.

Después de esa tertulia, Mariano descartó la posibilidad de trabajar con Félix; todo parecía demasiado complicado y no quería estar viajando. Entonces decidió trabajar hombro a hombro con Lety. Tenían planeado traer de Centroamérica a unas chicas para que atendieran a los clientes en el *antro* que abrirían muy pronto. No había tiempo que perder. Por lo tanto, al día siguiente fueron a buscar un *changarro* que les sirviera.

Lety, quien era la que conocía bien el barrio, se fue a buscarlo. Caminó por sus calles para ver si encontraba algún local que alquilaran. No tan lejos de donde ella vivía divisó el rótulo de una bodega que arrendaban. Parecía el lugar perfecto. Se paró frente a la puerta grande de madera, barriando con su mirada la fachada. La tendrían que adecuar, pero eso no era ningún problema. Acto seguido, tocó el timbre. A los pocos minutos le abrió un hombre de mediana edad, alto, fornido, de piel arrugada, tostada por el sol. El hombre llevaba un espeso bigote al estilo de Pancho Villa² y usaba botas de vaquero. Al verla le sonrió con picardía.

—¿Qué *ondas*, mi *reina*? ¿Para qué soy bueno? —le preguntó.

—*Pos*, tengo interés en el local, quisiera verlo.

— *Pásale*, entonces. Es una bodega. Piensas traer cosas del norte, ¿*Pa'qué* la quieres, *morrita*?

—Para abrir un *antro*, o como dicen ahora una *disco-bar*.

–*Ándale, Pos* es una buena idea. Aquí lo que sobran son vatos parranderos.

–¿Cómo te llamas?

–*Pa'ti*, mi corazón, soy tu *carnal* Benito.

–Yo soy Lety. Mucho gusto.

Lety entró al lugar mirando con atención todo a su alrededor. Muy pronto se dio cuenta que era más grande de lo que pensaba. Allí podrían tener un salón de baile, bar, cuatro baños. Pensó también en construir unas diez habitaciones para que las chicas trabajaran.

–Y, ¿cuánto quieres por este *changarro*, Benito?

–Mira, si vas a poner algo bien *chingón*, tendrás que darme, no un alquiler, más bien... me gustaría ser tu socio. Prefiero que me des una *tajadita* de lo que ganes. Sé que estos negocitos dan *feria*. Merezco una buena lana, porque ahora los policías andan como perros rabiosos, husmeando por todos lados y si te pillan con algo raro te meten al *bote*. Aunque tengamos a la *poli* comprada, más de alguno es *soplón*. No sé, sí me explico –terminó diciendo con una sonrisa de sinvergüenza.

–Me interesa; déjame hablar con mi socio, mañana te contesto. Primero tiene que venir a ver el lugar.

Por la tarde Mariano inspeccionó el espacio e hizo en un papel un bosquejo de lo que podría ser el club al que llamarían: El *Excélsior*. Pero, había un problema. No contaba con dinero para aportar. Cuando se lo dijo a Lety, esta le expresó que ella pondría toda la plata, que no se preocupara. La tenía bien guardada bajo el colchón de su cama y no era poca. Mariano quedó sorprendido. –Paga tu parte con tu trabajo–, terminó diciéndole.

–Ese dinero me lo gané en un burdel cuando tenía solo catorce años, desde entonces lo fui ahorrando. Es el trabajo mejor pagado si se sabe hacer bien. Tuve la suerte de atender a clientes adinerados. Hay muchos cabrones ricos que les gusta la “sencillez”, ya están aburridos de las viejas de su clase, aunque sean más putas que cualquiera. Como te digo, se gana mejor que en una oficina. El único problema son las *mordidas* que tienes que dar a todos estos hijos de la *chingada*, pero eso es parte del negocio, aún así, te sobra bastante *lana*. Yo sé como funciona este negocio, aprendí bien el oficio, a puro golpe. Con el tiempo, puse mi propio negocio, pero vinieron esos *cabrones* del norte,

me hicieron una buena oferta, y lo vendí. Tengo harta *lana* para montar otro, no te preocupes, amor.

–Bueno, tendré que pagártelo con mi trabajo y en especies. Es decir, con amor tarde, mañana, día y noche. –le expresó Mariano de manera jocosa.

–Es un trato. Ahora manos a la obra, el tiempo apremia, tendremos que abrir en una semana a mas tardar. Vienen unos *gachupines* (españoles), en quince días. Para entonces, todo tiene que estar funcionando. Ya mismo empiezo a reclutar a unas *morras* bonitas. Voy a poner un anuncio en *internet*, que llame la atención. Esa gente de Europa, es exigente, ya tenía mucho tiempo de no saber de ellos. Pero no te angusties, que para eso *me pinto*.

Lety, al llegar a la casa subió a su habitación a redactar el anuncio. Escribió:

“Se buscan muchachas jóvenes para atender un restaurante de lujo en ciudad de México (D.F.) enviar currículos al correo electrónico: elexcelsior@.... Si están calificadas para la chamba, se les pagará el boleto de avión, casa y comida. Tendrán dos meses al año de vacaciones pagadas para que vayan a ver a sus familiares. También hay comisiones sobre las ventas del restaurante”.

Realizó que quién no iba a querer un trabajo así. Luego de dos días, comenzaron a llover cantidad de ofertas. Cinco chicas fueron seleccionadas. Entre ellas, dos de Nicaragua, llamadas Marta y Cristina. Una, de Guatemala, llamada Karlita. Las dos últimas venían de El Salvador: Celia y Sabrina. Todas eran menores de edad, pero eso no sería un problema, tenían como arreglar las fechas de nacimiento en sus pasaportes, con la ayuda de un experto en la materia, que vivía en el *barrio bravo*. Después de ponerse de acuerdo, Mariano se ocupó de comprar los boletos y enviarlos por el correo para que viajaran lo antes posible.

–/–

Lety y Mariano se amaban cada día más. Él sentía que era una mujer entregada a él, enamorada, llena de alegría, a pesar de su doloroso pasado. Lo había ayudado en los momentos más difíciles. Cuando regresó del seminario atormentado y humillado, Lety le procuró un lugar adonde dormir. Eso, jamás lo olvidaría. Ahora Lety planeaba hacer muchos negocios y tomarlo en cuenta.

Los dos se complementaban bien; eran como la sal y la pimienta. Se trataba de dos seres inteligentes, osados, que no tenían miedo de nada. “Dios los cría y el diablo los junta” –dice el dicho—. Además, si todo les salía bien, planeaban abrir más prostíbulos en el *barrio bravo*.

La clave estaba en que las chicas gustaran a los clientes y se adaptaran al nuevo “trabajito”. Que no les dieran problemas. Si intentaban escapar o hacer cualquier tontera, los colaboradores: la *Calaca*, el *Escorpión*, y el *Araña* las castigarían con severidad. También tenían contemplado la venta de estupefacientes dentro del *antro*. Los clientes pedían toda clase de drogas cuando se encontraban en un lugar de esos.

Llevaron a los colaboradores a ver el local; Mariano les explicó lo que necesitaban hacer para adecuarlo. Los pusieron a trabajar de inmediato. En una semana el local estaba listo.

Un rótulo de neón con luces color rojo, leía: *Club El Excélsior*. Abajo en letras pequeñas, especificaba: *Exclusivo*.

Las paredes de la fachada del club estaban pintadas de negro, conservaron la gran puerta de madera con tachuelas de bronce, la barnizaron y se veía mejor. Al ingresar, había una mesa pequeña con una silla; un hombre grande y fornido, que parecía un toro parado, vigilaba la entrada; lo mismo, sacaba a patadas a los que daban problema. A pocos metros de la recepción, se pasaba a un salón redondo de gran tamaño que parecía una pista de circo, allí había una tarima de madera en la cual bailaban las muchachas, con o sin prendas. Alrededor de este circular espacio estaban apostadas mesas y sillas. A un lado, al fondo del local, se encontraba un bar aperado de bebidas, más iluminado que un árbol de navidad. En la trastienda había una oficina en donde Mariano y Lety llevaban las cuentas. Al extremo opuesto del bar, se veía una puerta color rojo que comunicaba a un pasillo estrecho y oscuro, el cual conducía a las habitaciones en donde las jóvenes atendían a los clientes. Se contrataban bandas nortteñas, de rock, o mariachis para amenizar el club. Todo estaba listo, solo faltaba lo más importante: “las pupilas”, como Lety llamaba a las prostitutas.

El día de recoger a las chicas había llegado. Los dos tendrían que ir al aeropuerto Internacional Benito Juárez a recibir la mercancía, que era el grupo

de muchachas que venían de Centroamérica. Las recibirían con amabilidad, engatusándolas con toda clase de halagos y seguidamente, las iban a llevar al barrio. Las chicas ignoraban que tenían que vender su cuerpo. A Lety y a Mariano eso no les inquietaba, se habían dado cuenta, al reclutarlas, de su apremiante necesidad económica, por lo tanto, las jóvenes terminarían haciendo lo que fuera necesario. Tan pronto llegaran a Tepito les quitarían sus pasaportes por sí acaso alguna quería irse de regreso.

Mariano y Lety vieron a lo lejos un grupo de muchachas que venían caminando; se notaban llenas de energía, se veían alegres y más atractivas que en las fotos que habían enviado. Llevaban prendida en sus vestidos, por orden de Lety, una cinta de tela de color amarillo para poder distinguirlas de entre los viajeros. Se acercaron a las muchachas, las saludaron con entusiasmo y ellas correspondieron de igual forma.

El *Araña* y la *Calaca* les ayudaron con el equipaje, cada una de ellas había llevado una pequeña valija. Se notaba que no tenían un guardarropa muy extenso. Venían sin un peso encima. La pobreza se les reflejaba hasta en el rostro. Acto seguido, se presentaron con entusiasmo sin saber lo que les esperaba.

Lety, con ojo clínico, sabía quiénes serían las escogidas por los españoles. Aunque no podía negar que todas eran muy bonitas.

Dos coches las iban a transportar, uno lo manejaba el *Araña* y el otro La *Calaca*. En el trayecto las jóvenes se impresionaban al ver los rascacielos de la ciudad; los millones de personas que caminaban por las calles, las abrumaban; así como las tiendas, que mostraban, detrás de enormes escaparates, ropa fina, de moda. No era posible, decía una de ellas, que estuvieran en esa ciudad tan bella. Todas miraban para todos lados con la boca abierta. En el coche de la *Calaca*, algunas iban con caras asustadas, pero sonreían tratando de aparentar tranquilidad.

Había sido fácil traerlas con el anuncio de *internet*. Y para evitar algún riesgo, nunca escribieron la dirección del lugar, ni el nombre del barrio o el teléfono. Lety se había encargado de comprar un celular para ponerse de acuerdo con ellas; después lo había botado. Ese número ya no existía.

Entraron a Tepito. Luego llegaron a la casa que Lety había alquilado a una

señora compinche de ella, y a quien daría una comisión por su discreción; allí, las tendrían recluidas. La señora Rosa era una vieja avara y codiciosa, de unos setenta años, malgeniada, con mirada de reptil. Su cabello era blanco, despeinado, tenía la apariencia de una bruja de cuento. Rosa se encargaba de darles la comida y lo necesario, mientras no le dieran problemas. Las que no obedecieran, pasarían a manos de la *Calaca*, el *Escorpión* o el *Araña*, encargados imponer la disciplina, con un garrote al que apodaban el *Toñito*.

Cuando las chicas vieron a Rosa se sintieron un poco intimidadas, pero aún así, estaban felices. Pusieron el equipaje sobre sus camas. En la casa había diez camas, todas dispuestas como si fueran las de un internado de colegio. El dormitorio comunal era espacioso, tenía tres grandes ventanales, protegidos con barrotes de hierro por fuera, para evitar que entraran los ladrones o que las internas se fugaran. Estas ventanas daban a un patio embaldosado en donde había un árbol grande. Al final del pasillo había tres baños con duchas. Las chicas se sintieron cómodas. Después de vivir en la pobreza extrema, para ellas era como estar en el paraíso.

Lety les aconsejó que descansaran, ya que había sido un viaje extenuante. Al día siguiente tenía pensado llevarlas de compras. Debían tener buena *pinta* para cuando vinieran los gachupines (españoles), antiguos clientes de Lety. Venían desde lejos, cuando sabían que había entrado nueva mercancía. Se llevaban muchachas para Europa y las prostituían.

Mariano y Lety, al despedirse, les pidieron los pasaportes. Las chicas, sin poner ninguna traba, se los dieron confiadas. Mariano los guardó con cuidado en su mochila. Al día siguiente tenía que buscar al hombre que le falsificaría en los pasaportes las edades.

Ambos salieron de la casa poniendo una sonrisa de triunfo y entre ellos hicieron el cálculo de lo que obtendrían por la venta de las jóvenes.

Mariano, sin tratar de llamar la atención, le comentó a Lety que había tres chicas en el grupo que eran muy lindas. Lety se quedó callada, estaba molesta. Luego se dirigieron al *Excélsior* a tomar unas copas, allí comenzó una pequeña discusión entre ellos acerca de las pupilas. Lety estaba celosa. Mariano la calmó con un beso prolongado, la jaloneó para abrazarla, le dijo que no tenía ojos para nadie más que para ella. Luego salieron del *antro* y se

fueron a su casa. Al llegar se acostaron en la cama; Mariano la vio fijamente y le dijo que la amaba. Acto seguido, le hizo el amor. Se entregó a ella con ternura, tratando de hacerla feliz. Ella pensó que Mariano era el amor de su vida.

Había llegado el nuevo día. Lety se apresuró puesto que tenía que llevar a las chicas de compras. Los españoles llegarían en pocos días a conocerlas.

Abrió la puerta de hierro que separaba la de la entrada principal de la casa. Entró sin hacer ruido, luego subió a la habitación comunal. Allí estaban las jóvenes, paradas frente a la ventana, tratando de ver que pasaba allá afuera. Cuando vieron a Lety se asustaron. De nuevo se escuchó el crujir de la puerta de hierro, era Rosa que llegaba a darles el desayuno. Frijoles con tortilla y café. No había más. Lety al ver esto se enfadó, le pidió que al menos les hiciera unos huevos fritos. La vieja, de mal modo, agarró una cacerola y vertió diez huevos en ella. No sin antes reclamarle que, tendría que ponerlos en una cuenta aparte. Lety le expresó que estaba bien y dio la vuelta, haciendo una mueca de desagrado.

Después del desayuno las jóvenes vieron la luz del sol, caminaban alegres por aquellas calles abarrotadas de negocios, de tianguis. Entraron en una tienda atiborrada de mercancía. No cabía más por ningún lado, pantalones, camisas, blusas, colgaban, desde el techo. Las muchachas, entusiasmadas, agarraban toda la ropa que les gustaba para probársela. Algunas escogieron ropa recatada, pero Lety las reprendió diciéndoles que no quería que parecieran monjas de convento. Que al lugar al que iban no les gustaban las recatadas. Que escogieran algo que las hiciera ver atractivas. Al escuchar esto, las otras entendieron el mensaje y se decidieron por las minifaldas, zapatos de tacón alto y blusas escotadas que dejaban ver sus incipientes senos. Al terminar la compra, Lety les advirtió que nada de eso era gratis, que tendrían que pagar las compras con el primer sueldo. Sin embargo, les iría descontando poco a poco el importe, a fin de ayudarlas. Las chicas, pusieron cara de sorpresa; entonces, les advirtió que si no les gustaba podían regresar a sus países. Las jóvenes callaron y se pusieron dóciles. En ese momento entró Mariano y le guiño el ojo a Lety para que no se pusiera celosa. Ella con cara seria, le preguntó “sí se le había perdido algo”.

–Solo te quería decir que estaba pensando que fuéramos a la Basílica de Guadalupe a dar gracias a Dios por este negocio que nos ha salido.

–Pero, ¡qué dices!, mejor vamos a dar gracias a la *Santa Muerte*, es más efectiva que tu Virgen. Se lo debes a la *Niña Blanca*, no a la Guadalupana. Aunque lo entiendo, debido a que en ese chingado seminario adoran a la Virgen. ¡Ahora vete! que tengo que arreglar a estas viejas –le riñó disgustada.

Mariano salió con la *cola entre las patas* y se fue a caminar por allí para ver si encontraba a la *Calaca*; tenía que pedirle que vigilara bien a las pupilas. Después de unos días, cuando se dieran cuenta de lo que tenían que hacer, quizá desearan escapar.

Las chicas estaban abrumadas con todas las compras que habían hecho; ellas jamás hubieran soñado tener esa ropa. Todas venían del campo o de la periferia de la capital, en donde vivían en condiciones lamentables.

Era la hora de conocer su lugar de trabajo. Lety les ordenó que se vistieran y maquillaran. Las adolescentes obedecieron sin decir una palabra. Sus caritas pintarrajeadas las hacía ver de mayor edad. La *pinta* de las muchachas era vulgar, mostraban más de la cuenta, pero ellas estaban extasiadas; en ese momento habían olvidado su pobreza y se llenaron de esperanza. Se decían entre sí que la “señora suerte” las había visitado. Ahora mandarían dinero a sus casas, además de que tendrían la oportunidad de casarse bien. Estaban inmersas en un cuento de hadas del que pronto iban a despertar.

Salieron para el *antro*; caminaban agarradas de la mano, como si fueran niñas de colegio; Lety las acompañaba. Los hombres que estaban en la calle las miraban con lascivia. Les silbaban y les decían cosas indecorosas. Algunas se sintieron incómodas.

Al llegar vieron una muchedumbre; todo Tepito quería estar en el *Excélsior*, la gente se amontonaba en la entrada. El *gorilón* que estaba en la puerta advertía a la muchedumbre que hicieran una fila ordenada, dándole el paso a Lety y a las muchachas, en medio del enjambre de gente.

Cuando las chicas vieron el *cabaret* quedaron estupefactas. Todo estaba bien organizado. Lety, inmediatamente, les ordenó que se fueran a sentar. El bar, –les dijo, – es el lugar de ustedes y de allí no se me mueven hasta que llegue algún cliente y las convide a su mesa. Las niñas un poco temerosas,

obedecieron sin hacer preguntas.

Las muchachas brillaban en la penumbra, con sus blusas cargadas de lentejuelas; sus faldas cortas, zapatos altos y medias negras. Se notaba a una legua que eran prostitutas.

Las de Nicaragua, Marta y Cristina, eran las más parlanchinas, hablaban entre sí, riendo a carcajadas. Todas pensaban que solo iban a conversar y servir tragos a los clientes. Las de El Salvador, Celia y Sabrina, estaban un poco impresionadas, sin embargo, sonreían. Karlita, se mantenía callada, mirando todo a su alrededor. Se notaba emocionada, pensando encontrar allí a su príncipe encantado.

Después de un par de horas llegaron los españoles que venían por la mercancía, como ellos les decían a las chicas. Tres hombres altos, moros de ojos negros, grandes y expresivos.

Lety llamó a las chicas a la oficina. Las muchachas la siguieron. Estando allí, las puso en una perfecta línea, frente a los ojos de los comerciantes. De las cinco chicas, Karlita, Celia y Sabrina, fueron las elegidas. Pero antes tenían que probarlas, era parte del trato. La *Calaca* las guió a las habitaciones. Ellas lo siguieron enmudecidas tratando de adivinar que sucedería después. El hombre les advirtió que hicieran lo que los clientes españoles les dijeran, sin hacer preguntas o protestar. Qué, si no hacían caso, él se haría cargo de castigarlas con *El Toñito*.

Las tres caminaban apuñadas, tratando, inútilmente, de protegerse. La *Calaca*, las separó y empujó a cada una de ellas en el cuarto asignado, en donde tenían que atender a los clientes.

Karlita, al entrar, sintió un ambiente asfixiante, había un olor a perfume barato. Una cortina de color rojo decoraba una pequeña ventana, había una cama, con espejo redondo en frente y sobre la mesa de noche un condón listo para ser usado.

—¡Vamos *chiquita*, que no muerdo! —le dijo el español. Karlita, trató de salir corriendo, pero la fuerza del hombre, fue suficiente para detenerla. La tiró bruscamente sobre la estrecha cama y comenzó a desvestirla a la fuerza. Ella sabía que la iba a violar, pero no podía hacer nada. Pensó, que era mejor ser sumisa. El hombre desnudo, le causó repugnancia. Unas tímidas lágrimas

comenzaron a correr por la tersa piel de sus mejillas.

–Que linda eres negrita –le dijo escudriñando hasta el último rincón de su juvenil cuerpo, palpando su piel, apretando sus firmes muslos. Luego la besó. La joven sintió que iba a vomitar. En su mente, pudo ver el rostro avergonzado de su madre, el de su padre y sus hermanos. Ya era tarde, no había escapatoria. A menos que cuando regresara, huyera. ¿Pero cómo?, si estaban vigiladas por los mismos que les habían ayudado a llevar las maletas, aquellos maleantes, que se habían mostrado cordiales con ellas. Inmediatamente percibió que iba a convertirse en esclava sexual de esos hombres, que la llevarían lejos de México; quién sabe adónde, en España. Era su primera relación sexual, y el español la embistió como si fuera una bestia salvaje. Cuando todo terminó, el hombre, con rudeza, le ordenó que tan pronto llegara a su casa hiciera su equipaje, que saldrían al día siguiente. El hombre estaba satisfecho, ella quedó desconsolada, sin esperanza, llorando a mares. Su infierno apenas empezaba.

Celia y Sabrina, corrieron la misma suerte. Cuando salieron de los dormitorios, sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. Sus semblantes solo mostraban la vergüenza y humillación que acababan de sufrir. Al salir, se reunieron en el bar con las demás, para contarles las horrendas experiencias que acababan de pasar. Lety, al verlas compungidas, se acercó y les mandó cambiar de actitud.

–*Órale cabronas*, no pongan esas caras, que me van a espantar a los clientes. Sonrían, igual que cuando entraron. ¡Ay, ni que hubieran visto al demonio! Ya *córtenla* y no la *rieguen*. Y las que viajan, prepárense, que van *requeté* lejos.

–Señora Lety, por favor, no queremos ir, – le expresaron con voz cortada y a punto de llorar.

–Es que ustedes no se mandan aquí, de que van, ¡van! –les terminó diciendo y dio la vuelta, con enfado.

En ese momento venía Mariano. Y se dio cuenta que las adolescentes tenían caras contritas. Se acercó a ellas pretendiendo estar preocupado y les pidió que accedieran por las buenas. Advirtiéndoles que serían castigadas con severidad si se rebelaban.

–Las van a golpear. No sean tontas, es mejor por las buenas, que por las

malas. De todas maneras, ya nada pueden hacer. No tienen pasaportes, ni dinero. ¿Para adónde van a ir? Además, podemos contactar a sus familiares ¿Quieren que les contemos que son “putas”? Ellos, se van a sentir muy mal – les decía con sarcasmo–. No les conviene, es mejor que obedezcan. No olviden, también, que podemos ir a chingarles la madre a sus *rucos*. Vamos, no se compliquen la vida. Mejor diviértanse y sean felices, porque van a ganar mucha lana. Después del sermón, Mariano se fue. Las jóvenes quedaron más espantadas que antes y se sometieron a los requerimientos de Lety. Se dijeron entre ellas: –Nada podemos hacer, hay que seguirles el juego, este maldito juego.

–/–

El *Excélsior* era todo un éxito, bullía de gente, el ambiente era alegre. A las dos de la mañana llegaba un *mariachi* para animar con sus canciones a los ebrios, quienes ahogaban sus penas de amor en el licor. Algunos de los clientes deseaban divertirse con las menores de edad. Todas habían cruzado el umbral de aquella puerta, en donde habían perdido su inocencia, así como, la esperanza de tener una mejor vida. Una que otra pensó que era mejor morir. Las chicas mientras no estaban trabajando conversaban entre ellas:

–Oigan muchachas, nos han engañado, esto no es más que una “casa de putas”. Aquí el trabajo es vender nuestro cuerpo. No hay tales de atender y servir a los clientes el trago o la comida. Marta y Cristina les aconsejaron que siguieran las reglas porque no había otra alternativa. Después de recordar lo que Mariano les dijo acordaron no protestar. La *Calaca*, mientras conversaban, no les quitaba el ojo de encima, creyendo que estaban conspirando. Se sintieron tan intimidadas que dejaron de hablar y se unieron al coro de cantantes.

La noche terminó cuando salió el sol y se escuchó la algarabía de los comerciantes. El despertar en Tepito era bullicioso. Entonces, Lety les ordenó que se fueran a descansar. Iban con cara de tristeza, de asco y decepcionadas del mundo. Apenas podían caminar, sus piernas casi nos las sostenían. Estaban desveladas, ultrajadas, cansadas. Ya no creían en nadie, pero iban a luchar, como pudieran, para poder escapar. Marta fue una de las que dijo que trataría de huir, aunque le costara la vida. Cristina tenía otros planes. Conquistar el

amor de algún adinerado para que la sacara del burdel. Cuando llegaron al dormitorio comunal, sin desvestirse, se tiraron sobre la cama y se durmieron profundamente.

Cerca de las doce del mediodía, llegaron los gachupines, por la “mercancía”. Tendrían que negociar el precio con Mariano y Lety. Las que viajarían, lloraban en el hombro de sus otras compañeras, no sabían si se volverían a ver de nuevo.

–¡Rosa! –le gritó Lety–, Abre la puerta, ¿qué no escuchas el timbre? ¿acaso estás sorda?

–Ya voy doña Lety, preparaba algo de comer para las pupilas.

–Buenos días, mi querida señora. Está su patrona, teníamos una cita.

–*Pásenle*, está en la sala.

Los hombres avanzaron, vieron a Lety, y esta con cara de sorpresa les dijo:

–*Ándale*, que temprano vienen, creí que viajaban tarde en la noche.

–Sí, pero no es tan fácil, tengo que llevar a las muchachas a un hotel primero, adormitarlas un poco para que no me den faena. –le había dicho uno de ellos.

–Bueno, vamos directo al grano. Te pido por cada una de ellas, cuatro mil euros. No es nada, ya que te van a producir mucho más. Si trabajan duro, los recuperarás en cuestión de días –le advirtió.

–*¡Coño!*, ¿Estás loca? Mira, tengo prisa, no andemos con tanta cojonada, te doy tres por cada una, lo tomas o lo dejas.

–Bueno, ya no le demos vuelta al asunto. Para reiniciar una relación de negocios me sirve tu *lana*. Vamos por las chicas. Pero antes quiero ver la *feria* en mis manos.

–No seas desconfiada, aquí están tus euros. Acuérdate que son euros, no seas tan codiciosa, Lety.

–*Ok*, órale, vamos por las putitas.

Los hombres subieron, las jóvenes al verlos se agazaparon en un rincón, unas con otras, abrazadas. Sus rostros se veían desencajados, demacrados, llenos de sufrimiento.

–¡Ayy que cosa tan horrible!, parecen un nudo, ya dejen de tanta chingadera, Celia, Sabrina y Karlita, vengan conmigo. Los señores las llevarán a un hotel

antes de salir de viaje, y como anden con *tarugadas*, me las *chingo*, o, mejor dicho, les *chingo* a su madre. ¿Entendido?

–“Sí señora, Lety” –contestaron en coro y voz quebrada.

–*Órale* pues, despídanse.

Todas se abrazaron, en medio de un mar de lágrimas, la escena era triste, desesperanzada. Las tres salieron con su liviano equipaje en compañía de aquellos desconocidos. Cuando bajaron, Marta y Cristina se apostaron en las ventanas para decir un último adiós a sus amigas. La *Calaca* se encontraba afuera, y les hizo un ademán para que se alejaran de la ventana; no quería que llamaran la atención. En ese momento Mariano se encontraba en la oficina haciendo cuentas y pensando que tendría que reclutar más chicas. Ya solo habían quedado Marta, Cristina y otras locales que habían llegado a pedir trabajo días antes de la inauguración. El *Excélsior*, en ese momento, contaba con cerca de doce chicas, no eran suficientes para hacer el dinero que pretendían.

2 Pancho Villa: (José Doroteo Arango Arámbula, también llamado Francisco Villa; San Juan del Río, Durango, 1878 - Parral, Chihuahua, 1923) Revolucionario mexicano que lideró, junto con Emiliano Zapata, el sector agrarista en la Revolución mexicana.

Capítulo 13

La muerte de Lety

El burdel en El *Excélsior* iba viento en popa. Debido a la demanda de sexo se vieron forzados a conseguir más pupilas. Lo cual hicieron vía *internet*. La gran mayoría venían de Centroamérica. Muchachas bonitas que buscaban con desesperación solucionar sus problemas económicos. Las ofertas llovieron; entonces decidieron abrir otro prostíbulo al que llamarían: *Tepito de Noche*. El diseño sería idéntico al del *Excélsior*.

Lety estaba cada día más enamorada de Mariano y él de ella. Había crecido sin amor; desde niña vendía su cuerpo, después de que sus padres la entregaron a una *madrota*, una harpía, que la exprimió hasta más no poder. Se había hecho a puro golpe, pero su inteligencia y belleza la habían llevado bastante lejos. Un día logró escapar de las garras de la *madrota* y puso su propio negocio. Luego lo había vendido e invertido el dinero en una pensión de dos dormitorios. Pero ahora las cosas eran diferentes, tenía que volver a su trabajo anterior ya que quería sacar a Mariano de su pobreza.

–El amor lo puede todo, nos cambia la vida. Haré todo lo que sea por el único hombre que he querido: “mi Mariano” –se decía.

Mariano estaba encantado con Lety, tenía planes de casarse con ella. Con el pasar de los días el odio que sentía contra la humanidad se había aliviado. Confiaba más en la gente. Comenzaba a sentirse más seguro. Pero su conciencia no lo dejaba en paz. Por las noches tenía espantosas pesadillas acerca de la muerte de su tío Juan Pedro. Lo mismo con su padre Francisco, quien aparecía en sus sueños tirado en una acera, bañado en sangre. Los jóvenes rostros de las llamadas “pupilas” también estaban presentes en sus desvaríos. Con ojos suplicantes le pedían un trabajo digno.

Con su mente turbada, se levantaba sudando. Luego, a modo de consuelo, agarraba su ajada biblia y la apretaba contra su pecho, a fin de buscar en ella un refugio, el perdón de Dios. Se escondía en el baño para castigarse hasta que veía brotar la sangre de sus antiguas llagas. Sin embargo, al ver a su lado

a Lety se calmaba.

Para aliviar su torturada conciencia, iba a la Basílica de la Virgen de Guadalupe a rezar. Su rostro se empapaba en lágrimas. Su ojos miraban suplicantes a la imagen de la Guadalupana. Le preguntaba muchas cosas, pero la Virgen no le podía responder.

Cuando no podía más tomaba *guaro* hasta el amanecer. Lety lo llegaba a traer al *antro*. Entre besos, abrazos y palabras dulces, lo convencía de regresar a la pensión. Él, como un niño obedecía, sin protestar.

—/—

Nunca se volvió a saber de las pupilas que se fueron a España, nadie sabía en dónde se encontraban. Algunas veces Marta y Cristina hablaban de ellas con melancolía. Habían sido compañeras de infortunio. Mujeres de la vida triste, no de la vida alegre, como solían llamarlas.

Entre Marta y Cristina había una diferencia abismal; Marta era pequeña, un poco entrada en carnes, no tan agraciada, pero con una personalidad arrolladora. Después de casi un año de estar en el trabajo de servidora sexual, había aceptado su destino, con resignación. Tenía muchos clientes que la buscaban, más por su simpatía que por su belleza. En cambio, Cristina era una muchacha de pelo lacio, tan negro como el carbón, su rostro tenía rasgos indígenas, sus ojos de color pardo, proyectaban un brillo hipnotizador. Su piel, color canela, llamaba la atención a los extranjeros que llegaban de visita. Tenía ambiciones, quizá demasiadas. Su fin era conseguirse un amante rico. Que le diera dinero, ya que, después de tantos descuentos de gastos de ropa, comida, pupilaje o de otras cosas que inventaba Lety, les quedaba poco y muchas veces nada.

Pero Cristina era astuta; haciendo uso de su encanto se había conseguido un noviecito que le compraba libros, quería educarse, aprender de todo. Si no podía ir a la preparatoria, al menos estudiaría por su cuenta. Todo esto lo hacía a escondidas de Lety. Ella les había prohibido tener novio, no podían andar por allí tonteando, debían de concentrarse en su oficio; a ella le preocupaba que les pudieran proponer matrimonio y sacarlas del burdel. Las obligaba a atender bien a sus clientes, para que estos regresaran. Tampoco podían salir sin el permiso de Lety. Si iban a comprar algo, la *Calaca* las

seguía a fin de que no se fueran a escapar. Si alguna osaba hacer algo diferente, a lo acordado, era severamente castigada. Las reprendidas eran encerradas en un cuarto aislado de las demás compañeras, no podían salir en días, les cortaban la ración de comida. Tenían que hacer sus necesidades en el pequeño espacio; el cuarto se volvía insostenible con el hedor a heces y orina. Y para cerrar con broche de oro, recibían la visita del *Escorpión*, quien en sus manos portaba el garrote apodado *El Toñito*.

Dentro de su miserable vida, trataban de reír, conversar, obedecer para no meterse en problemas. Pero Cristina tenía otros planes; conquistar el amor de Mariano para poder estar mejor. Era una buena oportunidad para poder salir del burdel.

Sus esperanzas, no se basaban en simples fantasías. Ya se había dado cuenta de como Mariano la veía. –*Más claro no canta un gallo*, yo le gusto al hombre –pensaba.

Él no podía ocultar que Cristina le gustaba, tal vez demasiado. Nunca trató de acercársele por temor a Lety, sabía de lo que su mujer era capaz. Además, no quería perderla, se sentía agradecido con ella y la amaba, a su manera.

Pero el demonio siempre se hace presente cuando menos se le espera. Un día que Mariano se encontraba en el *antro*, sintió que su voluntad flaqueó, cuando de repente entró Cristina y la vio diferente. Esa mañana, lucía como una muchacha recatada. Él, al verla, abrió la boca y le dijo que no la conocía. –Te ves preciosa –le expresó.

–Cristina, ¿por qué andas vestida así?, no te puedo imaginar de esa manera –le dijo tratando de disimular su asombro.

–Es que voy a pedirle a Dios un milagro –le contestó con coquetería.

–¿Y cuál es ese milagro? Si se puede saber.

–Mira, he leído mucho en mis ratos libres, quiero dejar de ser puta y encontrar el amor verdadero, así le sucede a la protagonista de una novela que leí hace poco. Ella se libera de su *madrota*, cuando se casa con el dueño del burdel. ¿Qué te parece? ¿No es romántico? Es... como si tú te enamoras de mí.

–¡Qué locuras dices Cristina!, ni que te oiga Lety, te echa a la calle, pero antes te dan de palos con el famoso *Toñito*, te entregan a las autoridades para

que te deporten y sales como entraste, más pobre que un indigente.

–Mariano, sé que te gusto, no te hagas. ¿Por qué le tienes tanto miedo a Lety? Sí yo la he visto coquetear con un chingado de hombres, ¿y tú qué?

–Cristina no juegues con fuego, no te puedo negar que eres una bella mujercita, tu belleza no se compara con la de Lety, pero entiende, que ella es tu *madrota* y mi benefactora.

–No me importa; sí es por ti, estoy dispuesta a correr el riesgo de que me mate.

Acto seguido, se aproximó a Mariano para besarlo. Él trato de resistirse, pero le fue difícil. La tentación, que, según él, le había puesto el demonio, era demasiado grande. Excitado, comenzó a jadear, a respirar con dificultad. Puso sus manos en el redondo trasero de Cristina y sintió que una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo. De repente, reaccionó. Reflexionó que aquello no estaba bien y la apartó de manera violenta. Cristina continuó con su provocación. Mariano no pudo más y la besó con desesperación. Después, abrió la habitación más cercana y la jaloneó para que entrara rápido, volteando a ver a todos lados, cerró con llave. Parado frente a ella la observó con un deseo morboso. Le arrancó el vestido, haciéndolo trizas; comenzó a tocarla, hubiera querido tener más de dos manos, para así abarcar más de su sensual cuerpo. Los demonios en su mente se desataron, y mientras él estaba gozando a Cristina, escuchó sus aplausos, animándolo a seguir. Pero no se percataron de que Marta estaba escondida detrás de una columna y los vio entrar. La curiosa mujer se acercó para escuchar lo que se decían pegando su oído a la puerta. Quería asegurarse de que no estaban rezando el rosario. Se estremeció cuando escuchó gemidos de placer y los demás ruidos que los amantes hacen cuando tienen sexo. Regresó a esconderse y esperó a que la pareja saliera. No tuvo ninguna duda de que se trataba de Mariano y Cristina. Seguidamente, sintió tanta envidia que hubiera querido ir corriendo a contarle a Lety lo que había visto. No obstante, esperó. Tenía que pensar como se lo decía. Cristina era muy astuta. –Esa chica es capaz de todo. Si sabe que he sido yo la del chisme, me mata –se lamentó.

Cristina había enloquecido a Mariano, pero su conciencia, frecuentemente, martillaba sin cesar aquellas palabras: *es pecado fornicar, peor si se hace*

con lujuria. Tendré que expiar mi culpa de nuevo. Mi espalda ya no puede más, pero debo castigarme por fornicador, –se decía mientras caminaba hacia su casa.

Al llegar encontró a Lety en la habitación, esta lo saludo con un fogoso y prolongado beso. Mariano no la podía ver a los ojos. Su sentimiento de culpabilidad, lo delataría. Trató de esquivar su mirada.

–Y a ti, qué mosca te ha picado –le preguntó Lety.

–¿Por qué dices eso?

–*Pos* te veo raro, como si hubieras hecho algo malo. No me ves a la cara, ojalá que nunca vaya a saber algo de ti. Es decir, que ni te atrevas a ponerme los *cuernos* porque te va ir muy mal *güey*.

–Pero de qué *rayos* hablas. A mí no me pasa nada, solo estoy cansado de lidiar con tanta puta loca. Además, tú bien sabés que no es el ideal de negocio para mí, soy muy obediente con las leyes de Dios, y la conciencia me reclama a cada rato. ¿O ya se te olvidó que antes era un sacerdote?

–Ja, ja, ja...ahora sí me hiciste reír, y ¿desde cuándo los sacerdotes son santos? Son igualitos que todos los hombres, fornican, y además son maricones. No me vengas ahora con tus cuentos, que gozas cuando me coges.

Cuando Lety terminó de decir eso Mariano le dio una sonora bofetada e inmediatamente le pidió perdón. Lety no quedó contenta y le devolvió otra más fuerte. Le espetó que si le volvía a pegar le enterraría un filoso cuchillo entre los huevos y le cortaría su miembro. Él se quedó callado y le juró que jamás la volvería a maltratar.

Lety finalmente, lo perdonó, se desnudó y le pidió que le hiciera el amor. Mariano, sin muchas ganas accedió a sus deseos.

–/–

La noche estaba más oscura que nunca, negros nubarrones tapaban a la luna. El ambiente era pesado. Mariano sintió un extraño escalofrío cuando entró al *antro*. Estaba repleto de gente y el bullicio era insoportable, una banda norteña tocaba con escándalo; las chicas, estaban maquilladas con exageración, se movían rápido tratando de atender a los clientes. Se les acercaban mostrándoles sus bellos atributos incitándolos a la diversión morbosa y prohibida.

Marta, estaba sentada a la par de un hombre bastante viejo que la besuqueaba en el cuello. De manera asquerosa la llenaba de baba, alistándola para la faena que muy pronto tendría que librar. Tan pronto vio a Mariano saltó de su silla. Se puso pálida, como si este supiera que ella lo había visto con Cristina, aquella noche. Pasados diez minutos entró Lety, se veía elegante. Portaba un vestido negro de seda, zapatos rojos de tacón alto, el cabello recogido en un moño. Parecía una mujer de la alta sociedad. Dio una rápida mirada a su alrededor y vio que las muchachas estaban trabajando bien. A medida que pasaba el tiempo, llegaban más clientes adinerados, al nuevo *antro: Tepito de Noche*. Además, se habían convertido en los traficantes más importantes de la zona. Tenían fama de tener buena mercancía, mucha gente encopetada llegaba al *antro* a comprarles sexo, diversión y drogas. Todo les estaba saliendo a pedir de boca, el dinero caía como maná del cielo. Pero esa noche, pasarían cosas espantosas.

Marta, se acercó a Lety, arrastrándose lentamente, como lo hace una víbora. Le iba a contar que Mariano y Cristina estaban teniendo un amorío.

–Hola señora Lety, luce muy linda esta noche.

–¿Qué quieres, Marta? –le expresó con mortal indiferencia.

–Hablar con usted de un asunto muy importante.

–Ja, ja, ja... ¿importante, dices? Qué puede ser importante, viniendo de ti. En lugar de hacerme perder el tiempo, ve a ver a quien te chingas, tu aporte está bastante pobre últimamente, ten cuidado, no vaya a ser que me canse y te eche a la calle.

–Señora, se trata de don Mariano.

–¿De quién... dices?

–Le repito: de don Mariano, tengo algo que decirle.

–No vayas a salir con una tarugada que te mando al cuarto de castigo y allí *El Toñito* se encargará de ti.

–No, no es ninguna tarugada –le dijo temblando.

–Desembucha pues, que ya me estás poniendo nerviosa.

–Es que...la otra noche...eh. eh...

–¿Qué tienes? ¿por qué tanto misterio?

–Lo que le voy a decir que se quede entre nosotras, es peligroso. Yo, de una

vez le digo que: ...Cristina y don Mariano salieron de una de las habitaciones el otro día. Los vi con estos ojos que se los van a comer los gusanos. Ellos... estaban en lo mejor de... bueno, algo estaban haciendo en ese cuarto. Yo estaba escondida detrás de una columna cuando se encerraron; fui directo a la puerta y *paré bien la oreja*. Entonces, escuché ruiditos, de esos que se salen cuando uno está *cogiendo*. Después de unos minutos oí un grito ahogado de parte de Cristina y de don Mariano, salió una especie de bufido. Estoy segura que ese par estaban fornicando, esa puta pretende quitarle a don Mariano. Doña Lety, la están traicionando.

–Pero... ¿estás segura de lo que dices? Sabes lo que les pasa a las mentirosas, las envió a un burdel espantoso de esos asquerosos, lleno de ratas en el dormitorio y los clientes cuentan con la venía del burdel para violentarlas, hacen contigo lo que quieren. Eso sí, antes de irte sales *verguiada*. El *Toñito* se encarga.

–Doña Lety, lo juró por mi madre. Si usted quiere los puedo seguir investigando y cuando estén por allí en algo, le aviso. Solo así me va a creer ¿no es verdad?

–Bueno, tendré que verlo con mis propios ojos para creerlo. No puede ser verdad. Pero sí lo es, ese par de hijos de su *chingada* madre, me las van a pagar muy caro. No te imaginas lo que les espera.

La cara de Lety se había transformado. Estaba roja, sus ojos brillaban de furia, tenía una expresión vengativa. Marta se retiró con miedo, no sabía si había hecho bien. Lety se sentó en una de las mesas tratando de disimular su rabia. Estaba absorta rumiando su desconcierto, cuando entró Mariano, al verla se le acercó para darle un beso; Lety lo empujó con furia. Mariano no tuvo ni la más remota sospecha de lo que sucedía, pensó que Lety estaba molesta por algo insignificante; algunas veces eso pasaba.

Mientras tanto, Cristina se encontraba trabajando con un cliente que le pagaba muy bien. En el *antro* se había convertido en una mujer muy apetecida debido a su belleza e inteligencia.

Lety no sabía como esconder su cólera; sin embargo, reflexionó que lo mejor era disimular; de otra manera iba a ser difícil atraparlos con las manos en la masa. Así es que, se acercó a Mariano sonriendo y le ofreció disculpas

por haberlo rechazado. Le dijo que estaba muy molesta porque una de las chicas estaba embarazada.

–Amor, pero eso no es un problema, tú sabes que hacer en esos casos. Llama al médico y haz que la *chamaca* aborte. No tienes por qué preocuparte por eso. Es parte del negocio y tiene arreglo. Para eso le pagamos bien al veterinario que vive a dos cuadras de aquí.

–Sí, tienes razón, pero creo que me retiraré a descansar, estoy con los *meados revueltos*. Nos vemos más tarde.

Lety salió del *antro* caminando rápido, sin volver a ver a nadie, pensando en su venganza. Tenía que poner un “hasta aquí” a la situación. Pensó asesinarlos. –Esa *perra* y ese *hijo de puta* no merecen vivir –realizó.

–/–

En los días venideros se escucharon rumores de que en las calles del barrio había aparecido muerto un *travesti*. Seguro lo mató otro *joto*, decía la gente. El cadáver del muchacho estaba desnudo, con un hueco en la parte de atrás de la cabeza; yacía en medio de un charco de sangre color rojo azulado. Pero todo volvería a la normalidad cuando llegara la noche, se abrirían los *antros*, la gente iría a divertirse como siempre. Todo lo demás quedaría olvidado; la policía no investigaría nada. En Tepito había impunidad. Nadie se atrevía a delatar al culpable o a los culpables; todos sufrían de amnesia. Se escuchaba la famosa frase de: “Si te vi, no me acuerdo”. Así era el *barrio bravo*: comercio, algarabía, alegría, prostitutas, gente decente, indecente, drogas, crimen. El pan de cada día.

Lety no había podido dormir esa noche; Mariano se le había acercado para hacerle el amor, pero ella lo rechazó. No soportaba que la tocara hasta que todo quedara claro. Primero esperaría a que Marta, la envidiosa, investigara bien, que le demostrara que la infidelidad de Mariano era cierta.

Sin embargo, pensó que era mejor idea poner cámaras espías en todos los dormitorios. Además, les iba a sacar provecho a los videos vendiéndolos a los depravados.

Esa mañana fue en busca de un experto en tecnología. Lety, con paso firme, se dirigió a la vivienda de Cirilo, un viejo amigo y antiguo cliente de ella en el burdel en donde trabajó hacía algunos años. Se paró delante de la puerta

tachonada con mil rótulos que decían: *Se arreglan radios, se dan masajes, se inyecta, se hacen grabaciones en video*, etcétera. Tocó con fuerza. Un hombre vestido de mujer salió a su encuentro.

–Hola mi reina, qué te traé a esta humilde casa –le preguntó.

–Pos, necesito de tu ayuda, mi *cuate*.

–*Pos pasale*, reina. No te quedes allí parada como si fueras un espanto.

–*Pa'qué*, soy bueno.

–Quiero que vayas conmigo al *Tepito de Noche* y que me instales unas cámaras de video en cada dormitorio del *antro*, pero tienen que quedar bien escondidas.

–Ay, pero que picarona eres –le dijo con sorna.

–No me *chingues*, ni siquiera te imaginas para qué las quiero. Luego te enterarás –le contestó molesta.

–Bueno, no te me *encabrones*, que tus deseos son órdenes para mí –concluyó.

Cirilo salió de su casa junto a Lety no sin antes despedirse de su novio de turno, un muchachito con pinta de drogadicto. El *antro* quedaba bastante cerca de la casa de Cirilo. Cuando entró se quedó maravillado de aquel lugar, él lo había visitado cuando recién lo inauguraron. Podía decirse que eran tan bonito como el de cualquier barrio elegante del D.F. Luego de recorrerlo con su mirada, atravesó la puerta roja que conducía a las habitaciones. Visitó cada una de ellas e hizo una lista de lo que tenía que comprar para instalar las indiscretas cámaras de video. Todo tendría que hacerse en esa mañana. Luego se fue a uno de los miles de comercios que existían de electrónica y compró todo lo que necesitaba. Regresó al lugar e instaló las cámaras. Era bueno para su trabajo; además le gustaban los videos pornográficos. Pensó, que se iba a deleitar viéndolos antes de mostrárselos a Lety.

Ella quedó satisfecha con la labor de Cirilo, nunca se darían cuenta de las cámaras espías, eran demasiado pequeñas. Solo sería cuestión de tiempo pillar a los culpables.

Para darles oportunidad a los traidores de caer en la trampa se le ocurrió salir de viaje. Le comentó a Mariano que tenía que ir a la frontera un par de días para arreglar cuentas con el cártel que le vendía los estupefacientes. Les

pondría todo en bandeja de plata. Si confirmaba que eran amantes no dudaría en torturarlos primero para luego asesinarlos.

Por la mañana, Lety viajó hacia Ciudad Juárez. Mariano tan pronto la vio partir sintió un cosquilleo en el cuerpo, el deseo fiero por tener a Cristina se apoderó de él. En ese momento fue a buscarla a la pensión de las pupilas.

Cuando entró todas dormían menos Cristina, quien ya había sido advertida por él a través de una llamada. Ella caminó en puntillas tratando de no hacer ruido. Se puso un *blue jeans*, una *t-shirt* ajustada que se pegaba a sus firmes y redondos senos. Mariano la esperaba al pie de la escalera. Con pisadas de felino bajó y en cuestión de segundos ya estaban en la calle. Llegaron rápido al *antro*, querían aprovechar la mañana, durante ese tiempo las pupilas no se asomaban por allí. Solo estaba el joven de la limpieza con dos muchachas que ayudaban, a lavar los platos y vasos.

Tan pronto vieron la primera habitación se metieron en ella presos del deseo. Mariano le confesó a Cristina que le gustaba mucho. Que no podía dejar de pensar en ella y que iban a tener suficiente tiempo para disfrutar debido a la ausencia de Lety. Ella se encontraba lejos, nadie se atrevería a decirle nada, temían a Mariano más que a la misma *madrota*. Esta vez se quitaron la ropa con más tranquilidad, una vez desnudos se acostaron para amarse sin prisa. Mariano se sentía abrumado por Cristina quien maquinaba engatusarlo para que la sacara de su cautiverio. A la chica, el amor no le importaba, jamás lo había conocido, y no creía en él. –Los hombres solo quieren sexo, eso es lo que más les importa –caviló.

La cámara estaba tan lista, igual que ellos. Los juegos previos al amor comenzaron de manera más tierna que la primera vez, aunque no faltó la pasión desaforada del primer encuentro. Mariano acariciaba el cuerpo de Cristina, lo observaba anonadado. Ella se sometía a sus caprichos que no eran tan perversos como los de algunos de sus clientes. Comenzó a pensar que Mariano la estaba amando de forma diferente, se sentía adorada, entonces; creyó que el amor sí existía. Pero por el momento no quería hacerse ilusiones, iba a tener paciencia. Algún día estaría preparado para dejar a Lety. Cuando terminaron de amarse se quedaron por un momento tendidos en la cama. Ella jugaba con un mechón de su cabello, él le acariciaba su rosado pezón con la

punta de su dedo. Cuando se dieron cuenta que ya era tarde, saltaron de la cama y se vistieron. En el umbral de la puerta se despidieron con un largo y profundo beso. Mariano le pidió verla al día siguiente antes de que Lety regresara del Norte. Cristina aceptó en medio de un hondo suspiro.

Los días que siguieron, se reunían en la misma habitación. Lety tendría mucho material que revisar a su regreso. Sería desgarrador para ella ver aquellas escenas de amor, de sexo tierno y lujurioso. Los “te amo, los te quiero”, y mucho más.

Después de algunos días, Lety apareció con un gran regalo para Mariano, unas mancornas de oro que tenían sus iniciales grabadas. Él las recibió con alegría; a pesar de que estaba feliz con Cristina, la quería a su manera. Tan pronto tuvieron oportunidad hicieron el amor; aunque no con tanto ardor como antes. Mariano tenía en su mente a Cristina y en Lety existía un deseo siniestro de venganza. Todo esto había causado estragos en la relación. Ya no era la misma.

Lety se levantó, con su cabeza llena de pensamientos llenos de odio. Fue al *antro* sin la compañía de Mariano. Para no despertar sospecha y sacar los videos le pidió que le ayudara con unas diligencias bancarias. El obedeció sin imaginarse lo que estaba por descubrir.

Acto seguido, se fue a donde Cirilo; iba a ver los videos con detalle. Tocó a su puerta, Cirilo la hizo pasar. El hombre estaba en bata, al parecer tenía arriba al mismo jovencito. Le advirtió que no lo molestara, que tenía unos negocios importantes que atender, que se quedara en la alcoba. El muchachito cedió sin protestar. Cuando Cirilo llegó a la primera planta, el novio estaba tirándole besos desde arriba, luego se metió de nuevo a la habitación.

–Ayy ¡que horror!, con estos *putitos*, no se puede estar en paz. Pero, pasa mi reina.

Lety se sentó y le entregó la bolsa, luego le solicitó que pusiera los videos. No se podría describir la cara que puso, cuando vio a muchas de sus pupilas copulando. Habían aprendido más de la cuenta, eran unas expertas, además de perversas. También las vio cuando se quedaban a solas después de que salían los clientes. Algunas lloraban, otras contaban el dinero tan pronto se cerraba la puerta. Vio a una de ellas conteniendo su vomito, asqueada por haber sido

objeto de las peores humillaciones. Algunos videos mostraron a las chicas siendo maltratadas por algún cliente; en ocasiones, amenazadas con decirles a sus dueños que, si no los atendían bien, se quejarían. Los hombres se comportaban como bestias, sin sentimientos, solo tratando de satisfacer sus deseos atravesados.

Pero lo peor fue cuando en uno los videos salieron Mariano y Cristina en la cama, como Dios los trajo al mundo, amándose con ternura, con morbo, con una pasión desbordada, más parecida a la de una película de amor. Inmediatamente, se llenó de rabia. La puso al borde de la locura ver a esa *cabrona* –como la llamó– con el hombre que creyó fiel, tratando de complacerla. El video fue largo; terminó de desencajarse al ver que lo habían hecho muchas veces. –*¡Hijo de puta!*– dijo aventando contra la pared un adorno que había sobre la mesa de la sala.

Cirilo trató de calmarla. Lety comenzó a dar coces igual que una mula, destruyendo todo a su alrededor. Comenzó a gritar, se jaloneaba el cabello tan fuerte que lo arrancaba y quedaba entre sus dedos. Lloraba como una desquiciada, maldecía a Mariano y a Cristina. Cirilo abría la boca, se quedó paralizado al ver aquel arranque de furia. Por más que tratara no podía hacerla regresar a la cordura. Hasta se arrodilló para pedirle que se tranquilizara, le trajo un vaso de agua, ella con violencia, lo agarró y lo estrelló contra el suelo.

–En ese estado no puedes pensar bien, tienes que hacerlo con “cabeza fría”, de otra manera no vas a poder solucionar nada. – le expuso. Después le aconsejó que cuando los viera, actuara de manera natural. En ese momento, el joven del segundo piso se asomó, en ropas menores, temiendo que algo terrible le estuviera sucediendo a su novio. Cirilo, –de un grito– le dijo que se metiera a la habitación. El joven entró rápido como si hubiera visto al demonio.

Ella le dio la razón; tenía que calmarse y así lo hizo. Después de tomar tres tragos de tequila trató de controlarse. Le dio las gracias a Cirilo y salió de su casa no sin antes ofrecerle una disculpa por todo lo que había destruido. Cirilo se la aceptó sin dudarle un segundo. Lety le requirió que le mandara la cuenta de todo lo que había destruido.

Cuando caminaba, elucubraba su venganza; de qué forma los mataría. Quizá era mejor secuestrarlos y torturarlos, para posteriormente darles el tiro de gracia. O mejor los drogo para que luego los violen esos enfermos mentales que deambulan por las calles de Tepito. No sabía que hacer, la lista de posibilidades era inmensa. Pero al final decidió que era mejor secuestrarlos y darles un tiro en la cabeza. Era más limpio, menos fatigoso. Se ayudaría de otros sicarios que tenía en su planilla. La *Calaca*, el *Escorpión*, o el *Araña*, podrían traicionarla, ya que adoraban a Mariano. Pero, ¿Cuándo lo haría? Tendrá que ser lo antes posible –especuló.

—/—

Era el día de finados, todo el pueblo mexicano inundaba las calles, llevando ofrendas a sus muertos. Tepito reventaba de gente, procesiones masivas acompañaban a la imagen de la *Santa Muerte*, que hombres cargaban con evidente orgullo. A su paso, muchos la veneraban, le pedían favores o agradecían a la *Niña Blanca* todo lo que les había concedido, se acercaban a tocarla abriéndose paso entre la muchedumbre. Lety pensó que era un día propicio para secuestrarlos. “En río revuelto, ganancia de pescadores” –dijo en voz alta. Aunque era temprano todos comenzaban a tomar licor celebrando a su deidad. Los mariachis cantaban en honor a la *Santísima*. Los *antros* fueron abiertos por ser un día especial, pero las chicas no estarían a la disposición de los clientes hasta por la noche. Sin embargo, servirían comida. A la entrada, una de las chicas se había encargado de poner la estatuilla de la *Santa Muerte* dentro de un sarcófago de vidrio. Los que caminaban por allí le dejaban infinidad de ofrendas: puros, flores, imágenes, fotografías de las personas que solicitaban el favor la *Santísima*, botellas de tequila, de ron, etcétera. Tepito y todo México estaba de fiesta.

Cristina entró vestida como una verdadera *Catrina*³, su cabello estaba adornado con flores de papel de colores chillantes, su rostro maquillado, aparentaba ser el una calavera. El vestido de seda, color naranja, se pegaba a su cuerpo, usaba zapatos de tacón alto color negro, lucía bella e intimidante. Lety entró unos minutos después y se le acercó dándole un gran abrazo y el beso de Judas; a ella le extrañó un poco su forma de actuar. Lety no era de las personas que anduvieran abrazando a nadie. Después le exigió que se fuera a

su habitación, que allí llegaría en pocos minutos un cliente muy importante. Cristina era muy astuta y sospechó que algo se traía entre manos. No le había terminado de gustar esa extraña expresión en su rostro, sus ojos de mirada gélida, paralizaban a cualquiera. Entonces sospecho que Lety ya estaba enterada de su relación con Mariano. Cristina la conocía bien, estaba segura de que a ella no le iba a temblar la mano para matarla. Debía estar alerta. Estando en su habitación, levantó el colchón de la cama, y sacó su fino puñal con mango de oro. Esa delicada pero mortal daga se la había regalado un cliente adinerado. Ahora le daba las gracias a su benefactor, porque con ella se defendería.

Lety llamó, con cara de dulzura, al *Simio*, uno de sus sicarios de confianza. Este hombre, le hacía honor a su apodo, tenía el aspecto de un primate; nariz chata, boca grande, lleno de pelos hasta en las orejas. Le dijo, que la presa ya estaba en su dormitorio, que le hiciera una pequeña visita. El *Simio* puso una sonrisa espeluznante, aquello que le habían encomendado le fascinaba. Lety le había dado luz verde para que la violara hasta que saciara sus depravados deseos, que después la asesinara como más le gustara. El hombre se relamía los bigotes y sus ojos negros brillaban con destellos malignos.

Se dirigía hacia la habitación de Cristina cuando Lety lo detuvo. Arrepentida, le objetó:

–Mira, la verdad es que yo quiero tener el gusto de matar a esa perra. Dejámela a mí. Quédate por aquí vigilando por si viene *don* Mariano. Tan pronto entre, lo distraés, hablándole idioteces, tu eres bueno para eso. Así me da tiempo de clavarle el puñal en donde más le duela a esa hija de su *chingada* madre.

–Como ordene *patroncita* –dijo el *Simio* dando una bocanada de humo de su apestoso puro.

Lety se dirigió al cuarto de Cristina sin sospechar que ella ya estaba preparada para enfrentar cualquier peligro. No estaba segura si sería la misma Lety o alguno de sus compinches los que llegarían a buscarla. Minutos después tocaron a la puerta, ella preguntó qué quién era.

–Soy Lety, mi linda. El cliente que esperabas se ha disculpado, pero dejó un regalo para ti. Ábreme para dártelo.

—Ya voy. Esperame *tantito*.

Al abrir la puerta, vio a Lety con una sonrisa torcida; seguidamente cerró de sopetón y echó llave. Cristina estaba lista, tenía bien escondida la daga entre sus senos. No estaba segura de quién vencería. Ambas eran unas guerreras dispuestas a lo que fuera. La ventaja de Cristina era su altura, su cuerpo parecía más fuerte, además de su astucia.

Lety no tuvo tiempo de decir una palabra, Cristina se abalanzó sobre ella, le dio un giro violento y logró doblegarla, le oprimió la garganta con su musculoso brazo, Lety sintió que no podía respirar. Trató los ojos, su rostro se puso pálido, trataba de zafarse, pero no podía, solo se escuchaba un ruido ronco que salía de su oprimida garganta, similares a los bufidos de un animal en plena agonía. De un momento a otro, su cuello fue atravesado por el puñal abriéndole una profunda herida, que casi corta su cabeza. La sangre brotó como un río desbordado. De pronto cayó al suelo inconsciente. Lety había perdido la batalla.

Cristina, al verla sin vida, corrió, huyó por la parte de atrás del lugar. Finalmente, llegó a la pensión sin aire en sus pulmones. Tratando de ocultar su nerviosismo, subió al dormitorio, agarró su pequeña maleta, puso en ella sus pocas pertenencias y salió huyendo a toda prisa. Tuvo suerte de que los hombres no las estaban vigilando debido a que era un día de fiesta. El *Escorpión* y el *Araña*, estaban celebrando a la *Santísima*, jamás se darían cuenta de que había huido. Sin embargo, corrió como desesperada abriéndose paso entre la multitud, cuando de repente, vio al *Araña* a lo lejos. Su cabeza, debido a su altura, sobresalía entre la muchedumbre. Su estrella la había abandonado. Cuando el *Araña* la vio intuyó que estaba huyendo. El hombre, para darle alcance, empujaba a la gente a su alrededor, pero estaba atrapado entre el enjambre. Cristina en ese momento se encontraba fuera del gentío. Entonces aprovechó y corrió más rápido que antes. Luego se metió en uno de los miles de callejones que tenía el barrio. El *Araña* finalmente salió de la trampa de gente, volteó a ver a todos lados, pero no tenía idea de qué rumbo o callejón había tomado. Aquellas estrechas y serpenteadas calles parecían un laberinto. El maleante estaba furioso tratando de encontrarla. Pero Cristina se había esfumado. El *Araña* no tuvo otra opción que frenar su cacería.

Mariano entró un poco después de que Cristina huyó del *antro*. El *Simio* lo trataba de distraer para ganar tiempo. Después de unos veinte minutos de hablar tonteras con él, preguntó por su mujer. Al hombre se le salió decir que creía que estaba con Cristina. Cuando realizó lo que había dicho trató de cambiar la historia, pero ya había *metido la pata*.

Por la cabeza de Mariano pasaron muchos pensamientos; sospechó que quizá Lety había ido en busca de Cristina. Su intuición le dijo que algo no estaba bien; además notó cierto nerviosismo en el *Simio* y su intento de cambiar la historia le aseguró que estaba mintiendo –¿Y por qué Lety lo había llenado de mandados? – se preguntó. Algo no encajaba, su sentido común era muy agudo.

En ese momento el pánico se apoderó de Mariano. Si Lety se enteraba de que tenía amoríos con Cristina, el desenlace iba a ser fatal. Tenía que contactarla para saber si estaba bien. Fue a su habitación con la esperanza de que la muchacha estuviera descansando. Tocó a su puerta y nadie le abrió. Lo hizo muchas veces, hasta que llamó a la *Calaca* para que le trajera el duplicado de la llave. Al entrar sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal, bajó la vista y vio sangre coagulada sobre las baldosas, un río del líquido viscoso rojo oscuro llegaba hasta la puerta, la sangre estaba salpicada por todos lados. Mariano quedó paralizado al ver que, al otro lado de la cama, estaba el cuerpo inerte de Lety con una herida profunda en la garganta. Sus ojos abiertos mostraban el pavor de la sorpresa. Mariano irrumpió a llorar quedamente. No pudo más y tuvo que poner la mano sobre su boca para ahogar un grito de angustia, de pena. Sus piernas se aflojaron, se tambaleaba, apenas se podía mantener de pie. La *Calaca* estaba desorientado, nunca imaginó ver a su jefa asesinada. Mariano se dirigió a La *Calaca* y le indicó:

–No digas nada. Esto no lo debe saber nadie, mucho menos las pupilas. No queremos sembrar el pánico entre las mujeres. Vamos a condenar este cuarto, nadie va a entrar, ¿me escuchas bien, *Calaca*?! Mañana vendremos a recoger el cuerpo de Lety y lo llevaremos lejos de aquí, iremos camino a Acapulco para enterrarlo en medio del bosque. ¡No puedes abrir la boca, o te las verás conmigo!

–Señor, ni pensarlo. Esto nos traería problemas con la policía, con las

muchachas y el negocio se cae. ¿Cree que soy tonto?

–Ahora salgamos como si nada hemos visto. Tengo que poner buena cara, no despertar sospecha, lo mismo tú.

Mariano, haciendo de *tripas corazón*, salió de la alcoba de Cristina, se sentó en una mesa con algunos de los clientes, rio con ellos pretendiendo estar feliz; bebió hasta el punto de no poder más y caerse sobre la mesa. Las muchachas lo trasladaron a su casa con la ayuda de la *Calaca* y el *Escorpión*. Nadie preguntó esa noche por Lety.

Al llegar las pupilas se preguntaron por Cristina, dijeron haberla visto temprano, pero luego había desaparecido. –Es seguro que se fue con algún cliente para otro lado. Esa mujer es preciosa, tiene suerte de tener solo catrines de clientes, tal vez ya esté muy lejos de aquí, quizá se la llevó el príncipe encantado con quien ella soñaba –comentaron sin imaginarse que había asesinado a Lety y se encontraba huyendo.

Al día siguiente Tepito despertó entre ruidos y algarabía. Malas y buenas noticias se escuchaban entre los del barrio. Pero Mariano esa mañana tenía que limpiar el sangriento escenario y sacar a Lety de allí. La *Calaca* se presentó con cara agria, contándole que el *Araña* había visto a Cristina corriendo como si la persiguiera un maniático, que la mujer estaba desaparecida. Mariano supo entonces que ella la había asesinado; pero en ese momento eso no era importante para él. Entraron al dormitorio de la fugitiva. La sangre se había convertido en una mancha negra. El cuerpo parecía de mentira. Estaba rígido. Sacó el cadáver con la ayuda de la *Calaca*; así como el arma homicida con la que Lety había sido asesinada, la daga con empuñadura de oro. A pesar del dolor que sentía tenía que hacerla desaparecer del mapa. Aparentemente no había nadie alrededor. Luego fueron al coche para ponerlo en el baúl. Si alguien los había visto guardarían el secreto; en el *barrio bravo* nadie delataba a nadie, excepto por razones de venganza. Y no era el caso de Mariano. Allí todo el mundo lo respetaba, le temían, eran incondicionales con él.

–“A rey muerto, rey puesto”, – dice el dicho. Si Lety ya no estaba todo pasaba a manos de él. Inclusive los negocios y toda la lana escondida producto de la venta de drogas de los *antros*. Ahora Mariano era un viudo

rico.

Salieron con el cadáver de Lety camino a Acapulco. Su mente estaba turbada, sin poderlo creer. Al llegar a un lugar despoblado, se adentraron en el bosque. Allí pusieron el cuerpo sobre el pasto. Lety parecía dormida, su belleza estaba intacta, ni el grave corte en su cuello estropeaba aquel lindo y exótico rostro. Abrieron una fosa profunda. Mariano, con cada palada de tierra que sacaba lloraba a mares, las lágrimas se esparcían sobre el pasto. Cuando terminaron pusieron su cuerpo dentro de la fosa. Mariano la vio por última vez y rezó una oración. La *Calaca* prestó atención con cierta indiferencia ya que no era un hombre de Dios.

–*“Oh buen Jesús, que durante toda tu vida te compadeciste de los dolores ajenos, mira con misericordia las almas de nuestros seres queridos que están en el Purgatorio. Oh Jesús, que amaste a los tuyos con gran predilección, escucha la súplica que te hacemos, y por tu misericordia divina, concede a aquellos que Tú te has llevado de nuestro hogar el gozar del eterno descanso en el seno de tu infinito amor”*. Amén.

–*Dales, Señor, el descanso eterno y que les ilumine tu luz perpetúa.*

–*Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.*

Tan pronto terminó de orar se anunció una tormenta, un huracán los apuró a salir corriendo. Truenos y centellas se vislumbraron en el cielo y el horizonte. Al llegar al coche, una lluvia de granizo comenzó a caer. Mariano pensó que era una advertencia divina. Había pecado, no podía seguir en esa vida. Tan pronto pudiera iba a vender los *antros*, los prostíbulos, para invertir ese dinero en negocios lícitos para que su Señor lo perdonara. Quería redimirse por la muerte de Lety. Durante el trayecto el silencio era sepulcral. La *Calaca* se atrevió a decirle que, sin lugar a duda, fue Cristina quien la degolló. Mariano guardó silencio. No tenía comentarios que hacer al respecto, estaba claro.

Después de un par de meses, todo quedó olvidado. Nadie se atrevió a preguntar por las desaparecidas. Las pupilas, estaban aterradas pensando que ellas podrían ser las próximas muertas. En cuanto a Marta, por el momento nadie sabía que había sido ella la responsable indirecta de la tragedia.

Mariano puso un anuncio para vender los *antros* y los clientes aparecieron por doquier, era un negocio bueno. Sin mayor esfuerzo, recibió mucho dinero a cambio de la venta y enterró en Tepito parte de su vida. El dinero era suficiente para irse del *barrio bravo* y comprar una residencia en otro lugar del D.F. en donde vivía otra clase de gente. Después de firmar el contrato de los inmuebles salió de Tepito, añorando a su amor Lety; le harían falta, la *Calaca*, el Escorpion, el *Araña*. No obstante, todos se volverían a ver en un futuro cercano. Mariano los iba a necesitar siempre...

³ La *catrina* es un personaje del folclor mexicano que se ha popularizado mucho en todo el mundo, especialmente como disfraz para Halloween. Sin embargo, este personaje se toma mucho a la ligera, pues si se le preguntara a la mayoría de personas que usan su disfraz, se limitarían a decir que es “La muerte mexicana”.

Capítulo 14

El reencuentro con Javier

Mariano despertó en un hotel de *caché*, cerca de la zona rosa, con los ruidos de una ciudad convulsionada. Se asomó a la ventana y observó a los viandantes que caminaban de prisa a su trabajo, para ganarse el pan de cada día. Con una taza de café en la mano meditó acerca de su nuevo comienzo. Deseaba ir a buscar una casa en un barrio distinguido. Tenía que enterrar su pasado, quería olvidar al Mariano de Tepito, al cura renegado, al pecador. También quería borrar de su mente a Lety.

Abrió el periódico, vio el anuncio de una agencia inmobiliaria e hizo la llamada correspondiente. Una mujer con voz juvenil y melodiosa le contestó poniéndose a la orden. Después de que Mariano le explicó lo que buscaba acordaron una cita. Quedaron de verse en el *lobby* del hotel. Eran cerca de las nueve de la mañana cuando Mariano bajó a la recepción, se sentó en la sala y la esperó. Ese día tenía un *look* elegante, llevaba puesto un traje de color gris de corte inglés. Su imagen era otra, tenía que causar buena impresión. La de un de un hombre rico, culto, poderoso.

Ante sus ojos apareció una esbelta joven de no más de veinticinco años, atractiva, coqueta, llena de energía, vistiendo un traje sastre, color beige. La ajustada falda hacía resaltar sus formas, usaba medias *fishnet* y zapatos de plataforma. Caminaba con dificultad tratando de dominarlos. La chica lo saludó con su una sonrisa de cielo; él le dio la mano de manera ceremoniosa.

María Estela lo llevó a ver algunas casas situadas en *Jardines de las Lomas*, una zona exclusiva de la ciudad de México. Mariano se podía dar el lujo de comprar una propiedad allí, tenía mucho dinero guardado en valijas, custodiadas bajo el ojo vigilante de la *Calaca*, su fiel perro guardián. Por el momento no tenía la menor idea en que invertiría tanto dinero. Pensó que lo primero era comprarse una buena casa y vivir en un lugar de gente pudiente, a fin de poder entrar en el círculo de los adinerados, así como el de los políticos importantes. Todo iba a dar un giro de ciento ochenta grados para él.

Siempre decía que: “el dinero llama al dinero”, no podía ser de otra manera. – Nadie hace negocios importantes con un “don nadie” –meditó.

Fueron a ver dos casas. La primera fue descartada, la segunda, era fantástica. Construida en los años cincuenta, guardaba una bella arquitectura mexicana, tradicional, elegante. Tenía cerca de diez habitaciones, una sala inmensa, rodeada de amplios jardines. La mujer le dio el precio de ocho millones de dólares. Él quiso cerrar el negocio sin regatear ni un centavo. Ahora solo faltaba llenarla con finos muebles, nuevas amistades y gente dispuesta a aceptar su dinero. Le parecía bien que la mansión estuviera parcialmente dotada con muebles que dejaron los antiguos dueños, debido a lo difícil que era trasladarlos por ser grandes y pesados. Mariano deseaba comprarla lo antes posible. María Estela estaba extasiada al lado de un hombre rico y bien parecido. Se comportaba con una coquetería que rayaba en el descaró. Sin perder tiempo salieron de la mansión para ir directo a la oficina. Allí en la sala de juntas, el abogado de la empresa le requirió los documentos de rutina para hacer el contrato de compra-venta. En seguida, le pidió que llegara al día siguiente para firmarlo.

Mariano se levantó temprano, optimista y feliz. Ya tenía un hogar. No podía creer que fuera tan rápido, la chica era eficiente. – Dios siempre llega a tiempo, en el preciso momento –pensó. Al llegar a la oficina inmobiliaria, lo hicieron pasar a la sala; una secretaria muy hermosa se asomó para ofrecerle algo de tomar. Mariano, con una abierta sonrisa, aceptó una taza de café. Pasados diez minutos, entró una viejecita. Era llevada en su silla de ruedas por un joven muchacho que parecía ser su sirviente. Con voz de pajarito, saludó a Mariano. Luego llegaron los abogados y se dedicaron a lo suyo. Él llevaba en un pesado maletín, todo el pago. La viejecita no decía nada, su abogado se encargaba de hablar por ella. El hombre al ver aquella cantidad de billetes, quedó boquiabierto. No sabía si debía de recibir todo aquel dinero en efectivo. Pero la pobre señora necesitaba desesperadamente realizar la venta. Por lo tanto, lo aceptó sin poner trabas.

Mariano recibió un grueso fajo de llaves, una lista de los muebles y otras cosas que eran valiosas. Ahora tenía que amoblar la mansión. La encargada de bienes raíces le recomendó a una decoradora profesional. Ella misma la

llamó. La mujer apareció rápido ya que tenía su oficina en el mismo edificio. Era una muchacha agradable, educada, su nombre: Alexia.

Mariano, después de presentarse, le dijo que tenía urgencia de trasladarse a su casa. Por lo tanto la muchacha se puso manos a la obra y le propuso visitarlo al día siguiente en el hotel con algunas ideas. Quedaron de reunirse en el restaurante del *lobby*.

Cerca de las nueve de la mañana Mariano esperaba a Alexia. Tan pronto apareció la convidó a una taza de café y luego a desayunar. Estando en la mesa, ella le mostró las telas para encortinar, tapizar y fotos de muebles. A él, todo lo que ella le propuso, le pareció ideal. Alexia, mientras tanto, no dejó de coquetearle, sabía que estaba atendiendo a un hombre rico. Se notaba astuta, era una mujer de unos treinta años, ojos color violeta, de mirada dulce, muy parecida a la actriz de cine Liz Taylor.

Después de un rato Mariano percibió que no sería un problema meterla a su cama. Y no estaba equivocado. Cuando pagó la cuenta le propuso seguir la conversación en su habitación. El rostro de Alexia pareció iluminarse. Antes de salir del restaurante, Mariano sintió que un fuego quemaba su cuerpo cuando la mano de Alexia acarició su rodilla por debajo la mesa. Desde que Lety murió no había tenido deseos de estar con otra mujer. Pero parecía que ahora el demonio lo tentaba de nuevo. Todo estaba cambiando en él. Ahora era “don Mariano Ordáz”, como Alexia lo llamó al estrecharle la mano.

Subieron a la *suite*. Él estaba ganoso por tener sexo. La provocación en el restaurante había sido suficiente para ponerlo en un estado alterado. Se sentaron un momento en el sofá de la sala pretendiendo continuar la plática. Luego, Mariano se acercó para besarla. Después de corresponder el beso, Alexia se paró y comenzó a desvestirse, lentamente, como lo hace una streaper en un elegante night club. Mariano sintió la urgencia de aliviar el deseo que devoraba sus entrañas. Aunque no iba a curar su herida de amor, había llegado justo a tiempo para hacerlo olvidar a Lety aunque fuera por un momento. La muchacha era fina, elegante, culta. Tan diferente, a esas pobres mujeres, que trabajaban en el burdel. –Pero al final es una prostituta igual que las demás – pensó. La chica se retiró cerca del mediodía después de una larga mañana de amor. Al cruzar el umbral de la puerta, abrigó esperanzas con su cliente.

Seguidamente, se dirigió a su oficina a fin de empezar el trabajo encomendado.

Una vez la joven terminó su trabajo Mariano le dijo claramente que no la quería volver a ver. La muchacha desolada, agarró, entre sus delicadas manos el pago y salió para siempre de su vida. Alexia solo fue un pasatiempo que calmó su deseo sexual.

—/—

Ya instalado, Mariano caviló que era hora de salir a visitar los elegantes restaurantes de la zona. Esa noche se dirigió a Polanco, le habían recomendado uno muy exclusivo, visitado por gente rica, políticos y famosos de la farándula, llamado: *Las Palmas de Polanco*.

Cuando puso un pie dentro del restaurante se maravilló. Estaba convencido de que era el lugar indicado. Vio a una famosa actriz mexicana que estaba junto a su hija quien vestía estafalaríamente. También había uno que otro político importante.

Ocupó una de las mesas frente a la ventana. El mesero, con ceremonia, se acercó para mostrarle la carta de vinos. De un momento a otro recordó que el maldito tío Juan Pedro, le enseñó acerca del arte del vino y los maridajes perfectos. Reconoció que de algo había servido aquel pedófilo. Mientras tanto, el camarero esperaba paciente. En segundos volvió a la realidad, pidió disculpas y ordenó un martini. Cuando revisaba el menú apareció ante sus ojos Javier. Como si lo hubiera llamado con la mente. Tenía muchos años de no verlo.

—¡Túúú... Mariano!, ¡no puede ser!, amigo mio, en dónde te metiste todo este tiempo.

Mariano se levantó para darle un abrazo a su amigo de infancia, él tampoco podía creerlo. Lo estimaba mucho.

—Es una historia un poco larga, Javier. Pero, que bien te veo —exclamó—, por ti no han pasado los años.

—¿Te puedo acompañar?, vengo solo. Bueno...tenía una cita con una bella señora, pero tuvimos una discusión. No creo que venga por su cuenta, la muy *perra* me colgó el teléfono.

—Por supuesto, acompáñame, yo también estoy solo.

–Pero, es que no lo puedo creer, yo pensé que te encontrabas en Roma y ya eras cardenal o Papa. –dijo riendo.

A Mariano no le pareció gracioso; sin embargo trató de sonreír. Le mintió que tuvo que trasladarse desde Cuernavaca para el D.F. ya que su tío Juan Pedro había muerto y le heredó una casa. Luego continuó:

–Fue una sorpresa para mí saber que el tío era rico. Además me di cuenta que el celibato y los votos de pobreza no son para mí.

Javier, al escuchar esto, tuvo un ataque de risa. –Pero mira, que suerte la que tienes –le dijo Javier–, ahora que te he encontrado debemos unirnos de nuevo. Me acuerdo de aquellos días... Cómo olvidar todas las diabluras que hicimos. Pero ahora que eres un hombre rico debes de invertir tu herencia. El dinero hay que ponerlo a producir. Y cuéntame, ¿en dónde vives?

–En *Lomas del Pedregal*. Quisiera invitarte a mi casa. ¿Qué te parece si llegas mañana a cenar?

–Me encanta la idea, me gustaría saber si te interesa invertir en un centro comercial, así como en un condominio de vivienda. Llevaré a mi socio Raymundo, es un buen hombre y gran financista, si no te importa.

–Excelente, sí es tu amigo y socio, será bienvenido. Tú sabes que confío en ti.

–Muy bien, ahora veamos el menú, y pidamos un buen vino. Este es un día especial, nuestro reencuentro después de tanto tiempo. Aun no lo puedo creer, ¡Mariano ante mis ojos!, *vivito y coleando*. *Cuate*, es hora de unirnos, igual que antes, en las buenas y en las malas. Comenzar una nueva vida y para eso yo te ayudaré.

El tiempo se hizo corto para los amigos, tenían mucho de qué hablar. Quedaron de reunirse sin falta en los días venideros.

Esa noche Mariano iba a dormir por primera vez en su nuevo hogar. Ya tenía contratado a un motorista llamado Raúl; una cocinera, un mayordomo, cinco encargadas de limpieza. Dos jardineros. Todos reclutados con la ayuda de la joven que quiso conquistarlo.

La chica hizo un buen trabajo. La casa estaba decorada con elegancia. Se encargó hasta del último detalle; compró una vajilla de fina porcelana inglesa, cubiertos de plata macisa y cristalería fina. Mariano iba a vivir como un

príncipe rodeado de un lujo desmesurado. Subió a su dormitorio, pensó en lo afortunado que era y luego se sentó en el sillón de su sala. Pero de un momento a otro su conciencia lo comenzó a mortificar con aquellos lúgubres recuerdos: el de las muchachas del burdel, de las embarazadas que obligaban a abortar, del cruel asesinato de Lety, de su relación lujuriosa con Cristina, de la muerte de su tío Juan Pedro y muchos más. Se levantó del asiento con un sudor frío que perlaba su frente y se tiró sobre el mullido colchón, cubierto con un cubrecama de brocado, con flores bordadas en hilo de oro. Sumido en ese esplendor, pensó que no era más que un “desdichado pecador”. Sacó el látigo de su mesa de noche, se castigó infligiendo latigazos sobre su cicatrizada espalda, eso lo ayudaría a calmar su conciencia, a silenciar a sus demonios. Sin embargo, tenía que seguir adelante, no le quedaba otro camino. Así, nadie lo volvería a pisotear como lo hizo su tío Juan Pedro y su maldito amigo, el padre Antonio. –El dinero es “poder” –consideró mientras la sangre vertía de sus viejas cicatrices.

Mariano intentaba acercarse de nuevo a Javier; esa noche pidió a su mayordomo que le organizara una cena. Eran las siete de la noche, todo estaba dispuesto para recibir a su gran amigo con su acompañante. El portón de entrada estaba cuidado por dos escoltas. Apenas Raúl vio la luz cegadora de los faroles del coche, abrió la inmensa puerta de hierro labrado e hizo una pequeña reverencia cuando el coche pasó a un lado. Lo vio alejarse recorriendo un camino bordeado de pinos hasta llegar frente a la puerta principal de la mansión. Tocaron con una pesada mano de bronce que hacía las veces de timbre. Los sonidos se escucharon secos, dispersaron un eco carvernoso, como el que suele oírse en las casas antiguas. De repente, una joven regordeta, de cara risueña abrió la puerta.

–Buenas noches señores, don Mariano los espera en el salón principal.

Javier no podía creer que su amigo había heredado aquella mansión. –Estos curitas..., se tienen todo bien guardado –especuló.

A un lado del pasillo, detrás de otra gran puerta, estaba el gran salón. Mariano se encontraba sentado en un sillón orejón, viendo el chisporroteante fuego que había en la chimenea; en su mano tenía una copa de *cognac*. Cuando escuchó los pasos se volteó. Javier lo saludó de manera efusiva y le presentó a

Raymundo Calzada, su socio financiero.

Raymundo lo saludo con cierta timidez, era un hombre de pocas palabras, solo las precisas. Por lo tanto, apenas comenzó la conversación, calló y escuchó atentamente. Con vasos de *wiskey* en mano hablaron de antaño. De aquellos días en el colegio; reían cuando se acordaban de todas sus picardías. De cómo un día insertaron en medio de las páginas del libro de una profesora, la foto de un hombre desnudo con su pene erecto para avergonzarla. De los chicos a los que Mariano vapuleaba cuando se veía acosado. Javier se puso triste cuando rememoró el fatídico día que le avisaron de la muerte de su padre y ellos se encontraban en el cine; y de cuando Mariano salió para el seminario y ya no lo vio nunca más. Sin embargo, él lo llamó varias veces pero el tío le pidió que no lo buscara más; le dijo que Mariano, tenía una misión divina que cumplir con Dios. No se explicaba el porqué no quería que fueran amigos. Mariano sorprendido le comentó que nunca recibió sus mensajes.

Pasaron a la mesa y Raymundo hizo su intervención después del brindis. Le proponía a Mariano que construyeran en sociedad un centro comercial, así como un lujoso edificio de apartamentos. A Mariano le pareció prometedor. Él contaba con el dinero suficiente para iniciar cualquier proyecto. Le contaron que ya habían vendido en planos todos los apartamentos; construirían viviendas de más de un millón de dólares. En cuanto al centro comercial, ya tenían interesados en alquilar los locales. Habían planeado tener un restaurante con discoteca, karaoke, mesas de billar, y mucho más...

Ray se levantó al baño; Javier aprovechó su ausencia para susurrarle a Mariano:

–Es allí adonde está el dinero, mi querido *cuate*, en ese “mucho más”, que significa drogas, prostitutas o como les dicen ahora; *escorts*, o dicho de otra manera, bellas mujeres de alto nivel, para entretener a gente rica –terminó diciendo.

Pero, para Mariano, las cosas no iban a ser igual que en *Tepito de Noche*, o en el *Excélsior*, en donde él tenía que cerrar la puerta casi al amanecer; aquí contratarían encargados que conocían bien el “teje y maneje” de esos negocios. Era improbable que a Mariano o a sus futuros socios les llegaran a

ver la cara algún día, por esos lugares. Ellos estaban muy arriba. Los negocios se harían y a Javier no le importaba si su aporte era en efectivo, llevado en enormes bolsas de basura.

Ahora Mariano, Javier y *Ray*, eran socios. Pero ese “mucho más” no era de la incumbencia de *Ray*, quien trataba de no hacer negocios ilícitos. Se cuidaba mucho, por el amor que le tenía a Sonia, su esposa y a su hijo, Carlos.

—/—

Después de casi tres años Mariano era ya un hombre multimillonario, tenía fama y poder, sobre todo con el director de la policía de México, Luis Cordero, con quien entabló una gran amistad en Tepito, en aquellos días, cuando Luis llegaba a los *antros* que él manejaba. El director era un hombre peligroso, rudo, ordinario, sin educación. De simple policía había llegado a ser jefe, debido a su picardía y ambición. El hombre era intocable por ser un cercano colaborador y amigo del actual presidente. Luis hacía favores a sus socios, de esos que no cualquiera puede hacer. Era un buen amigo o un acérrimo enemigo. Había demostrado su crueldad cuando los miembros de un cártel le jugaron mal. Los periódicos habían publicado la noticia de once hombres muertos, tirados en un barranco, sus cuerpos habían sido torturados, desmenbrados y sus restos esparcidos por todo el terreno. Esa era solo una pequeña muestra de lo que Luis era capaz de hacer. Con esto les enviaba un claro mensaje a sus enemigos. Él contribuyó a que la fortuna de Mariano creciera aún más. Mariano llegó a tener tanto dinero que necesitaba lavarlo. Junto a sus socios, viajarían al extranjero, para poder invertir muchos millones de dólares en negocios lícitos.

Capítulo 15

La boda

Pero nada impresionaba tanto a Mariano como Sonia, desde que la conoció puso sus ojos en ella. Se recordó de una Navidad, años atrás, cuando entró a su casa por primera vez. Mariano daba esa noche una gran fiesta para empresarios, políticos y por supuesto para su socio Luis, el director corrupto de la policía.

Sonia hizo la entrada de una reina; esa noche llevaba un vestido dorado que se adherida a su lindo cuerpo igual que un guante. Su cabello iba adornado con piedras que brillaban tanto como sus enormes ojos verdes. Su boca carnosa, pintada de rojo carmín, era un invite a besarla. Mariano tan pronto la vio, quedó paralizado, luego corrió a su lado. Esos recuerdos lo pusieron de buen humor, ahora ya tenía todo lo que él quería: a Sonia. Se había ganado la confianza de su hijo salvándolo de las garras de los secuestradores. Pensó, que iba siendo hora de cerrar el círculo; de proponer a Sonia que se casaran, Javier sería el padrino y Carlos Mauricio haría las veces de un padre que entrega a la novia. Planeó una cena íntima en su casa para entregarle el anillo de compromiso, solo serían ellos tres, además del director de la policía, Luis Cordero. Lleno de emoción llamó a Sonia para invitarla.

Carlos, antes de salir hacia la casa de Mariano, sospechó que el motivo de la invitación no podía ser otro que la entrega del anillo de compromiso. No es que no estuviera agradecido con él, pero ver a su madre comprometida lo ponía nervioso. No podía entender porqué sentía repulsión por aquel hombre que lo único que había hecho era ayudarlos. No obstante, Carlos tenía esa obsesión por averiguar lo que había pasado con su padre, pero por más que buscó, nunca encontró ninguna pista que lo pudiera llevar a sospechar de Mariano. –Quizá no me debo torturar. Tengo que aceptar esta relación, debido a que veo a mamá feliz –reflexionó.

También pasaba que Carlos aún no superaba el trauma de su secuestro, se le hacía difícil olvidar el horror vivido de aquellos días. La paliza que le dieron.

Los extraños apodos que se decían los maleantes y la forma de hablar de aquellos hombres, lo hacían pensar que venían de un estrato bastante inferior al de él. Que nombres más feos, todos con mote de insectos y uno de ellos, con el sobrenombre de la “muerte”; la *Calaca*. –¿De dónde vendrán esos seres asquerosos? –se preguntaba. Luego, se acordó de las borracheras que se ponían, las grocerías de las que hablaban. Pero la vida continuaba, tenía que olvidar ese episodio tan terrible. Lo debía hacer por la tranquilidad de su madre.

Acontenció el día de la boda; Sonia parecía más joven que nunca. Carmelita la ayudaba a arreglarse, su rostro estaba iluminado, el maquillaje era discreto, no obstante, lograba resaltar sus bellas facciones. Estaba segura, de que sería feliz. Al ser una mujer *chapada a la antigua*, sintió remordimiento al acordarse de su difunto esposo. Pero su felicidad era tan grande, que en segundos olvidó a *Ray*. Solo deseaba ser la señora de Ordáz. Con ilusión se dirigió con su hijo a la casa de Mariano en donde se celebraría la ceremonia.

Mariano, en su habitación, se veía en el espejo, arreglaba su corbata y ponía sonrisa de triunfo. Había ganado la batalla. Estaba seguro de que *Ray* se estaba revolviendo en su tumba. Se acordó de uno de los mandamientos de Dios: “*No desearas a la mujer de tu prójimo*”. Pero al sentirse tan bien, hizo a un lado la palabra del Señor. Justificó sus acciones repitiéndose que “Dios era amor”. Sonia era la enviada por Él para salvarlo del pecado. Solo así logró aplacar su culpa. Acto seguido, se hincó ante la imagen del Cristo que tenía en su habitación, le pidió perdón, le prometió rectificar todo lo malo que había hecho. –Esa mujer me ha curado con su bondad, su rectitud, la vida me premió con ese ángel –pensó. Después de un momento se sintió liberado y limpio de pecados para contraer nupcias.

Carlos Mauricio, Sonia, y Carmelita, llegaron puntuales. Sonia se fue directo a la habitación de Mariano para esperar a que llegara la hora de la ceremonia. Esa noche, Carlos estaba muy guapo; con cierto orgullo portaba un traje gris, un clavel rojo en el ojal, corbata azul, camisa blanca. Tan pronto vio a Mariano, con un gran esfuerzo, lo saludó afectuosamente. Su intuición de hijo le decía que no era la persona indicada para su madre. Lo mismo pensaba

Carmelita, quien le *seguía la corriente* a don Mariano para no buscarse problemas.

Estaban esperando al abogado que los iba a casar. Mientras tanto, Mariano fue en busca de Sonia. Él no creía que ver a la novia antes de la ceremonia era de mala suerte.

Mariano tocó la puerta e inmediatamente entró. Quedó maravillado cuando la vio en la sala de la alcoba, parada frente al espejo, arreglándose un mechón de pelo. Parecía una bella escultura; Mariano quedó sin aliento. Su negro cabello se notaba lustroso y suave, parecía de seda. Su lindo cuerpo estaba escondido bajo un vestido de encaje, color melocotón. Ella lo miró fijamente, se aproximó para acariciar su rostro con dulzura. Luego se fundieron en un abrazo que duró una eternidad. El futuro esposo esta vez no la besó para no estropear su maquillaje, solo agarró sus muslos, apretándolos, contraminando su cuerpo con el de ella, tratando de no arrugar su vestido. Sonia gimió, su respiración se agitó, Mariano pudo sentir que lo deseaba. Sin embargo, pensó que no era el momento. Ya tendrían suficiente tiempo para retozar en la cama. Era un sueño que muy pronto se volvería realidad.

El abogado se hizo presente así como Javier. Todos los invitados comenzaron a llegar, incluyendo a Luis Cordero, director de la policía. Carlos Mauricio se notaba nervioso porque los novios no aparecían por ningún lado; entonces sintió la necesidad de ir a buscarlos. Se dirigió a la habitación de Mariano. Tocó a la puerta, con voz queda los llamó, para decirles que todos estaban en el salón esperándolos.

Mariano dio un respingo, luego se alistó para salir de la habitación junto a Sonia. Dejó su celular sobre la mesa de noche, no quería que le interrumpiera mientras duraba la ceremonia. Caminaron por el pasillo hacia el salón cogidos de la mano, con una sonrisa de felicidad. Estaban listos para casarse.

Carlos, en el umbral de la puerta, vio que uno de los botones de su camisa estaba por desprenderse de la tela. Entró a la habitación, se paró frente al largo espejo de la alcoba para remediar el problema. De pronto el celular de Mariano comenzó a sonar, con insistencia. Carlos, molesto, lo agarró a fin de apagarlo. Cuando lo tuvo entre sus manos, vio un mensaje que decía:

Estimado patroncito, le deseamos un matrimonio feliz con la señora Sonia, a ver cuando se “deja caer” por Tepito, nuestro barrio bravo. Acuérdense de que aquí también lo queremos. Sus amigos de siempre, La Calaca, El Araña, y El Escorpión

Carlos soltó el teléfono como si se tratara de una brasa encendida. Le sonaron los nombres de la *Calaca*, el *Araña* y el *Escorpión*.

—¡Pero por Dios santo!, son los nombres que se decían los secuestradores; no entiendo que tienen que ver con Mariano. Ahora, sí me estoy volviendo loco —masculló.

Su cabeza daba vuelta, pero tenía que regresar. Mariano en ese momento llegaba a buscarlo. Se encontraron en el pasillo; el novio, se notaba preocupado, pensando que algo le sucedía. Entonces, Carlos le dijo que solo arreglaba el botón de su camisa. Tratando de disimular su asombro, secaba el sudor de su frente, parecía fatigado. Mariano sin cuestionar su extraño comportamiento le pidió que se calmara. A manera de broma —le expresó— que su madre no iba al patíbulo.

Los dos caminaron hacia el salón. Carlos luchaba por reponerse. Estaba con náuseas. Para él, estaba claro que Mariano tenía algo que ver con aquellos tipos. Pero no quería acusarlo antes de tener pruebas contundentes. Mientras duró la ceremonia no dejó de angustiarse. Su saliva se volvió espesa, le costaba tragar. Su ritmo cardíaco aumentó cuando vio que Mariano ponía en el fino dedo de Sonia la sortija de matrimonio. Quería abalanzarse sobre él, darle de puñetazos y tal vez matarlo. Pero se controló. Tendría que pensar con cabeza fría lo que iba a hacer para averiguar la relación de Mariano con aquella basura de gente.

Luego de una hora todo terminó; el abogado los felicitó con un fuerte abrazo; a manera de broma, le dijo: —“ahora, sí puedes besar a la novia”. Los invitados aplaudieron entre risas. La música comenzó, Sonia caminó al centro de la pista para bailar con su esposo. Antes de que comenzaran a bailar, Carlos se acercó a su madre, la abrazó con tanta fuerza, que la dejó sin aire; solo él sabía que ese abrazo significaba angustia, tristeza, desolación, impotencia. Él se estremeció al ver a su mamá a merced de un criminal. Sonia

notó que una lágrima rodaba por su mejilla y un poco preocupada le preguntó si estaba bien. Carlos le confesó que era el hijo más feliz del mundo, que la emoción de verla tan feliz, lo embargó y por eso lloraba; Sonia lo besó con ternura, le quitó la lágrima con la punta de su dedo.

Antes de que terminara la celebración, el joven, salió de la casa de los Ordáz en medio de una tremenda confusión. Mientras se dirigía a su casa pensaba en todo lo que había sufrido durante su cautiverio. ¿Cómo podía ser que el esposo de su madre fuera el capo de los secuestradores? Nada le hacía sentido. Recordaba los días de incertidumbre, el lugar en el que estuvo confinado. Se pellizcó para confirmar que aquello no era una pesadilla. Cuando entró a su casa fue directo al baño a vomitar. Se sintió débil; entonces pensó que un tequila lo reanimaría. Fue al bar y se lo tomó de un solo trago. Luego se dirigió al dormitorio; estaba agotado. Seguidamente, se metió en su cama lleno de interrogantes. Quiso dormir para olvidar pero no *pegó el ojo* en toda la noche.

La fiesta duró hasta la madrugada animada por los mariachis y el tequila. Cuando todos salieron, los esposos se fueron a dormir tenían que descansar, saldrían al día siguiente a Cancún para disfrutar de su luna de miel. Mariano quiso sorprender a Sonia con una nueva casa frente a la playa; era su regalo de boda. Estaba deseoso por hacerle el amor. Había sido complicado tener una relación previa con ella debido a que era una mujer demasiado chapada a la antigua. Entraron a la habitación, no tenían ni cinco minutos de estar allí, cuando uno de los criados, tocó la puerta con insistencia.

—¡No puede ser!, estos *cabrones* no nos dejan disfrutar de nuestra primera noche —pensó.

—¡Señor Mariano, abra por favor, es una emergencia, algo terrible ha pasado!

—¡Qué *rayos* quieres!

—Señor, le suplico que me abra, tengo algo que contarle.

Mariano llegó a la puerta, con expresión turbada.

—Qué *putas*, te pasa —le preguntó al criado.

—Don Mariano, ha sucedido un espantoso accidente.

—Qué ha pasado, ¡habla de una vez!

—Don Luis está flotando en la piscina, se ahogó. Hay una mujer allí con él que también está muerta.

Mariano, al escuchar esto, salió veloz para corroborar el hecho. Bajó la escalera con tanta rapidez que casi se accidenta al tropezar con uno de los escalones. Llegó a la piscina, el cuerpo de Luis junto al de una joven mujer, flotaba sin vida.

Se quedó con la boca abierta; ahora entendía el porqué había desaparecido de repente. Sospechó que habían tomado licor mezclado con drogas; Luis era un adicto a la cocaína. Tuvieron que haberse caído a la piscina accidentalmente—especuló.

Llamó a los policías que lo escoltaban. Estos se encontraban afuera de la casa, esperando a que su jefe saliera de la fiesta para custodiarlo. Ahora llegarían a recoger su cadáver.

Los escoltas se aproximaron, estaban nerviosos, confundidos. Uno de ellos se metió a sacar los cuerpos. Se escucharon sirenas, la ambulancia se acercaba a toda velocidad. Al aparcarse, de ella salieron corriendo los paramédicos, quienes lucharon por revivirlos, pero ya era tarde. Luego, los policías acordonaron el lugar del supuesto accidente. Con la luz del alba, se llevaron los cadáveres a la morgue para practicar las autopsias.

Sonia también salió de la habitación corriendo detrás de su marido y se encontraba junto a él; estaba pálida, inexpresiva, inmóvil, debido a la espantosa tragedia. Quiso llamar a Carlos para contarle lo sucedido pero no contestó el teléfono. Mariano fue acompañando a los muertos; se encargaría de ocultar toda la verdad a los medios debido al cargo tan importante que tenía Luis, y más que todo por su cercanía con él.

Dos días después, los periódicos anunciaban que Luis había muerto debido a un ataque cardíaco mientras se encontraba en la boda de unos de sus mejores amigos. Javier al leer esto le dio risa. Él se había enterado de que Luis y su compañera habían muerto intoxicados por el cocktail de drogas que tomaron esa noche.

Pasado un tiempo, Mariano se subió a su *learjet*, rumbo a Cancún; pensativo, preocupado. — Ya no tengo un socio poderoso, que me proteja. Estoy vulnerable —se lamentó.

Carlos Mauricio, se debanava los sesos pensando de que manera averiguar acerca de la relación de aquellos hombres con Mariano. Sabía en donde quedaba Tepito, pero si iba a buscarlos de seguro lo matarían. No podía dejarse ver por allí. —Tal vez algún amigo me ayude a esclarecer esto,— pensó. No contaba con Javier porque era el íntimo amigo de Mariano. Tenía que ser alguien que no estuviera relacionado con la familia. De pronto, se le ocurrió hablar con su amigo del gimnasio, Miguel, el “musculoso”, como le decían las muchachas compañeras, en son de broma. Carlos tenía mucho tiempo de conocerlo, el hombre era una buena persona. Muchas veces se sentaban juntos en la cafetería de la palestra a tomar batidos de frutas y conversaban de todo. La última vez que estuvieron hablando, Carlos le expresó a Miguel que estaba preocupado por que Mariano cortejaba a su madre. Le había dicho que no confiaba en él, puesto que Mariano tenía una personalidad que no lograba describir. Miguel le aconsejó que lo investigara. Le habló de un detective privado que él conocía. Pero Carlos le comentó que era difícil investigarlo ya que tenía muchos escoltas. Lo pillarían de inmediato, y que explicación le iba a dar a su madre, y por último a Mariano, si eso sucedía.

Pero las dudas lo carcomían, así es que un día se fue a buscar a Miguel para que le diera el número telefónico del detective. Llegó al gimnasio, aparcó el coche, sin dejar de voltear a ver a todos lados. El lugar estaba medio vacío, ya eran casi las nueve de la noche. Al entrar vio a una que otra chica viéndose en el espejo, tratando de constatar el progreso de su esfuerzo. Otras platicaban con un muchacho que parecía un adonis. Al fondo del lugar, vio a Miguel, “el musculoso”. Este, al ver a Carlos, lo saludó con efusividad. Se aproximó a él para preguntarle que se le ofrecía.

—Oye *cuate*, sabes que finalmente he decidido seguirle los pasos a esa rata del esposo de mamá. Necesito que me des los datos de tu amigo, el detective.

— ¿Por qué, me pides ese favor, ahora? —le dijo sorprendido.

Carlos Mauricio, sin andar con rodeos le contestó:

—Mira, ya sé quienes me secuestraron. Quiero contratar a tu amigo, el detective. Necesito que investigue a esa gentuza.

—Pero, ¿cómo lo sabes?, ¿cómo te has enterado de eso? —le preguntó

boquiabierto.

–No me hagas preguntas, cuando sea el momento lo sabrás. Por ahora, necesito contratar a ese tipo que tú dices que es bueno.

–Se llama Ricardo López, es mi vecino. Le hablaré de tí esta noche y le contaré que tú lo vas a llamar. Su teléfono es: 04455....

–Gracias *carnal*, eres un verdadero *cuate*.

Miguel quería que lo acompañara a beber un batido de frutas pero Carlos no tenía ánimo para seguir charlando. Sería otro día, quizá para celebrar la captura de esas alimañas. El joven se despidió con un fuerte abrazo y se dirigió al estacionamiento. Cuando caminaba hasta su carro se estremeció cuando recordó que, justo en ese lugar, lo privaron de su libertad. Abrió la puerta de su coche con mano temblorosa. Sabía que tenía que ser fuerte, estaba lidiando con el mismo demonio: con Mariano Ordáz.

–/–

Después de dos semanas, Sonia desde Cancún llamó a su hijo para decirle que era una mujer con suerte. Le preguntó que si tenía algo nuevo que contarle. Carlos, recostado en su cama, le mintió diciéndole que todo marchaba bien. Que era muy feliz por ella y los esperaba a su regreso con los brazos abiertos.

Aquella mujer, que creyó que solo podría amar a *Ray*, ahora estaba perdidamente enamorada de Mariano. Cuando Carlos escuchó la voz de su padrastro saludándolo en la distancia, su corazón dejó de latir por un instante, sintió rabia, una ira difícil de controlar. Pero él no era un asesino, iba a hacer las cosas de diferente manera. Lucharía por meterlos a la cárcel, aunque le costara la vida. En ese instante pensó en su padre, estaba seguro de que Mariano tenía que ver con su muerte. Era un depravado, un hombre que se iría directo al infierno, o quizá era el mismo satanás. Trató de calmarse pero todos aquellos pensamientos lo mortificaban. –No estaré en paz, hasta no ver detrás de las rejas a ese desgraciado –se prometió. Luego se persignó, rezó por el alma de su padre y le prometió venganza. Un aire gélido entró en su habitación seguido de una delicada fragancia floral. Era una clara señal de que su padre lo había escuchado. Después de unos minutos quedó rendido, sumergido en un profundo letargo.

Sonia y Mariano se bajaron del *learjet*, con caras de felicidad. Raúl los

esperaba para llevarlos de regreso a su casa, en donde Carlos estaba. El joven, tenía que mostrar tranquilidad para no despertar sospecha en Mariano. Odiaba a ese hombre con todas sus entrañas. Él era el culpable de esos días de espantosa incertidumbre cuando pensó que sus secuaces lo matarían sin piedad. Pero confiaba en que todo iba a salir bien si sabía jugar sus cartas. Ya tenía un “As” bajo su manga: el nombre de los secuestradores y el barrio en el que vivían.

Carlos salió presuroso al encuentro de su madre, Sonia se abalanzó sobre su hijo llenándolo de caricias y besos, él hizo lo mismo. Cuando se sentaron en la sala Sonia le contó acerca de su viaje, de lo bella que era la casa que Mariano les había regalado. Carlos guardaba silencio. Acto seguido, su madre le pidió que se trasladara a vivir con ellos, quería tenerlo cerca, lo mismo a Carmelita. Mariano solo arqueó las cejas, pero por Sonia haría cualquier cosa. Ella era la que mandaba ahora y no las voces que solía escuchar.

El muchacho aceptó de inmediato. A él le convenía estar cerca del enemigo; así lo podía vigilar mejor.

—/—

Carlos quería tener a los maleantes en sus manos. Puso una sonrisa de triunfo cuando se acordó de que Luis estaba bajo tierra, que nadie en ese momento podía proteger a ese hombre. Sin Luis a su lado, tenía la batalla perdida. Mariano era un engendro del infierno, una rata —pensó. En ese momento decidió reunirse con Ricardo López. Era urgente llamarlo lo antes posible.

El detective resultó ser un hombre de piel morena, ojos achinados, nariz ancha, cabello rizado, bajo de estatura, con una expresión que inspiraba confianza. Parecía conocer bien su trabajo, le contó algunas historias acerca de sus investigaciones. Le relató las pesquizas hechas a mujeres infieles que pilló *infranganti*. Le expresaba que casi siempre, aquellas averiguaciones terminaban en tragedia —a veces me siento culpable —le expresaba. Carlos le comentó que solo quería ver a esos maleantes detrás de las rejas. Que no pretendía más que eso. —Soy una persona decente, lo único que pretendo es salvar a mi madre de las garras de ese monstruo de marido que tiene —le confesó Carlos.

Cuando pactaron los honorarios, Ricardo se retiró a su casa, tranquilo, confiando en llevar a cabo con éxito su investigación. No era un hombre miedoso. Se sabía mover con cautela, conocía bien su trabajo. Con su seductora personalidad, podía convencer a cualquiera para que le diera la información que necesitaba.

Decidió que lo mejor era trasladarse al barrio de Tepito. Juntarse con todo tipo de personas, asistir a los *antros*, para ver si allí, alguien le *soltaba la sopa*. La verdad saldría a flote tarde o temprano.

—/—

Eran casi la cinco de la tarde, los comerciantes, todavía estaban en su puestos, lucían cansados, la gente aún se aglomeraba frente a los *tianguis*. A esa hora los *antros* dormían, muy pronto abrirían sus puertas para que, los que buscaban diversión, se enfrascaran a vivir “la vida loca”.

Por el periódico Ricardo, se enteró de una pensión en donde alquilaban habitaciones. Caminaba por la calle buscándola; a pesar de que era mexicano, no conocía bien Tepito, era un barrio bastante grande, además de peligroso. Veía a todos lados, los nombres de las calles, la señales, pero había muchos callejones que lo confundían, mucha gente caminando, miles de negocios, se sentía apabullado entre esa aglomeración de personas. Cuando de repente apareció un muchachito que parecía ser del lugar, su carita estaba mugrosa, su ropa desgastada, así como sus zapatos.

—*Jefecito*, ¿qué busca usted? Yo le ayudo por unos cuantos pesitos —le dijo con expresión perdida.

—Bueno, está bien chamaco. Estoy buscando la calle de Jesús Carranza, No. 6. Me dijeron que allí hay una taquería, o algo así.

—Sígame, está a la vuelta —le espetó el muchachito.

El niño caminó rápido y Ricardo lo siguió. A unos pocos metros, metido en un estrecho callejón se encontraba el lugar. Un rótulo decía: “*Taquería Lupe*”. *Se alquilan cuartos. No se permiten escándalos.*

Aquí es —le dijo el niño. Ricardo, estaba contento de haber encontrado el lugar, cuando caminaba pasó frente a un *antro*, llamado *Tepito de Noche*. Le quedaba como anillo al dedo, pensaba ir esa noche a fin de averiguar acerca de los “insectos” y de la “muerte”, es decir, de la *Calaca*, el *Araña* y el

Escorpión.

El muchachito recibió sus pesitos y desapareció. Ricardo entró y fue recibido por un hombre gordo, bigotudo, con un sombrero vaquero. Tan pronto lo vio, se sobó el bigotón y le preguntó si era él quien llamó para rentar un cuarto. Ricardo asintió con la cabeza. El hombre le pidió una semana por adelantado. El detective estuvo de acuerdo. Creía que le bastaría solo una semana para conocer a los “insectos “ y a la *Calaca*. Una vez pagó, el gordo le mostró la habitación. Esta daba a la calle, la ventana no se podía abrir, la cortina estaba a punto de caerse de la galería. Era un lugar deprimente, pero era todo lo que necesitaba. Después de terminar el “trabajito”, tomaría unas vacaciones a la Riviera Maya, iría a un hotel de lujo para desquitarse y agrandar a su exigente mujer. Debía de tener mucho cuidado, se trataba de un hombre peligroso e importante en México, nada menos que de don Mariano Ordáz. No podía creer que debajo de esa imagen tan pulcra se escondía lo podrido. Un lobo vestido con piel de oveja. –¡Dios mio, uno no sabe con quién habla! Esos compinches del señor Ordáz son gente peligrosa, no pensarán dos veces en asesinarme, primero me van a torturar para sacarme la verdad, luego me darán el tiro de gracias –especuló. De pronto se llenó de pánico, pero la paga era buena. Tenía muchos compromisos de dinero, el primero con su madre, quien estaba enferma, el costo de mantenerla viva era alto. En segundo lugar, tenía una mujer que le exigía dinero a manos llenas. Lo que le pagarían le alcanzaría para poder hacerle frente a esos problemas.

Desempacó lo poco que llevaba, guardó sus cosas en una cómoda de madera, el baño daba asco, pero no tenía otra mejor opción. Se quedó pensativo; viéndolo el revólver que llevaba, lo acarició y le pidió que no le fuera a fallar. Después de organizarse, Ricardo esperó a que oscureciera, que el reloj marcara las diez de la noche para ir directo a *Tepito de Noche*. Esperaba tener suerte.

Salió bien acicalado, perfumado, aunque vestido modestamente; no quería impresionar a nadie o llamar mucho la atención. Al entrar vio que el lugar era bastante agradable; esa noche había poca gente. Observó a un grupo de chicas sentadas en la barra, todas eran muy bonitas. Una de ellas se acercó, para preguntarle que si buscaba algo de acción, ella era la indicada. Él,

amablemente la invitó a que se sentara en su mesa. Era lo que buscaba, exactamente eso, hacer amistad con todo el mundo. La invitada especial de Ricardo era Marta, la que denunció a Cristina ante Lety. Esa noche estaba muy provocativa, falda corta, medias *fishnet*, una blusa que mostraba la mitad de sus redondos senos. Ricardo se sintió tentado ante la belleza de aquella prostituta. –Si la pusieran con ropa decente, se vería perfecta –dedujo.

–Y qué te trae por Tepito, nunca te he visto por aquí –le expresó con ojos vivarachos y risa pícaro.

–Estoy tratando de hacer un negocio, me dijeron que este era el lugar perfecto.

–*Pos* sí, pero, todo depende de lo que quieras hacer.

–Mira, no es nada complicado, busco un socio para importar algunas mercaderías desde Guatemala.

–Ahhh...ya entiendo. Ahora sí estamos en la misma sintonía; yo conozco algunos *cuates*, que te pueden ayudar. Pero, primero tienen que tenerte confianza, tienes que conocerlos.

–Y de quiénes hablamos –le preguntó Ricardo, aparentando ser un duro.

–*Pos*, no es que te pueda *soltar toda la sopa* de una sola vez. Primero tengo que estar segura de ti. *Tantito* nos conozcamos mejor. ¿No te parece?

–Sí tienes razón, de todas maneras, yo regreso en una semana a Morelos, por el momento, divirtámonos, me agradas Marta, eres una muchacha muy linda. Apuesto que tienes muchos admiradores.

–Sí, pero el hombre que quería se fue lejos, me rompió el corazón. Ni quiero acordarme, fue por una *perra* que se le metió entre los pantalones. Pero eso ya pertenece al pasado.

Marta metió sus dedos entre su cabello, sus largas uñas pintadas de color rojo, sobresalían. Ricardo pidió una botella del mejor tequila, tenía que quedar bien con ella para que poco a poco le fuera contando cosas.

Después de un par de horas el *antro* comenzó a llenarse de toda clase de gente. Un hombre alto, con mirada penetrante, se acercó a la mesa de ellos. Cuando Marta lo vio se puso nerviosa, pero trató de disimular su estado ansioso.

–*Órale*, te la vas a pasar toda la noche platicando aquí con este *güey*,

invítalo al goce –le dijo con sonrisa de lado.

–Si ya vamos, pero es que el señor no tiene prisa, primero quiere *echarse* unos tequilitas. ¿Lo puedes entender? Perdona mi mala educación –dijo–. Te presento al señor Ricardo López. El viene desde Morelos, está encantado con el lugar. Te lo digo, para qué no estés *chingando* tanto.

–Órale, espero que disfrute su estancia en el D.F. señor López. –le espetó un poco apenado.

–Soy Emiliano Contreras, *chilango*, a mucha honra. Sea bienvenido.

–Vaya, ahora sí te comportas con educación –le dijo Marta.

–*Calladita te ves más bonita*, Marta. Ya deja de decir tanta *pendejada*. – Luego, viéndola de reojo se retiró.

–Y este *güey* ¿por qué te habla así? – le preguntó Ricardo.

–*Pos la Calaca* es mi jefe aquí en el *antro*. Nos vigila *pa'que* trabajemos bien. Ese es su apodo, ¿no le ves la cara de calavera, toda huesuda? Además que *chinga* hasta su madre. Es un hijo de puta.

Ricardo, sintió que el corazón se le detuvo por un momento. Un frío recorrió todo su espinazo. Se quedó mudo y sin poder respirar. Pero trató de recuperar su aliento de inmediato.

–Ahh..ya veo. Pero, por ahora olvidemos a ese tipo, seré el primero en decirle que tú eres eficiente y buena para todo. Vamos *chiquita*, ahora demuéstrame que de verdad lo haces bien. Marta lo llevó a su habitación, tenía su nombre grabado en una placa en forma de corazón sobre la puerta.

Ricardo tenía que ir a la cama con la prostituta, no le quedaba alternativa. Pensó que era el lugar perfecto para sacarle información sobre la *Calaca*. Nunca imaginó encontrarlo tan rápido. Había entrado de casualidad en el lugar indicado. Pero faltaban los otros “insectos”.

Marta se desvistió sin perder tiempo, estaba tan harta, que ya lo hacía mecánicamente. Se acostó en la cama, esperando a que Ricardo hiciera lo mismo, quería terminar su trabajo lo antes posible. El detective no quería tener sexo, le dijo que era impotente, que su compañía era suficiente. Aun así, Marta insistió pero al ver que su miembro no reaccionaba, supo que tenía un grave problema.

–No te procupes –le dijo,– que algunos clientes solo vienen aquí para

hablar.

–Disculpa Marta, no puedo tener sexo, pero gozo de tu compañía, eres muy simpática, me fascina estar contigo. Luego le dio un beso con ternura. Marta se sintió llena de cariño y agradeció esa expresión de amor que los demás no le daban. Eso alivió por un momento su tristeza, reparó su alma destrozada.

Esa noche no hablaron más que de su miserable vida. De cómo llegó a Tepito, engañada. Sus ojos se llenaron de agua. Ricardo se estremeció al escuchar su espantosa historia. Se quejó con él de que la *Calaca* tenía su pasaporte escondido y la amenazaba constantemente con matarle a su familia si ella escapaba.

–Estoy condenada en este lugar, parece que Dios no escucha mis oraciones, me encuentro en un infierno –le dijo llena de desesperación.

Ricardo la abrazó le prometió que él estaba allí para ayudarla, que confiara en él. La dejó que se desahogara, no quería hacerle muchas preguntas, para no despertar sospecha, habría suficiente tiempo. Después de un par de horas, salieron de la habitación, de regreso al *antro*. Ricardo la convidó a unos tacos. Marta se sentía agradecida con aquel forastero que apareció en su vida de repente, como si fuera un ángel caído del cielo. Un hombre que respetaba y comprendía sus sentimientos.

De Mariano aún no hablaba con Ricardo. Habían pasado muchos años desde el día en que se fue de Tepito. Marta supo, a través de los medios, que era un hombre importante. Si Mariano supiera que había sido por su “lengua” que Lety murió la hubiera asesinado. Creo que no le convenía tener ningún contacto con él.

—/—

Los días iban pasando veloces, Ricardo aún no conocía a los otros hombres. No obstante, tenía que comunicarse con Carlos Mauricio para contarle los adelantos de la búsqueda. Si estaba cobrando caro, tenía que ser eficiente.

El detective se hizo cliente asiduo del *antro*, todas las noches llegaba a buscar a Marta a *El Tepito de Noche*. La *Calaca*, lo miraba con recelo, se preguntaba el porqué este hombre que nadie conocía se interesaba tanto por una puta. Marta por su lado estaba feliz de tener de cliente a Ricardo; no la

molestaba en nada, no le exigía hacer nada raro. Era casi un psiquiatra para ella. Por su parte, Ricardo le contaba acerca de la enfermedad de su madre, de la exigente mujer que tenía, quien lo trataba como a un perro. Los dos se consolaban. Pero el motivo de visitar a Marta no era otro que averiguar acerca de los secuestradores.

Estaban saliendo de la habitación cuando se cruzaron con otro hombre; Marta al verlo lo saludo con frialdad. Aquel individuo era alto, extremadamente delgado, con brazos largos, flacos y lánguidos. Ricardo le preguntó a Marta que quién era ese tipo. Ella sin titubear le contó que ese hijo de su *chingada madre* era el *Araña*. Uno más se sumó a la lista de Ricardo. Faltaba el *Escorpión*. Todas las ratas eran del mismo piñal, por lo tanto, abrigó la esperanza de encontrarlo en el mismo lugar. Solo era cuestión de tiempo.

—/—

En su casa Mariano gozaba de una vida matrimonial tal y como la había soñado, estaba dispuesto a ser un buen esposo, respetuoso de la palabra de Dios. Sonia le daba seguridad, sus demonios no lo molestaban más, excepto en algunas ocasiones, cuando viejos recuerdos visitaban su mente. Esa noche no era una de las mejores. Mientras se encontraba en el baño tomando una ducha, las voces lo comenzaron a mortificar repitiéndole una y otra vez que las mujeres eran todas unas “putas”, le exigían con enojo, que saliera del mundo de fantasía en el que vivía.—Debes imponer justicia —le reclamaban:

— ¿Ya se te olvidó que eres Abadón, el ángel vengador del Señor? ¿Qué en este mundo solo hay putrefacción? ¿Se te borraron de la mente las prostitutas Xiomara y Lupe, los pedófilos de Juan Pedro, Antonio, así como la muerte de tu amada Lety, y qué hay de la lujuriosa de Cristina? Si crees en el amor, no eres más que un iluso, el amor no existe, solo el sexo, lujuria, hambre de la carne. Creo que deberías ir a confesarte. Ahh.. no se te olvide contarle al cura, que cometiste el pecado de privar de su libertad a un buen muchacho, a Carlos Mauricio. Le has mentado a su madre. Ella cree que eres un ángel del cielo —se reían—. Pero solo eres un demonio, un ángel del averno, un carroñero. Estás lleno de heces, Mariano. Además, eres un vicioso, un adicto al sexo, un desquiciado mental —terminarón diciéndole, a gritos.

Cuando las voces desaparecieron se sintió angustiado, su mirada se nubló,

seguidamente recibió una poderosa descarga de pánico, su cuerpo temblaba. En ese momento entró Sonia. Al verlo tan pálido le preguntó si estaba enfermo. Mariano no supo que decir, solo la abrazó y le rogó que lo salvara de las llamas del infierno. Entre sollozos oraba:

–“Padre, no nos juzgues, libranos del valle de lágrimas, del sufrimiento eterno”.

Sonia lo miró asustada, le palpó la frente, aquel calor casi le quemaba su mano, estaba hirviendo, su rostro pétreo era como el de una máscara de mármol.

–Deliras mi amor, no sabes lo que dices. Voy a llamar al médico. Tu ojo tiembla exageradamente, nunca te había visto así –le dijo aterrada.

–/–

Carlos se encontraba en casa cuando sonó su teléfono, era Ricardo.

–Tengo buenas noticias amigo, le dijo. He localizado a dos de los secuestradores. El *Araña*, le hace honor a su apodo. Ese hombre tiene los brazos tan delgados, largos y velludos, que parecen las patas de ese insecto. El otro, tiene la muerte dibujada en su rostro, pomulos salientes, cara huesuda, igual que el de una calavera. Su mirada es gélida, como dicen que es la de la Parca, o la *Calaca*. Solo me falta un insecto: el *Escorpión*. Creo que muy pronto lo voy a localizar. Viven en el mismo lodazal. Así es que, no te preocupes, que tarde o temprano, aparecerá.

–Ten cuidado de no ser descubierto, te sacarían información acerca de mí, vendrían a matarme, esos desgraciados –exclamó preocupado.

–No te estreses que una prostituta del burdel es quien me cuenta todo lo que allí sucede. Aún no ha mencionado a Mariano, pero poco a poco va a desembuchar. Si el tipo tiene nexos con los “insectos” y “la muerte” (la *Calaca*), lo debe de conocer. Tal vez no dice nada por temor. Esos son engendros del demonio, no son humanos. Pero no te angusties, que esas “bestias” van a caer y podremos liberar a esas pobres mujeres de ese lugar tan asqueroso. Después de todas las historias tan terribles que me ha contado Marta quiero ayudarlas. Las voy a salvar de las garras de esos animales, te lo juro por mi *jefecita*. Pero, primero hay que atrapar a esos maleantes, ellos *soltaran la sopa* en la delgación.

–Pero... ¿tendrán el valor de denunciar a Mariano? –le preguntó Carlos.

–Cuando las ratas se ven en peligro son las primeras en abandonar el barco. Si les dan algo bueno a cambio van a tener que *cantar*. Mariano ya no tiene quien lo defienda; Luis, el director de la policía, está muerto, se encuentra vulnerable.

–Así lo esperaría –le dijo dudoso.

–Bueno, déjame terminar de hacer mi trabajo. Te estaré informando – terminó diciendo, Ricardo.

Carlos colgó con una sonrisa de oreja a oreja; ya estaba cerca. Pero no podía confiarse; Mariano, era extremadamente inteligente, sagaz, con olfato de carroñero.

–/–

Ricardo, se había despertado tarde esa mañana; por la noche volvería a ver a Marta. Cuando llegó al *antro*, Marta no estaba. La idea de que le hubiera pasado algo lo llenó de miedo. Era su principal informante; además, la quería ayudar. Preguntó por ella a una de las chicas, que se encontraba sentada en la barra:

–Oye, cariño. ¿En dónde se ha metido Marta? No me contesta el celular y aquí no está. Ella siempre me espera.

–*Pos* mira, no la he visto. Pero, por allí dicen que se fue de viaje. No lo sé. Eso fue lo que la *Calaca* me dijo.

Ricardo, después de escuchar esto, no quiso seguir preguntando por la chica. Le pareció raro de que no le hubiera contado que iba de viaje. Además, él no creía en esa mentira, con qué dinero lo haría. Su instinto le advirtió que algo siniestro había acontecido. Ricardo con el paso de los días, se dio cuenta de que Marta nunca volvió de viaje, entonces sospechó que estaba muerta.

No obstante, debía seguir con su plan. Ese día tenía planeado ir a la Basílica de Guadalupe, desde allí llamaría a Carlos para contarle con más detalle acerca de los dos tipos que finalmente conoció. Estaba feliz con lo que había logrado, excepto por Marta. Ahora tendría que arreglarselas como pudiera.

–/–

Esa noche, Mariano y Sonia cenaron con Carlos. Tenía que tener fuerza,

actuar con naturalidad, le demostraría afecto para no despertar sospecha, para que se confiara.

Carlos bajó de su habitación. Mariano le dio un espontáneo abrazo que parecía sincero. Sonia estaba esplendorosa, rebalsaba de felicidad, el amor le sentaba bien. Para Mariano ella era tan necesaria como el aire que respiraba. La veneraba e idolatraba. En completa camaradería tomaron un aperitivo en la terraza, frente a los grandes y elaborados jardines de la mansión Ordáz.

Todo parece perfecto, pensaba Carlos; si mamá supiera la verdad acerca de mi secuestro, estoy seguro de que le daría otro ataque cardíaco, podría morir. Pero no puedo parar la investigación, hay que desenmascarar a este inhumano. La trataré de proteger hasta donde sea posible.

Pasaron a la mesa, Sonia sonreía, contenta todo el tiempo, como si la sonrisa se le hubiera congelado. A Carlos le costaba creer que Mariano fuera capaz de haberlo secuestrado. En ese instante solo veía en él una expresión de paz, de tranquilidad. Mientras duró la velada Carlos fingió estar complacido. Cuando terminaron de cenar pasaron al estudio a tomar un *cognac*. Mariano agarró de la cintura a su mujer, le dio un beso, contó a los demás, a manera de broma, todo lo que le había costado conquistarla. Y de cómo le había pedido a Dios que lo aceptara.

Haciendo un gran esfuerzo, Carlos trató de reír pero se sintió mal y, con el pretexto de que estaba cansado, dijo que debía retirarse. Carlos pasó otra prueba más, la noche había sido dura para él. Pero el fin estaba próximo; le preocupaba su madre.

Mariano, al día siguiente, se encontraba en su despacho después de una noche romántica con su esposa. Esa mujer lo tenía enamorado. Su lozanía, su apasionamiento, su entrega al matrimonio. Todo en ella le fascinaba. Pensaba, que tenerla a su lado era un regalo de Dios; se justificaba de todo lo que había hecho para conseguirla diciendo: “Dios escribe recto con líneas torcidas”, reconocía en ella a su redentora, la que borraba de un soplido sus pecados. – Si no fuera por ella, seguiría cometiendo estúpideces, no tendría un puerto seguro a donde llegar, para salvarme de la tempestad – pensaba. Mariano defendería aquel amor aunque le costara la vida, por ella haría cualquier locura, su obsesión era perturbadora. Por otro lado, Sonia nunca se sintió tan

amada por un hombre; a su lado estaba satisfecha. Cuando se encontraba cerca de él, todos sus sentidos se exaltaban. *Ray* no ocupaba más sus pensamientos, solo era parte de la historia.

Capítulo 16

La visita

Todo marchaba bien en la vida de Mariano hasta que recibió una visita inesperada... Su secretaria Rosario, llamó por el intercomunicador y le avisó que una señora quería hablar con él. Mariano se sorprendió porque nadie llegaba a su oficina sin pedir una cita previa. No obstante, le gustaban las sorpresas, su morbo se exaltaba.

–Oye Rosario, ¿y cómo se llama la señora misteriosa que me busca? –le preguntó con su característica sonrisa de lado.

–Don Mariano, no quiere decir su nombre. Solo me aseguró que usted iba a estar feliz de verla.

–Está bien, dile que pase. Y traéme un café bien cargado.

Rosario, tocó la puerta, Mariano le dijo, que entrara. La secretaria la escoltó y la misteriosa dama se paró frente a su escritorio. En ese instante firmaba un documento. Cuando Mariano subió la mirada y la vio, se quedó mudo. La observó detenidamente, de pies a cabeza, su parpado comenzó a temblar y con voz entrecortada, dijo : ¿Cris..tina.. eres tú?

Efectivamente, era Cristina. Pero Mariano pensó que se trataba de una aparición. La mujer era de carne y hueso, se veía diferente, no parecía la prostitua de antaño, vestía elegante; traje sastre, tacones negros de charol, cartera de diseñador. Su cabello, lo había teñido de color platino. Cristina era ahora otra mujer.

–Sí, la misma – le contestó, con rostro inexpresivo.

–Pero... creí que nunca volverías. ¿Cómo te has atrevido a venir, después de lo que pasó con Lety? Eres una descarada, además, de una asesina. Te podría matar con mis propias manos. Te estás buscando problemas, Cristina – le advirtió.

–No me amenazas Mariano, ya no me puedes hacer nada. No tienes ni la menor idea de quien soy yo ahora. No te tengo miedo, tengo gente que me protege, están por todos lados, afuera de tu oficina, en la entrada del edificio,

por todas partes hay ojos que vigilan mis pasos para que nada me suceda.

–¿Qué quieres decir? ¿Quién eres...?

–Me extraña, que no lo sepas, tal vez me conoces por otro nombre, en mi trabajo soy Lourdes Carreño. Mejor conocida por la *Lula*.

–¿Tú... eres Lourdes? Sé quien es Lourdes, pero jamás imaginé que se tratara de ti, Tenemos negocios en común, pero... esto es insólito, nunca imaginé que pudieras ser tú.

–Pues, mira que sí, estoy en la cima de mi carrera. Cuando me fui huyendo del *antro*, llegué hasta Ciudad Juárez, cruce a nado, el río Grande. Casi me ahogo, antes de eso, los *polleros* me violaron, me robaron todo el dinero que pude sacar del burdel; por poco me matan, pero sobreviví: *mala hierba nunca muere*, mi amor. Cuando llegué a Los Ángeles, me conecté con un traficante callejero, él me presentó con su distribuidor y comencé a vender drogas. Con el paso del tiempo conocí a uno de los capos más importantes de esa ciudad. Me puse a trabajar duro a la par de él, después me propuso matrimonio. Desgraciadamente a mi esposo lo asesinaron y me tocó asumir la jefatura. Yo siempre me dije que pobre no moriría, que no me iba a conformar con ser puta, y mira hasta donde llegué. Ahora que somos socios te he venido a visitar. Si no me quieres ver por lo de Lety, debo confesarte que fue un accidente, solo me defendí, ella llegó a mi habitación para asesinarme. No me quedó más remedio que matarla. Lety supo que nosotros teníamos relaciones por la *boca floja* de Marta, esa mujer envidiosa. Si aún existe todavía, me las va a pagar. Tendré que darle su merecido. No nos conviene que esté viva mi amor. Ella es una *sapa*, *lengua venenosa*. No sería raro que un día cuente todo acerca de ti, que *destape la olla* y reviva tu negro pasado.

–Cristina, creo que tu explicación es bastante clara, aunque debo de admitir que sufrí mucho por la muerte de Lety. Pero no sabía que ella te quería matar. Lety era muy celosa, capaz de hacer lo que fuera por defender su amor. Pero... como sea, la asesinaste.

–Mariano, ya es tarde para cobrarte viejas deudas, ahora soy intocable. Tengo un ejército que vela por mí. Te matarían antes de que intentaras hacerme algo. Mejor hablemos de ti, te propongo que cenemos juntos esta noche.

–Estoy casado, Cristina. No puedo negar que me pone *caliente* el verte,

puesto que eres irresistible. Me acuerdo de nuestras noches, cuando gemías de placer, pidiéndome más, tus gritos excitados que ahogaba tapando tu boca para que nadie te escuchara. Si hablamos de sexo, no habido mujer igual que tú, ese placer nunca lo he sentido con otra. Pero quiero a mi actual esposa, es una santa. No creo que juntarnos sea buena idea.

–Sabes que seríamos como *Bonnie and Clyde*, dos bandoleros que se aman. Qué romántico, ¿no?

–Está bien, pero te recuerdo que estoy queriendo llevar otro tipo de vida, ¿me entiendes? Quiero retirarme de estos negocios, tener una familia. Ser un verdadero hijo de Dios. La vida no me lo ha permitido, pero al conocer a Sonia...

–No vengas ahora con estúpideces, tú siempre has sido y serás el mismo, no puedes cambiar. Eres un angel–demonio. No sé cómo describirte, eres un enigma, aunque un gran amante, eso no lo puedo negar.

–Cristina, iré a cenar contigo, pero evitaremos ir a la cama. Pongo en riesgo mi matrimonio.

–Yo diría que no pones en riesgo nada. Reviviremos aquellas noches de pasión, no te arrepentirás. Después de eso desapareceré de tu vida sentimental. Solo quiero pasarla bien. No me interesa nada más. Mis ocupaciones no me dan tiempo de ser la “esposita abnegada” como lo es tu mujer, ¿Qué... se llama...?

–Se llama Sonia.

–Bueno, mi amor, nos vemos más tarde en el hotel Hilton, allí te espero, a las ocho de la noche. No faltes. Dile a tu mujercita que tienes una cita de negocios.

–Bueno, nos vemos más tarde Cristina.

Mariano no pudo dejar de ver su trasero, su sensual contoneo al caminar. Cuando cerró la puerta, se encomendó a Dios, y le dijo: –“Perdoname Señor por última vez, Satanás pone las tentaciones frente a mí, pero no va a ganar. Dame voluntad para resistir”.

Mariano llegó a su casa, su mujer lo recibió como era lo usual, con un beso prolongado y un fuerte abrazo. Se consideraba un hombre afortunado. Pero Cristina bailaba en su cabeza, la imaginaba desnuda, contemplaba sus pechos

erguidos, pequeños, redondos. Sus largas piernas abriéndose para él. Entonces fue directo a su habitación, tomo una ducha para enfriar su ardiente cuerpo, se cambió, y le dijo a Sonia que tenía que salir a una cena de negocios. Ella le creyó. Todo lo que Mariano le decía para ella era verdad. Lo adoraba, confiaba en él ciegamente.

Mariano se bajó de su coche deportivo; esta vez no conducía Raúl. Entró al lobby preguntó por la habitación de la señora Carreño, le dijeron que estaba en la suite presidencial. Tomó el elevador, su perfume se sentía escandaloso al encerrarse en el pequeño espacio. Su apariencia era pulcra. No tener a esa mujer entre sus brazos, era imposible. Le haría el amor como un depravado, lo sabía perfectamente. No podía ser fiel ante ese súcubo de demonio. Tocó y ella salió a su encuentro. Parado en el umbral de la puerta, Cristina lo jaló a su lado, le dio un beso humedo, prolongado, sensual. Su respiración entrecortada, lo decía todo, estaba excitada, ansiosa por tenerlo. El acto sexual fue violento, tierno, voluptuoso, deshonesto. El calor de su cuerpo lo envolvía. Esa tersa piel, que no podía dejar de tocar, el sabor de su sexo era único, el mismo que saboreó hace años. Nada era diferente, excepto que Cristina se había convertido en una mujer peligrosamente poderosa.

Todo terminó en una saciedad de sexo, sin promesas, ni futuro para ambos. Lo hicieron y *san se acabo*. No había más de que hablar. Los negocios no eran importantes en ese momento. Eran casi las doce de la noche y como cualquier cuento de hadas, la magia había terminado. Se despidieron, sin decirse más que un frío adiós. Mariano jamás la volvería a ver. Eso pensó...

—/—

Cristina, al día siguiente, tenía una misión que cumplir, llegaría a Tepito a visitar a sus antiguos verdugos. Sin que ellos lo supieran, ahora eran sus colaboradores en la venta de drogas al menudeo. Para ella, los hombres no eran nadie, solo unos pobres narcotraficantes, que sobrevivían de las migajas que les tiraba y que ellos como perros se disputaban.

Tepito bullía de personas que caminaban, de comerciantes que vendían de todo, hasta lo inimaginable. La imagen de la *Santa Muerte*, colocada a la entrada del barrio, la recibió con su característico rostro calavérico y pintarrajeado. Cristina se abrió paso en medio de aquella marabunta sin

vacilación, caminó directo al *antro*. Se paró en la puerta, luego entró, viendo para todos lados. El *Araña*, fue a la primera persona que encontró. Estaba sentado tomando una cerveza, sin prisa y con deleite. Cuando la vio puso cara de sorpresa, no podía creer que fuera ella, la prostituta que un día huyó. Luego dedujo que su presencia era algo más que una simple visita.

–¡Cristina! pero... ¿estoy viendo bien?, ¿o, es que ya estás muerta y te estás apareciendo? –le dijo con tono burlón.

–No idiota, no estoy muerta, soy la misma Cristina, bueno; no exactamente la misma, imbécil.

–Oye... a mí no me hables así, *puta*.

En ese momento, el *Araña*, vio a cinco hombres que entraron para protegerla. Sin duda, eran sus *guaruras*. El *Araña* supuso que aquella mujer que un día se escapó del burdel no era la misma. La miró estupefacto, sin poder articular palabra. Luego la invitó a sentarse de manera cortés. Cristina le contó toda su historia, lo que tuvo que sufrir. Que la suerte le sonrió al haberse encontrado a un narcotraficante importante en Los Ángeles; que fue quien la sacó de su miseria y le enseñó el negocio. Continuó diciéndole, que a su esposo lo asesinaron bandas rivales; le comentó que después de su muerte ella heredó toda su fortuna y el negocio. Cristina era un capo importante en ese momento. Nadie la volvería humillar, ni esos que un día la maltarataron. Ahora era “doña” Lourdes Carreño, su nueva identidad.

Sentada estaba Cristina conversando con el *Araña*, cuando entraron los otros dos verdugos, la *Calaca* y el *Escorpión*. Al verla se acercaron cautelosos; notaron que su forma de vestir era diferente, lucía como una señora de la alta sociedad. Inmediatamente advirtieron que varios escoltas, la acompañaban.

–Y, a esta... ¿qué *chingados* le pasó? –se preguntó la *Calaca*; el principal torturador de Cristina, el que la violaba cuando se le antojaba, el que le pegaba con el *Toñito* (garrote) hasta hacerla vomitar de dolor.

–Mira, *Calaca*, nuestra amiga Cristina ha regresado triunfante. Es toda una dama, ¿No te parece irreal?, *ayy manito*, sí que cambian las cosas. Ahora es nuestra *jefecita* –comentó el *Araña*.

–Hola *perra* –le dijo la *Calaca*.

Tan pronto los escoltas escucharon el insulto, le agarraron de su delgada nuca queriéndolo estrangular. Ella les ordenó que lo soltaran. La *Calaca* inmediatamente ofreció disculpas, su voz le salió como un silbido, ya que apenas podía respirar. Sí ella no les hubiera dado la orden, lo hubieran matado sin pensarlo dos veces.

–Mira *güey*, vas a respetar a nuestra jefecita. Me oiste, puto –le advirtió uno de los escoltas.

–Disculpa, Cristina –le dijo, esta vez con voz despejada.

–Para ti *doña Lourdes, perro*. No me tutees, que no somos iguales –le ordenó.

–Disculpe, *doña Lourdes*. Veo que ahora se encuentra en la cima. La felicito, nosotros trabajamos con su cártel, tratamos de hacer lo mejor. Imagino que ya lo sabía.

–No me metó en minucias; aunque sé que son parte de mi organización. Pero no he venido a eso. Quiero entrevistarme con Marta. Supe por mis medios, que fue ella la que me metió en el lío con Lety.

–Pero, mi querida *doña Lourdes*, eso ya pasó hace algunos añitos. *Pa'qué* quiere seguir removiendo la mierda.

–Eso no te importa, me las debe y ya –concluyó, enojada.

–¿Ella?.. Bueno, la muy habladora quería escapar, se fue huyendo, la logramos alcanzar y le metimos un tiro en la cabeza. ¿Eso le resuelve su problema, *doña Lourdes*?

–Claro que sí, eso lo resuelve todo. Ya no tendré que dar la orden de que maten a esa *perra* chismosa.

–Y para qué más somos buenos, *doña Cristina*, digo.., *doña Lourdes* –preguntó, el *Araña*.

–Para nada más, todos son un atajo de “hijos de puta”, no los mato, porque me venden en el barrio. De otra manera, estarían destazados o con un palo metido en el culo. Bueno..., ya no tengo nada que hacer en este mugroso lugar, me regreso a mi suite en el Hilton. Ya nos veremos pronto. No hagan estúpideces que los tengo bajo la mira.

Todos se quedaron con la boca abierta. A la *Calaca* le temblaban y sudaban las manos, fue el que más la maltrató. Los demás se orinaron en sus

pantalones. Se creían muy *machos*, pero ante esa hembra, tambaleaban. Jamás imaginaron que Lourdes Carreño era Cristina.

En el momento en que Cristina salía entraba el investigador privado. Ricardo la vio y le despertó curiosidad. Se preguntó que haría una persona tan elegante, en ese *cuchitril*. Cristina lo observó con ojos inquisidores, le pareció atractivo. También Ricardo tenía buena *pinta*, se notaba que no pertenecía a ese lugar. Cristina le sonrió, el detective, entendió el mensaje, el coqueteo era demasiado abierto y claro. Su sonrisa era invitadora e insinuante. Para él, se volvió difícil no corresponder a un saludo tan provocador.

–Muy buenas noches, le dijo Cristina con una sonrisa coqueta.

–A sus pies señora, que sean buenas, lo mismo para usted.

–¿De dónde eres?, no pareces de por aquí –le expresó.

–Soy de Morelos, pero estoy viviendo en el barrio por un tiempo. Estoy tratando de hacer algunos negocios.

–¿Cómo te llamas, bebé?

–Me llamo Ricardo López, ¿y... tú?

–Yo soy Lourdes Carreño, para ti *Lula*, mi amor.

–Ahh... bonito nombre, ¿tienes un tiempito para que tomemos un tequilita?

–Bueno, eh... *Pos* sí.

Él la convidó a acomodarse en una de las mesas del *antro*. Era temprano, el lugar aun se encontraba solo. Una de las muchachas se acercó para ver que querían tomar. Ricardo dijo que deseaba una cerveza, Cristina un tequila, que bebió de un solo trago. Se notaba en ella una dureza que solo se podía adquirir en el bajo mundo. Ricardo estaba sorprendido. Ella exhalaba poder, sensualidad. Mientras conversaban, sus guaruras miraban al detective con ojos bien abiertos.

–Y ¿a qué te dedicas?, Lourdes.

–Tengo una empresa de importaciones, bienes inmuebles, entre otros negocios, en Los Ángeles, California. Pero, no hablemos de eso. Mejor pásémola bien. ¿Te gustaría ir a cenar conmigo mañana. Yo me hospedo en el Hilton, allí hay un buen restaurante. ¿Quieres venir a buscarme?

–Es una espléndida idea. Gracias.

–Entonces, no se diga más. Te espero, mi amor –le confirmó con un guiño

de ojo.

Tan pronto terminaron las bebidas se despidieron con un beso en la mejilla. Ella se contoneó más de la cuenta cuando caminaba hacia la salida. Ricardo no le quitó los ojos de encima ni un solo instante. Los insectos maléficos vieron aquella escena sin poder creerlo. La vida les había dado una lección. Ahora eran ellos los que tendrían que cuidarse de Cristina, sus vidas pendían de un fino hilo.

Al día siguiente Cristina se levantó feliz, sentía que el mundo estaba a sus pies, aún en la cama alzó sus brazos para desperezarse, había dormido como un bebé. En ese momento pensó que tenía dinero, poder, e incluso disfrutó de la compañía de Mariano la noche anterior. Se había quitado las ganas que tenía desde hacía muchos años. Mientras estuvo casada con el narcotraficante lo pensó continuamente, no lo podía olvidar. Se le quedó metido en el cuerpo. Bajo su transparente camisón su piel ardía de deseo por él.

Sin embargo se desahogaría con Ricardo, el guapo joven que apenas conocía. Las técnicas de amor que una vez aprendió en aquel burdel, ahora le servirían para engatuzarlo a fin de sacarle información. – ¿Qué hacía allí Ricardo junto a esos maleantes, en ese lugar? –se preguntaba. Pudo adivinar que los conocía bien, porque cuando ella salió, él se sentó con ellos. Por lo visto, sí Ricardo, conocía a los “insectos”, pudiera ser que supiera algo de Mariano. Con respecto a Marta, la cuenta pendiente ya estaba saldada. Pero faltaba Mariano, quien un día puso precio por su cabeza, cuando tuvo que irse de México para perderse en la ciudad cosmopolita de Los Ángeles.

Se metió al baño, tomó una ducha, para refrescar su bullente cabeza llena de dudas y de recuerdos espantosos que le traía el regresar a México. Luego bajó a desayunar. El hotel estaba lleno de personas importantes, se notaba que el dinero fluía por doquier. Solo bastaba ver las joyas que usaban las mujeres que se paseaban por el *lobby*, luciendo sus vestidos de diseñador. Los hombres también vestían bien. Se acomodó en una pequeña mesa, observó con cautela a todo el que por allí estaba. Sus escoltas estaban frente a ella bebiendo café, tratando de pasar desapercibidos. Miró su reloj, era la hora acordada. Con cierta prisa, salió del comedor. Subió a su habitación para leer el periódico. Cuando lo abrió vio la foto de Mariano en primera plana; el

artículo decía: “El señor Mariano Ordáz, un gran hombre de negocios, dona dinero a muchas instituciones benéficas. El señor Ordáz engrandece nuestra nación con su ejemplo. Él buen mexicano ha sido propuesto para candidato a la presidencia de nuestro país”, etcétera, etcétera.

Cristina, al terminar de leer el breve artículo, explotó en una sonora carcajada, no podía creer que había engañado a toda una nación. –¿Cómo era posible, qué aquel cura renegado; un hombre que fue administrador y dueño de burdeles, en donde tantas mujeres sufrieron vejaciones, violaciones y toda clase de humillaciones, corriera para candidato a presidente de México? Recordó los abortos, que les practicaban a las jóvenes, que morían, por estar en manos de veterinarios y no de médicos. Cómo olvidar cuando los clientes nos maltrataban. Cuando la *Calaca* o el Escorpion nos pegaban con el garrote, al que llamaban el *Toñito* cuando no queríamos atender a clientes ebrios, degenerados o abusivos. También rememoró sus citas sexuales con Mariano, la forma en la que asesinó a Lety, en defensa propia. La sangre regada en aquel cuarto, su mirada fija, su cabeza casi degollada. Ese hombre, se dijo, solo merece la muerte; Mariano debe pagar por todo lo que ha hecho. Pero, ¿cómo lo podré hacer pagar? Es un hombre difícil de atrapar, es astuto, inteligente, impredecible. No será fácil, pero lo haré. Siempre he sido una dura, una brava, una mujer valiente –concluyó.

Olvidó el asunto por el momento cuando Ricardo la llamó. Ella, le contestó con voz dulce y le comunicó que estaba ansiosa por verlo. Aquel joven caería en su telaraña; Cristina le sonsacaría todo lo que necesitaba saber acerca de Mariano. Qué fue de su vida, en los últimos años.

Eran las ocho de la noche y desde recepción el encargado le avisó que la esperaba el señor Ricardo López. Colgó y bajó al lobby. Él, al verla, se quedó mudo, se veía preciosa, su ajustada falda marcaba sus voluptuosas formas. Su blusa, un poco abierta, dejaba ver sus senos con elegancia, de manera provocativa, mas no vulgar.

–Hola *Ric*, ya veo que eres puntual –le dijo con mirada pícaro.

–Siempre soy puntual, es una de las pocas cualidades que tengo –le expresó con una sonrisa abierta.

–¿Vamos a cenar aquí?

–Adonde mi *reina* quiera.

–Entonces aquí me parece perfecto, estoy algo cansada para salir, podemos cenar en uno de los lindos restaurantes que tiene el hotel y luego subir a mi habitación por un *brandy*, para calentarnos un poco.

–*Ándale*, me parece muy bien, mi preciosa.

Ricardo no imaginaba quién era ella. No sabía que era una narcotraficante importante, que había sido amante de Mariano, que fue una de las prostitutas más famosas del *antro Tepito de Noche*. Que Cristina tenía otra identidad. Qué, la mujer con la que se acostaría era, además, una asesina.

La conversación fue bien llevada de parte de ella. Poco a poco comenzaba a sacarle información sin que el joven se diera cuenta. Cristina era demasiado astuta. Se lo podía comer de un solo bocado, sí así se lo proponía. Ricardo era el cordero al que pronto sacrificaría sin piedad.

–Y cuéntame más de ti, *Ric*. Quiero conocerte.

–Mira soy comerciante, vengo de Morelos, soy soltero y sin compromisos – le mintió.

–¿Y qué haces con esos hombres del *antro*, ¿los conoces bien?

–Pues la verdad, es que estoy viendo si hago algunos negocios con ellos. ¿Tú sabes quiénes son?

–No, jamás los he visto antes. Fui a parar allí de pura casualidad, entré y ellos salieron a mi encuentro a recibirme. Creyendo que era una forastera, me ofrecieron un tequila, tanta amabilidad, me abruma –le expresó.

Ricardo no quería verse descubierto, así es que no le dijo más acerca de él.

La cena duro poco, ya que el coqueteo de parte de Cristina provocó a Ricardo. Sintió que quería correr a su lado, estrujarla, quitarle el vestido, hacerle el amor de inmediato.

–Creo que ya comí suficiente, mi *reina*. ¿Podemos subir a beber el *brandy*? –le preguntó guiñándole el ojo.

Ella se levantó de la mesa, él la agarró de la cintura y así caminaron hasta llegar al elevador. Cuando se metieron estaba vacío; Ricardo aprovechó el momento, para darle un beso apurado tocando uno de sus senos. Cristina al aproximarse a su *suite*, sacó la tarjeta electrónica de su bolso para abrir la puerta. Tan pronto estuvieron adentro se les olvidó tomar el *brandy*. Eran

demasiadas las ganas de hacer el amor para entretenerse en otra cosa. Ricardo la desvistió con delicadeza, Cristina se sintió especial, estaba anonadada, no lo esperaba. Ella se tendió en la cama, Ricardo la miró embobado, paralizado ante su belleza. Comenzó a besar su desnudo cuerpo, hasta llegar al lugar en el cual, Cristina suspiró de placer. Después, tocó sus senos con desesperación, los estrujó con pasión. Cristina, estaba lista para que Ricardo la hiciera volar. Abrió sus piernas y él entró en ella. Sus movimientos la hicieron enloquecer, un te amo, entre jadeos, salió de sus labios. Ricardo, por su lado, explotó dentro de su sexo como un río sin cauce. La escena se repitió una y otra vez hasta el amanecer.

En la cama, extenuados de tanto gozar, Ricardo comenzó a contarle a Cristina, su verdad:

—Lourdes, no quiero que entre nosotros existan mentiras. No soy comerciante, soy detective, estoy investigando el secuestro del hijo de un prominente hombre de negocios, es un asunto extremadamente delicado. Ya tengo ubicado a los secuestradores. Mi cliente los va a identificar para que los metan a la cárcel, él tiene pruebas contundentes de que son ellos; se dio cuenta por un mensaje que estaba en el celular de Mariano, guardó la foto de pantalla, ...perdón, no debo de decir más. Solo confórmate con eso. No me siento bien pensando que te estoy mintiendo.

—¿Mariano..? De quién hablas mi amor.

—Lourdes, no me hagas hablar, no puedo decirte nada más, esto es confidencial. Ya te confesé lo que hago. Dame tiempo para contarte el resto. Pero tendrá que ser poco a poco.

—Pero, que más da, *tesoro*. Si yo no conozco a nadie en esta ciudad, Salí de México hace muchos años.

—Pero debes prometerme que lo que te diga no lo comentarás con nadie, es muy peligroso. De todas maneras, tarde o temprano, te lo iba a contar: Fíjate, que esos hombres que te invitaron a un trago, son los que secuestraron a mi cliente. Fue al hijastro, de ese hombre que te mencioné.

—Ahh...pero, ¿y quién es Mariano?

—Te vas a ir de espaldas, todo México lo conoce. Se trata de Mariano Ordáz, el candidato presidencial.

–Sí, lo conozco, creo haberlo visto en los periódicos, sale casi a diario. Pero, ¿qué tiene que ver ese hombre tan importante con esos maleantes de poca monta?

–Mucho Lourdes, él es el *capo* de todos esos. Es decir, cuentan las *malas lenguas* que Mariano comenzó haciendo su fortuna con burdeles en Tepito, luego de la noche a la mañana se convirtió en un hombre respetable. Se casó con la viuda de su mejor amigo. La consiguió a base de engaños, fue él quien secuestro al hijo de su actual mujer. La historia es larga y oscura, Lourdes. Lo único que te puedo decir es que llegó la hora de desenmascararlo.

–Pero, eso sí es espantoso. Secuestrar a su propio hijastro para conseguir el amor de su mujer. ¿Por qué no la cortejó cómo se hace normalmente?

–Ella no le hacía caso, luchó por tener su amor, pero todo fue inútil; hasta que se le ocurrió armar esa farsa. Al salvar al hijo, quedó como héroe de telenovela, entonces Sonía, lo aceptó ciegamente.

–Bueno, ya *estuvo suave* de tanta *pendejada*. Ahora que ya lo sé, te prometo guardar el secreto. No te preocupes *Ric*, no se lo diré a nadie.

Ya era de mañana, Ricardo confiando en ella hasta la médula, tomó una ducha entonando una melodía; al salir del baño, hizo de nuevo el amor con Cristina. Lo había enloquecido. Luego, corrió a vestirse, se despidió de ella con un abrazo interminable, le dijo, que la llamaría más tarde.

Cristina logró averiguar algo muy importante sobre Mariano: todo acerca del secuestro de Carlos Mauricio, su hijastro. Eso le serviría para chantajearlo. Después de que le diera el dinero, lo iba a matar. Tenía suficiente poder, para hacerlo.

—/—

Sonia, recibía a su esposo con un tierno beso todos los días. Mariano, a pesar de ser un frío asesino, se sentía culpable por haberse acostado con Cristina, ahora Lourdes Carreño. La atracción sexual que sentía por ella era demasiado fuerte. Tarde o temprano pagaría su gran error. Ahora Cristina era una mujer peligrosa, capaz de cualquier cosa.

Se acostó al lado de su mujer. La idolatraba, quería cambiar, ser un hombre diferente. Durmió con su cabeza recostada en su pecho, ella lo protegía, lo arrullaba como lo hace una madre con su recién nacido. Mariano se sentía a

salvo a su lado, aquellos demonios de la mente se estaban alejando cada vez más, ya no le daban órdenes igual que antes. Era Sonia la cura de todos sus temores, la que aplacaba sus miedos, la que controlaba su locura. Pero la tentación de la carne, lo acosaba. Pensaba que Cristina había venido desde el infierno para arruinarle su vida.

Una gran inquietud se apoderó de él. Experimentó la urgente necesidad de hablar con Cristina. Acto seguido, se dirigió a su despacho. Entró a su oficina reviviendo la misma rutina, tomó su celular y la llamó.

–Hola mi amor, ¿qué haces?

–¿Mariano?... qué hago, díces. *Pos* nada mi cielo. Por el momento iba a tomar una ducha, estoy como Dios me trajo al mundo: “desnuditita”.

–No me sigas tentando, que quisiera llegar en dos segundos para estar a tu lado, pero no soy un mago, solo un simple mortal.

–Por qué no vienes ahora por la mañana, quisiera hablarte de algo muy importante. Estaba por llamarte para pedirte un favor. Estoy segura de que me lo harás.

–Que misteriosa sueñas, ya me preocupaste –dijo, riendo–. Pero, lo que más me inquieta es imaginarte desnuda. Dame un par de horas, tan pronto termine una reunión, salgo para allá.

–Estoy ansiosa por verte. Te esperaré en cueros, te prometo que no te vas a desilusionar.

Mariano se despidió con voz agitada. Trataría de que aquella reunión en su oficina fuera rápida. En ese momento no le importaba nada más que estar con Cristina. Dios, me está poniendo a prueba, ¿será que el demonio ganará esta batalla? –se preguntó afligido.

Llegar al hotel le tomó tiempo, el tráfico era insoportable, las calles reventaban de transeantes, las avenidas de taxis, de buses. El *smog* irritaba sus ojos. Pero nada de eso le importaba. Quería estar con ella, así se viera amenazado por un terremoto.

Tan pronto llegó se dirigió al ascensor y subió a su *suite*. Cristina, al escuchar el timbre, caminó desnuda hacia la puerta y le abrió, sin importarle quien pudiera verla. Mariano quedó boquiabierto cuando la vio parada en el umbral. Volteando a ver a todos lados se apuró a entrar. Luego la tomó en sus

brazos, la levantó y la cargó para llevarla directo a la alcoba. Cristina estaba extasiada, le encantaba la manera de amar de Mariano, era un hombre hecho a su medida. Hicieron el amor, como en los viejos tiempos, “despacio y con buena letra”. Luego se dirigieron al bar de la suite a tomar un *wiskey*.

Cristina, sin andar con rodeos, le manifestó:

–Mariano te quería decir que estoy enterada del secuestro del hijo de tu “ramera” mujer.

Al escuchar esto, el *wiskey* se le atoró en la garganta y tuvo que escupirlo.

–¡Estás loca! de qué hablas Cristina. ¿Cuál secuestro? ¿Has tomado drogas esta mañana?

–Sé todo, me lo ha contado el detective que tu hijastro contrató. Lo tuve que mimar un poco para sacarle la información que necesitaba.

–Y sí te digo que es cierto, ¿qué piensas hacer? No te equivoques, Cristina. Serás muy poderosa, pero yo lo soy más. ¿Qué quieres de mí?

–La pregunta sobra, voy a querer una buena *lana* por mi silencio. Si le contara a Sonia que tú eres un maleante, no lo resistiría. Esa mujer cree en ti. Se te cae el teatrillo que has hecho todo este tiempo. Carlos te odia por lo que le hiciste, estás metido en la mierda, *mi lindo*. Ese hombre te va a meter a la cárcel, el pobre pendejo detective conoce a tus compinches y está reuniendo pruebas, para acusarlos. Te puedes imaginar el escándalo que sería para ti. Un futuro candidato a la presidencia de México que resulta ser un *ex sotanudo* asesino, dueño de burdeles, traficante de drogas, etcétera, etcétera.

–Cristy, cálmate, si dinero es lo que pides, lo tendrás. Pero primero quiero saber el nombre del detective.

–No es tiempo aún. Primero mi *lana*, digamos que te vendí un edificio de unos quince millones de dólares. No es que sea mucho, pero me sirven para mis caprichos. Además, Mariano, quisiste matarme aquella vez. Ahora soy yo la que tiene el sarten por el mango. ¿O ya se te olvidó que le pusiste precio a mi cabeza?

–Está bien, haré la transferencia a tu cuenta en estos días. Pero no se te ocurra ir a buscar a Sonia. Si la molestas, no tendré piedad contigo. Tú sabes que ahora estoy tratando de enderezar mi vida, esa mujer es la única que puede salvar mi alma. Solo con ella puedo redimirme. Sonia es una santa.

–Y a mí que me importa tu *chingada* santita. No me amenaces Mariano, tengo mucha gente que me cuida, te costaría la vida matarme.

Dicho esto, Cristina le dio una bofetada. Mariano, a su vez, le agarró la mano, la empujó contra la pared y le ordenó, que una vez tuviera el dinero desapareciera de su vista.

Cuando salió de la habitación, cerró de golpe la puerta. Estaba furioso, sentía una ira descontrolada, la quería asesinar allí mismo. Pero, no podía, la mujer contaba con un “invisible” ejército de hombres que la cuidaban. En el camino a su casa decidió que tenía que asesinar a Carlos. –Ese estúpido le dirá a su madre lo que hice, le contará toda mi vida, perderé la candidatura, será el final para mí. El detective no me importa por el momento. Ese, al ver a Carlos muerto, huirá como una rata asustada. Sin embargo, Carlos sabe demasiado. No puede continuar vivo. Era urgente llamar al *Araña*.

–Hola amigo.

–*Patroncito*, ¿cómo le va? Solo me entero de usted por los periódicos. Lo felicito, leí, que será candidato a la presidencia de nuestro lindo país, México.

–Ya párale de decir pendejadas. Te estoy llamando porque estoy metido en un pozo de mierda. Necesito que nos reunamos para hablar del asunto. Llegaré por Tepito mañana en un taxi, iré disfrazado para que nadie me reconozca. Nos vamos a ver en la casa de las putas, cerca de las doce del mediodía. Allí me esperas.

–Como usted diga. Allí, lo esperaremos. Sus deseos, son ordenes, *patrón*.

Mariano entró a su casa, Sonia lo recibió con cariño. Él la abrazó de manera exagerada, como si ese fuera el último abrazo que le daría. Ella, lo miró extrañada. Le preguntó si tenía algún problema. Mariano le dijo que solo quería sentirla toda suya. Pasaron a la sala, en la cual se encontraba Carlos. Cuando el joven lo vio, su cara palideció. Mariano lo saludó de manera espontánea. Carlos lo hizo con indiferencia; en ese instante, deseó su muerte, sentía un gran odio por él. Sin embargo, se alegró al pensar que muy pronto lo vería trás las rejas. Mariano por su parte, trató de ocultar su angustia. También pensó que la vida de Carlos pendía de un hilo.

Al día siguiente, los rayos del sol luchaban por calentar a la fría ciudad. Llegó a Tepito a la cita acordada, eran casi las doce. Cabizbajo, tratando de

ocultar su identidad, se dirigió a la casa de las pupilas, las mujeres estaban durmiendo. En ese momento Lety vino a su mente. Ya no conocía a nadie de las jóvenes, había pasado un buen tiempo desde que salió del barrio. Los hombres lo esperaban ansiosos. Eran unos criminales que gozaban de su trabajo.

–Hola, ¿cómo les va?

–Bien *patroncito*, que le pasa, lo vemos muy inquieto.

Mariano se secó el sudor de su frente con un delicado pañuelo bordado con sus iniciales y les dijo que mandaran de viaje a Carlos Mauricio.

–¿Al mismo que secuestramos? –intervino el Araña.

–Sí, a ese *mero*. – Será fácil, lo secuestran; luego, lo llevan a la “casa de seguridad” que tienen. Le inyectan una sobredosis de heroína; cuando ya esté muertito, lo vienen a tirar en una de las calles del barrio, cerca de algún *antro* y san se acabo. Le diré a su madre, que el muchacho era comprador asiduo de droga. Sé que le parecerá mentira; pero los resultados de la autopsia la convencerán. Pobre Sonia, siempre está sufriendo. Primero con la muerte de su esposo, después con el secuestro de Carlos y ahora tendrá que lidiar con su muerte. Yo seré él que la consolará una vez más para que olvide.

–Está bien, dijo la *Calaca*. *Pa'ayer* es tarde, jefe. Ahora mismo, comenzaremos a planear todo.

–Además, ¿sabían que hay un investigador, detrás de mis huesitos, que anda averiguando *pendejadas*? Ese joven, es el nuevo amante de Cristina; ese *boca floja*, fue el que le dijo que Carlos lo contrató. Dice Cristina que Carlos se dio cuenta debido a un un mensaje de felicitación que ustedes me enviaron cuando me casé. Desgraciadamente yo dejé el teléfono en la habitación de Sonia, Carlos entró allí a fin de arreglar su camisa. Vio con claridad los apodos de ustedes, en el mensaje. Es muy probable que escuchó esos nombres mientras estuvo secuestrado. ¡Son unos idiotas!

En ese momento Mariano abofeteó a uno de ellos; luego dio un fuerte golpe sobre la mesa.

–¡Atajo de inútiles, imbéciles, cuántas veces les he dicho que cuando estén con algún secuestrado, no se digan sus apodos o sus nombres.

–*Patrón*, no se ponga así, esto la vamos a solucionar rápido. Todo tiene remedio en esta vida, menos la muerte –intervino el *Escorpión*.

–Más les vale. Quiero que me averiguen quién es ese estúpido detective.

El *Escorpión* saltó del asiento y dijo:

–Ahora que me acuerdo, el día que Cristina nos visitó, se sentó con él por un momento. Nosotros también lo conocimos, por medio de Marta, su nombre es Ricardo López. Ese es el *bocón*, el *sapo* de Cristina. Los hemos visto acaramelados, como noviecitos.

–Esta bien, vigílenlo. Ahora quien me interesa es Carlos, luego nos haremos cargo del detective ese. Me avisan cuando terminen el “trabajito”. Es obvio que me daré cuenta por los medios, pero yo tengo que tener la primicia.

Mariano terminó así su conversación. Salió de la pensión y se fue en otro taxi. Iba nervioso, pero llamaría a sus consejeros, ellos eran los mejores aliados en momentos difíciles.

–/–

Poco tiempo les tomó a los hombres localizar a Carlos. Un joven que hacía lo mismo todos los días y no andaba con escoltas era presa fácil. Esta vez fue a la salida del apartamento de un amigo, cuando la *Calaca* lo interceptó en el estacionamiento del edificio. Estaba por subirse a su coche, cuando se acercó sigiloso y le puso una pistola en su sien. Le advirtió con voz firme que siguiera sus instrucciones al pie de la letra o lo mataba. Carlos obedeció las órdenes de la *Calaca*. Sospechó de los mismos hombres, el timbre de voz le sonó familiar.

Carlos trataba de controlar sus nervios, pero le era difícil. El *Araña* lo metió a empujones en el asiento de atrás y le puso una capucha negra para llevarlo a la casa de seguridad. Carlos presintió su muerte. Imploró a Dios que lo recibiera en el cielo. Con voz quebrada, preguntó si se trataba otra vez de dinero. Los hombres burlándose de él, le dijeron que no.

–Mira, *putito* –le espetó, el *Escorpión*–, esta vez no se trata de *lana*, sino de un viaje muy largo que harás; pero, sin retorno.

El pobre muchacho solo se santiguó. Al escuchar esto, dedujo que lo iban a matar. Rogó a Dios para que velara por su madre, le suplicó que perdonara a Mariano, a ese hombre–demonio. Y rezó un fragmento de la oración del padrenuestro:

–“Señor, perdona nuestros pecados, así como, también nosotros

perdonamos a quienes nos ofenden y no nos dejes caer en la tentación, libranos del mal. Amén.... Entre sollozos y rezos, aceptó su triste destino.

—/—

Finalmente llegaron a la casa de seguridad. La noche estaba oscura, sin luna, solo se escuchaban, los ruidos del bosque; buhos, y lobos aullando. Se aseguraron de que nadie los viera. Era una bodega, distante de muchos edificios de apartamentos, no tan lejos del barrio de Tepito. Bajaron a Carlos a empujones, el *Escorpión* no se aguantaba por jalar del gatillo. A los demás les excitaba ver aquella escena. Carlos ya resignado caminó en silencio. Lo sentaron en una silla. El muchacho no dejó de temblar ni un momento, la capucha estaba empapada con sus lágrimas. Después, le subieron la manga de su camisa, él no opuso resistencia, lloraba y rezaba entre murmullos. La *Calaca*, sacó la jeringa para preparar la sobredosis de heroína, luego se la aplicaron. En minutos, Carlos se cayó de la silla, su cuerpo quedó tirado sobre el suelo, inmerso en un sueño profundo del que nunca despertó. Estaba muerto. Sin perder el tiempo, metieron el cadáver en el baúl del carro. A lo lejos escucharon el ruido del motor de un coche; se asustaron pensando que alguien se aproximaba. Entonces, trataron de apurarse. Iban rumbo al *barrio bravo* de Tepito. El *Escorpión* vio su reloj, eran cerca de las tres de la mañana; cuando tiraron sus restos en una cuneta. Si alguien se dio cuenta, no era importante, eso sucedía a menudo en el barrio y nadie se atrevía a abrir la boca.

Al día siguiente, la *Calaca* le comunicó a su jefe que Carlos ya estaba de viaje, —fue a un lugar muy lejano, no sé si va a regresar —le expresó. Mariano puso su característica sonrisa torcida, su párpado comenzó a palpar de emoción. Sonia, ya no iba a saber nunca la verdad. Su negro pasado estaba enterrado para siempre. En relación al detective, dio orden de que lo mataran. Cristina —pensó— solo es una mujer codiciosa, lo único que quería era su dinero. Todo estaba bien, deseaba ver a Javier y contarle parte de la verdad. Sentado, con café en mano, lo llamó.

—Javier, no te he visto por meses, qué pasa mi *carnal*. ¿A dónde te has metido?

—Hola Mariano, es que he estado viendo que negocios se pueden hacer, tú sabes que hay que invertir la *feria*. Me ha tocado quedarme un buen tiempo en

Singapur. Luego viajé a Inglaterra. Ya sabes como son estas cosas. Cuando nos reunamos te cuento con más detalle.

–Javier, veámonos en el mismo lugar de *Polanco*. Tengo que hablar contigo. Mañana a la hora de almuerzo, te espero.

–Allí estaré. –Le dijo su amigo.

Mariano se acostó tranquilo, había resuelto un grave problema. Por la mañana se sentó a desayunar con Sonia. El teléfono sonó; Mariano fingió sorprenderse, e inmediatamente puso cara compungida. Uno de los hombres le llamaba para darle la noticia de la muerte de Carlos, haciéndose pasar por un policía.

Sonia al ver su expresión de horror, sintió que su corazón se paró por un instante. Intuyó que algo muy grave sucedía. Mariano, colgó, con lágrimas en su rostro. Montando un verdadero teatro, le dijo :

–Sonia, es una mala noticia. ¡Lo siento tanto!

–¿Qué sucede, amor? ¡Dime!

Mariano, la abrazó con fuerza, agarró su delicado rostro entre sus manos. La vio a los ojos fijamente. Sonia estaba angustiada, jamás imaginó escuchar algo tan espantoso.

–¿Se trata de Carlos?...¿Ha tenido un accidente? – Le preguntó, con expresión de resignado dolor.

–Tienes que ser fuerte, yo estoy aquí para ti. Se trata de...Han encontrado a Carlos muerto, en Tepito.

–¡No puede ser! ¿Qué podría estar haciendo Carlos en Tepito? Sonia, irrumpió a llorar, su rostro estaba desfigurado por el sufrimiento.

Ella se preguntaba qué le pasaría a su hijo, porque estaba muerto. Mariano le explicó que los paramédicos creían que se trataba de una sobredosis de heroína. –La policía, asegura que tu hijo se encontraba en el barrio comprando droga, cuando lo mataron. Tengo que ir a la morgue, a reconocer el cadáver – terminó diciendo.

–¡Mi hijo, no era ningún drogadicto! –exclamó Sonia fuera de control.

–Amor, no sabemos, quizá se drogaba a escondidas. Yo tampoco sospeché nada parecido. Sonia, solo piensa que ya está en las manos de Dios, que su alma descansa en paz –le dijo Mariano abrazándola, entre lágrimas.

Carmelita, al escuchar el escándalo, se aproximó. Cuando se enteró de que su *niño* Carlos estaba muerto estalló en llanto, estaba descontrolada. Observó a su *patrona*, y tuvo miedo por ella, quien estaba a punto de colapsar. Carmelita estaba en choque, sin poder creerlo. Mariano se acercó a ella para darle sus condolencias. La mujer las recibió con mortal indiferencia. Lo volteó a ver con odio, como si supiera que él era el culpable.

—¡Ya no puedo mas! —exclamó Sonia. Seguidamente, se desmayó en los brazos de Mariano. Él la llevó a la cama. Llamó al médico, quien llegó en pocos minutos. La atendieron para que volviera en sí. Luego, el galeno, procedió a inyectarle un poderoso calmante. Le advirtió a Mariano que Sonia, tenía que descansar.

Mariano salió hacia la morgue a reconocer el cadáver, luego iría a la casa mortuoria para que lo prepararan y a escoger la sala de velación. Posteriormente, al panteón, para arreglar el entierro. Mientras tanto, Sonia estaba dormida, su cara lucía demacrada, había envejecido de repente.

—/—

Carlos quedó enterrado a lado de su padre. Sonia, volvía a vivir la misma pesadilla del entierro de *Ray*. Pero tener a Mariano a su lado le servía de consuelo. Tratándose del hijastro de un hombre importante, llegó bastante gente al funeral. Fueron varias las novias de Carlos, que lloraban sin parar. Javier le dio el pésame a Mariano y a Sonia, fijando su mirada en ella. El rostro de Carmelita era pétreo. Ella lo adoraba, había sido su nodriza, lo quería como a un hijo.

En el fondo, Javier intuía que la muerte de Carlos, había sido planeada por la mente maquiavélica de su amigo y socio. De eso no había duda. Pensaba que Mariano, era capaz de todo. Su mente estaba enferma. Su obsesión por Sonia, había acrecentado su locura, hasta el punto de hacerlo cometer los crímenes más abominables. —Hasta cuándo dejará de hacer tanto daño —se preguntó Javier.

El estado de Sonia era deplorable, estaba en choque, no pronunciaba palabra, tenía la mirada perdida. Una vez enterraron a Carlos, salieron del panteón en donde los esperaba Raúl frente al inmenso portón de hierro forjado. Ahora todo había terminado para Sonia, solo le quedaba el amor de

Mariano, ese hombre, que consideraba un ángel, un enviado de Dios. Sí, efectivamente Mariano era un ángel, pero venido del infierno.

—/—

Cristina, todavía se encontraba en el Hilton, se había enterado por los medios, de la muerte del hijastro de Mariano. Decían, que su muerte se debía a una sobredosis de heroína. Ella inmediatamente sospechó de Mariano.

Ya tenía en su cuenta una buena cantidad de dinero. Pero no estaba satisfecha, quería ver a Mariano muerto. Lo odiaba con todas las fuerzas de su alma. No descansaría hasta verlo en el cementerio o en la cárcel.

El detective, Ricardo, la llamó, no podía articular palabra, su voz temblaba, estaba espantado, aterrorizado. Le contó que había huido después de enterarse de la muerte de Carlos. Se encontraba lejos de la capital, en un lugar que no quiso revelar a Cristina. Temía caer en las garras de aquellos maleantes, que lo mataran por orden de Mariano. Cristina le advirtió que le dijera en dónde se encontraba, que ella lo protegería, que su interés era el mismo. Ambos querían ver a Mariano muerto o tras las rejas.

Pero Ricardo tenía pánico. Una prima le había prestado una casa en Ciudad Juárez. Él creía que nadie lo reconocería en ese lugar. Pero, estaba equivocado, Mariano y sus compinches tenían ojos en todo el territorio de México. Por esa razón, Cristina insistía en que le revelara su ubicación; para salvarle la vida. Entonces, le dijo:

—Tengo un plan, le diremos la verdad a Sonia. Dejemos que ella haga el trabajo de meterlo a la cárcel. ¿O, si quieres, lo citamos en algún lugar para matarlo?

—No soy un criminal, Lourdes. No voy a colaborar contigo en eso. Lo único que puedo hacer es denunciarlo a la policía, o que lo haga su mujer.

—Mi amor, no te voy a enlodar. Solo quiero protegerte. ¿En dónde te encuentras, mi vida? Es mejor que me lo digas, antes de que los hombres de Mariano lo hagan, esos tienen ojos por todos lados. Te hallarán, créeme.

—¿Y qué piensas hacer? —le dijo Ricardo, aterrorizado.

—Tenemos que contarle a Sonia todo sobre Mariano. Tienes que venir al D.F. La citamos en algún lugar para decirle como planeó el secuestro y asesinato de su hijo. Estoy segura, de que ella querrá escuchar esto, aunque no

lo creas, las mujeres somos curiosas; además, tenemos un sexto sentido.

–¿Y si no nos cree? ¿Y si le dice a su marido que la acompañe? ¡Nos van a matar a los dos!

–Si lo hace, será más fácil todo. Es decir, tan pronto aparezca frente a mí, yo me encargo de matarlo. Tendré un ejército que le disparará, le dejarán igual que a un colador.

–Pero, él no llegará solo, lo hará con sus secuaces. ¡Nos matarán, Lourdes!

–No te preocupes mi amor, de peores situaciones he salido viva.

–Déjame pensarlo, estoy temblando de miedo, no estoy acostumbrado a estar en estos líos, es demasiado para mí. Soy un hombre decente. Lo que más me duele es que te acostaste conmigo para averiguar acerca de Mariano. Tú ya lo conocías, ¿Por qué no me lo dijiste?

–Es cierto, no te lo voy a negar. Pero, me gustas mucho, veo en ti muchas cosas que nunca encontré en otro hombre. Jamás he estado con alguien decente como tú. Eso me atrae. Mi amor, hazme caso, te van a encontrar tarde o temprano, solo yo puedo salvarte. Tienes que confiar en mí.

–Mañana me comunicaré contigo, por ahora he tenido suficiente. Es mejor que su mujer lo denuncie cuando le contemos la verdad. Solo espero que venga sola.

–Bueno, mi amor, eso haremos.

Ricardo al colgar, sintió que le faltaba el aire.

Capítulo 17

LA VERDAD

Sonia estaba en la sala de belleza, cuando su teléfono sonó. Número desconocido, aparecía en la pantalla.

–Aló, ¿quién habla? –respondió, con tranquilidad.

–Soy un amigo de su hijo. Necesito que venga a la dirección que posteriormente le daré. Sé quien secuestró y mató a Carlos. Tiene que saber la verdad, corre peligro. Mi nombre es..., solo llámeme Arturo.

Sonia palideció. En medio de un elaborado peinado, salió dejando todo atrás, las chicas del salón, se sorprendieron al verla tan conmocionada. Se encaminó al estacionamiento. Quedó petrificada frente al volante. No sabía si contarle a Mariano o qué hacer. Se calmó. Para ella era una buena noticia, siempre pensó que a Carlos lo habían asesinado, ella estaba segura de que su hijo no había sido un drogadicto. Deseaba ver en la cárcel a los culpables. Quería hacerlos pagar por el dolor que le habían causado al cegar prematuramente su vida.

Tan pronto abrió la puerta de su casa, Carmelita supo que algo muy grave sucedía, conocía bien a su *patrona*, esa expresión en su cara no le gustó. Sonia, al sentirse afligida, le contó todo a Carmelita. Ella le aconsejó que no le dijera nada a Mariano. Que acudiera a la cita sin él. La encomendó a la Virgen, era lo único que le quedaba. Cuando de repente, observó que una fuerza inexplicable se apoderó de ella. El amor de madre le dio valor –concluyó.

Mariano apareció tarde en su casa. Sus ocupaciones eran tantas que nunca lograba llegar temprano. Sonia, trataba de disimular su estado de pánico. Era importante escuchar lo que “Arturo” tenía que decirle y hacer caso a Carmelita de no contarle nada a su marido. A pesar del amor que sentía por él, una leve sospecha invadió su mente. –¿Tendrá algo que ver Mariano con el secuestro y asesinato de mi hijo? Eso es imposible –contempló. Sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza, sintió que se estaba volviendo loca. Recordó,

cuando Mariano salvó a Carlos y cómo había luchado por conquistar su amor. Estaba segura de que la amaba y se lo había demostrado infinitas veces. No obstante, esa llamada despertó en ella curiosidad y muchas dudas.

—/—

Mariano acostado al lado Sonia, le quiso hacer el amor. Sonia estaba desconcentrada y confundida. Se preguntaba, cuál sería esa “verdad”. No la imaginaba, pero muy pronto la sabría.

A Mariano le extrañó la frialdad de su mujer en ese momento. Su agudo sentido le dijo que algo le pasaba a Sonia.

Sospechó que tal vez Cristina se había atrevido a decirle algo a sus espaldas o pudiera ser que estuviera así por la reciente muerte de su hijo. De todas maneras tendría los ojos bien abiertos. Un movimiento en falso de parte de ella, le confirmaría que Sonia lo había descubierto.

A ella le sobrevino una migraña insoportable de tanta ansiedad, que tuvo que llamar a su médico para que le inyectaran un potente analgésico. Ya más aliviada esperó la llamada. Exactamente a las dos de la tarde Arturo llamó.

—Mi querida señora, ¿cómo está? Soy Arturo.

—Sí, ya lo sé. No puedo más con esta incertidumbre, diga a dónde nos reunimos y acabemos con esto de una sola vez por todas.

—En la carretera a Acapulco, Km 30, encontrará un resort turístico llamado Paraíso Maya, estoy en la habitación número 4. No espere un hotel de cinco estrellas, en este momento, es mejor que pasemos desapercibidos. Mañana la veo, a las diez de la mañana, venga sola, no quiero problemas.

—Está bien allí estaré, sin falta —dijo con voz entrecortada.

Sonia comenzó a sentir que le faltaba el aire, pero tenía que controlarse. Quería saber el porqué y quién había matado a Carlos.

El día había llegado, saber la verdad le podía costar la vida. Conocerla podía ser espantoso, era despertar de un bello sueño para entrar de nuevo en una pesadilla, pero no le quedaba alternativa. Antes de salir decidió hacerle caso a Carmelita, era la única persona en la que podía confiar en ese momento. Ella la quería como a su propia hija. Carmelita se aproximó para decirle:

—Mi *niña*, yo creo que se trata de *don* Mariano. Tiene que ser fuerte. Yo

siempre pensé que ese señor era malo. Usted, con su mente inocente, no logró percibirlo, pero yo soy una “vieja bruja”, a mí, se me eriza la piel cada vez que lo veo.

–No puede ser Carmelita, siempre me demostró amor y entrega. Dudo que tenga que ver, con los espantosos hechos. Acuérdate que Mariano fue quien liberó del cautiverio a Carlos ¿No estás siendo contradictoria?

–No sabemos que hay detrás de todo esto, mi señora. Vaya con cuidado que yo estaré orando por usted. Escuche bien lo que le dicen, a ver si le hace sentido, además, pida pruebas.

–Gracias Carmelita, te amo –concluyó entre lágrimas.

Sonia fue a traer su coche; a Raúl le extrañó, que no lo llamara. ¿Por qué querrá ir sola, esta señora? –se preguntó. Ella caminó hacia el garage tratando de mostrar calma y seguridad. Le dijo adiós a Raúl y siguió las instrucciones que le habían dado para llegar a su destino.

Ya había manejado unos cuantos kilómetros, cuando vio un rótulo a la orilla de la carretera, “Hotel Paraíso Maya– Bienvenidos”. Una flecha le indicaba que debía girar a su derecha para salirse de la autopista y entrar en el recinto.

Cuando llegó al portón, un hombre con cara de pocos amigos le abrió sin mostrar el menor interés en ella. El hotel parecía decente; vio una piscina al lado del jardín en donde jugaban unos niños y una señora se tostaba al sol con un libro en la mano. En recepción preguntó por la habitación número 4. El hombre buscó en la computadora para ver el nombre del huésped. Agarró su teléfono para corroborar si en efecto esperaban a la señora de Ordáz. El empleado le dijo que pasara adelante, que su alcoba estaba en el primer piso. Sonia le sonrió forzosamente.

Tocó la puerta, e inmediatamente salió Ricardo, quien en ese momento era Arturo. La saludó con cortesía. Sonia se extrañó de encontrar a un muchacho bien vestido y educado. No podía tratarse de un maleante porque no lo parecía –dedujo.

–Señora, mucho gusto. Pase, no tenga temor, que no soy ningún delincuente.

–Gracias –dijo Sonia a secas.

–Sonia..., perdone la confianza de llamarla por su nombre. Lo que le voy a decir, es importante, debe creerme. Estoy seguro que cuando le cuente toda la

historia no dudará de mí. Me he atrevido a venir puesto que le tenía aprecio a su hijo. No sé cómo empezar, trataré de resumirlo lo mejor que pueda. Y procedió:

—Carlos me conoció por un amigo de ambos, él me recomendó con su hijo. Este muchacho, dueño del *Gym*, me dijo que él estaba muy preocupado por usted, que había descubierto en un mensaje del celular de su marido los nombres o apodos de quienes lo secuestraron. Él tomó foto de pantalla y me la dio. Aquí está.

—Pero..., ¡no puede ser! ¿Cómo iba a leer los mensajes en el celular de Mariano? Eso es imposible, Mariano siempre lo tiene con él, nunca lo deja tirado en ninguna parte. Además ¿cómo puede asegurar que sean ellos, los secuestradores?

—Sonia, permítame explicarle; Mariano el día que se iba a casar dejó el celular en su habitación. Carlos entró en la alcoba para arreglar algo que no iba bien con su traje, cuando el teléfono sonó, lo hizo con tanta insitencia, que él fue a verlo, ya que pensó que se podía tratar de una emergencia. Alcanzó a ver un mensaje de felicitación por su boda, de: el *Araña*, el *Escorpión* y la *Calaca*. Dijo Carlos que inmediatamente recordó que eran los apodos que se decían los secuestradores entre ellos. Entonces me contrató para que averiguara la relación que tenía Mariano con esta gente. Fui a Tepito, allí viven los maleantes. Hasta hablé con ellos haciéndome pasar por un comerciante. Luego conocí en un *antro*, a una mujer llamada Cristina, quien se hizo pasar por Lourdes.

—¿Quién rayos es Cristina o esa Lourdes ?

—Averigué en el barrio que es una poderosa narcotraficante. La mujer es tan irresistible, que caí en sus garras. Me acosté con ella y por estúpido le conté que Carlos me había contratado para que investigara lo de su secuestro. No pude resistir contarle todo; en la cama uno habla de más. ¡Perdóname Sonia! Todo ha sido culpa mía. No sabía que Cristina o Lourdes, como le quieras llamar, conocía a Mariano. Quiero arreglar las cosas, al menos que usted sepa la clase de monstruo que tiene a su lado. Tiene que denunciarlo. ¿No sé si me comprende?

—Si, lo entiendo perfectamente, pero me es difícil creerlo. Pero ¿qué tiene

que ver esa Cristina con él?

–Señora, indagué que fue su amante hace algunos años, todo Tepito se enteró de ese amor. Mariano era dueño de burdeles, Cristina era una de las prostitutas que trabajaban en el lenocinio. Después esta mujer huyó a Los Ángeles, debido a que mató a su *madrota*, “una tal Lety”. Y hay más, pero nos debemos concentrar en el secuestro. En otras palabras, fue él quien mandó a secuestrar a Carlos. También lo mandó a matar porque supo que andaba averiguando de sus andanzas. Ese hombre es un demonio, señora. ¡Alejese de él, si puede! La va a terminar asesinando. Es un enfermo mental, un esquizofrénico. Tengo los recibos del dinero que me pagó Carlos por la investigación, y valga la redundancia, una foto de pantalla del mensaje, por si no me cree, examínela de nuevo.

Sonia comenzaba a creer, aquello que escuchaba era espantoso, quedó muda, conmocionada, pero tenía que controlarse si quería seguir con vida. Nunca hubiera pensado que Mariano era un maleante, un asesino. Ahora entendía el porqué Carlos lo trataba con distancia, lo mismo sucedía con Carmelita, quien sentía aversión hacia él.

A Sonia no le quedaba otro remedio que denunciarlo a la policía. Lo haría sin dudarle un segundo. Sintió rabia, un perverso odio nació de sus entrañas. Hubiera querido hacer justicia por su propia cuenta, pero no era una asesina.

Se despidió de Arturo, muerta en llanto, él no la pudo consolar. Todo estaba claro. Llegó a su coche, no podía abrirlo porque la mano le temblaba, un señor que iba pasando, la vio en mal estado y le ayudó. Le preguntó si todo estaba bien. Ella le espetó que padecía de tensión baja, pero que ya había tomado su medicamento. El hombre se fue confiado, sin darle más importancia. Sonia, con bravura, logró reponerse, la adrenalina le comenzó a fluir.

Cuando estaba por salir, escuchó unos balazos, se escudó detrás del coche para protegerse, horrorizada, sin saber que estaba sucediendo. Después de unos minutos, todo quedó en un silencio mortal. Se levantó, confundida, sin imaginarse lo que acontecía. Se dirigió a recepción para indagarse mejor. Antes de entrar a la oficina, tres hombres pasaron frente a ella, se le quedaron viendo, como si la hubieran reconocido. Sonia, quedó paralizada. Acto seguido los vio correr directo al estacionamiento, meterse a una camioneta y

salir a toda velocidad.

Cuando entró a recepción, el encargado estaba atrás del mostrador, tirado sobre el piso. Escondiendo la cabeza entre sus manos.

–Señor ¿qué ha pasado?, ¡Dios mio! –exclamó, asustada.

–No lo sé, los balazos venieron de una habitación del primer piso.

En ese momento, una de las mucamas venía corriendo, gritaba que en la habitación número 4 un hombre había sido asesinado. Cuando fueron a ver, Ricardo yacía, en un lago de sangre, con tres balazos en la cabeza y dos en el pecho. Sonia, gritó aterrada.

–Usted... ¿lo conocía, señora? – Le preguntó, el encargado.

–No, no lo conozco, pero... estoy impresionada, le dije pensando que debía de huir *ipso facto*.

Ricardo, por no haber hecho caso a Cristina, fue localizado en Ciudad Juárez. Lo habían seguido hasta la capital, a fin de matarlo. Mariano, sabía que el hombre tenía información, que lo pondría en evidente riesgo. Era necesario ejecutarlo.

Los compinches de Mariano, desde el coche, le hicieron una llamada telefónica:

–Aló, *patroncito*, ya no se tiene que preocupar de nada, el *metiche* esta liquidado. Además; le quitamos todas las pruebas. No fue difícil, el pobre detective, se cagó, cuando nos vio.

–Muy bien, ustedes a pesar de que son un atajo de idiotas, algunas veces les funciona el cerebro. ¡Muy bien! Asunto solucionado.– Dijo poniendo una sonrisa de triunfo.

Estaba por despedirse, cuando, de repente..

–¡Ah.. *patrón*, se me olvido decirle que su *mujercita*, estaba en el lugar de los hechos. Nos quedamos con la trompa abierta. ¿Pero... y, qué hacía allí su señora?

–Eso, no les importa. Lo bueno es que cumplieron con su deber.

Mariano, al colgar el teléfono, confirmó sus sospechas de que Sonia, estaba enterada.

Por otra parte, Sonia estaba desorientada, llena de miedo. Si volvía a su casa, pensaba que Mariano la estaría esperando con esa sonrisa torcida. Quizá

ya estaba enterado de que ella sabía la verdad. Entonces, decidió contactar a Carmelita. No sabía a dónde ir, ni a quién más recurrir.

—/—

Cristina se dio cuenta de que el detective había sido asesinado; lo vio en los medios informativos. Poco le importó. Ella, lo usó para sacarle información acerca de Mariano. Ahora, tenía mucho dinero en el banco fruto de su chantaje. Lo demás vendría por añadidura. No le sorprendió el olfato de Mariano, la habilidad de encontrar a Ricardo. Sabía que lo iba a encontrar tarde o temprano. Cristina se lo dijo a Ricardo muchas veces. En el fondo no hubiera deseado que muriera.

Ahora Mariano, estaba impune. Todo lo malo que hizo no tendría castigo alguno. Ya no había nadie que lo acusara, excepto Sonia. Si es que vivía para contarlo.

A Mariano le venía bien matar a Cristina puesto que sabía demasiado de su vida. ¿Pero, cómo hacerlo? —Ya tendré tiempo para planearlo— consideró.

Pero..., y ¿Sonia? ¿Que haré con ella? Meditó un buen rato. Luego, tomó una dolorosa decisión. Sus demonios a los que tenía mucho tiempo de no escuchar aparecieron para dar la única e irratible orden. Estos dijeron en coro: —mátala, no te puedes arriesgar.

Mariano se sintió poseído por aquellos seres, ahora eran ellos quienes mandaban. Tenía que obedecerles, siempre sobrevivía debido a sus sabios consejos. No quería hacerlo, pero aquellas voces le decían una y otra vez que la asesinara. Estrujó su cabeza entre sus manos tratando de acallar las “malditas voces” —como a veces les decía— pero era imposible. Sintió un mareo, cayó al suelo de rodillas pidiendo a gritos perdón a Dios por lo que pronto tendría que hacer.

—/—

Sonia aún se encontraba en la carretera; desde su celular llamó a Carmelita, le contó la espantosa historia. Ella horrorizada, le suplicó que no regresara a la casa, que se fuera a donde una prima de ella que vivía en Guanajuato. Carmelita quería salvarle la vida. Le había advertido que si regresaba, Mariano la iba a matar.

Con manos temblorosas, aferrada al volante dio un giro inesperado, para

dirigirse a la dirección que Carmelita le había dado. Iba llena de pánico, manejaba de manera errática, pero finalmente llegó a su destino. Timbró con desesperación; la pariente de Carmelita ya la estaba esperando. De un jalón la metió rápido a su vivienda, voltenando a ver nerviosamente a todos lados. Sonia entró casi a punto de desvanecerse. La prima de Carmelita le dijo que escondiera el coche en el garage. Mariano tenía el poder de encontrar una aguja en un pajar, a pesar de que ya no tenía a su íntimo amigo Luis; contaba con las personas necesarias y medios para hallarla.

Por la noche daba vueltas en la cama sin poder encontrar sosiego. Aún así trató de descansar. Estaba por dormirse cuando escuchó el ruido de helicópteros volando sobre la casa. Se asomó a la ventana, y en la calle divisó a varios coches sospechosos que pasaban frente a la casa, volteando a ver a todos lados. –De seguro me están buscando. Pero aquí no me van a encontrar – pensó.

Mariano debía encontrarla, Sonia representaba para él un verdadero peligro. No quería morir en la cárcel, ni que su imagen se le cayera de sopetón; también tenía ambiciones políticas, a las que no iba a renunciar ni siquiera por ella. De pronto, su celular sonó. Número desconocido, leía la pantalla.

–Diga –contestó de mal humor.

–Ya no reconoces mi voz, soy tu amor, Cristina.

–Cristina, ¡que putas quieres!, estoy pasando por un momento difícil, no me estés *chingando*.

–Amor, ¿te encuentras solo?

–Sí, porqué tanta *chingadera*.

–Quiero llegar a tu casa, será una visita muy breve.

–¡Estás loca! ¡No te atrevas!

–Por tí, lo estoy, chiquito, y sí me atrevo. Tienes que recibirme, tengo información importante que darté. Es acerca de tu *mujercita*...

Cristina osaba desafiar a Mariano, el motivo de su visita era asesinarlo. Sabía que Mariano, estaba pasando por un mal momento. Sin embargo la curiosidad por saber que tenía que decirle sobre Sonia, era suficiente para dejarla entrar. Entonces le dijo:

–Está bien, pero no te puedes quedar mucho tiempo. Así es que, si tienes algo que decir, mira cómo lo vas resumiendo. Mi mujer puede regresar de un momento a otro.

–Sí es que regresa, *mi niño*. Espérame, que ya voy para allá. Te prometo que seré breve –le espetó entre risitas.

En cuestión de media hora sonó el timbre de la puerta. Carmelita fue a recibir a la mujer que se anunció como Lourdes Carreño. Cabizbaja, sin mirarla al rostro, trataba de disimular su sorpresa. Nunca antes la había visto. Ella entró haciendo gala de su belleza, se sentó en el comedor con Mariano. En ese momento, apareció Carmelita, para ofrecerles de cenar. Cristina solo aceptó una taza de café. –Esa mujer que acaba de entrar, no puede ser amiga de doña Sonia – reflexionó. Ella la observó detenidamente sentada al lado de Mariano y pensó que dos demonios estaban reunidos.

Carmelita, muy sumisa y haciendo de *tripas corazón*, se retiró a preparar los alimentos. Sus sospechas no eran infundadas, ese hombre era peor que Satán. Nunca le había gustado, ni menos para su *niña* Sonia, como la llamaba con cariño. Mariano en el gran comedor de su casa, se notaba pensativo, preocupado, nervioso, mientras tanto, Cristina lo veía fijamente sin pronunciar palabra. Estaba por decir algo, cuando él se dirigió a Carmelita:

–La señora, ¿no se ha comunicado contigo, Carmelita?

–No, señor.

–¿Te contó a dónde iba?

–No *don* Mariano, solo salió, me dijo adiós y eso fue todo.

–Me parece raro que no lo sepas, ella te cuenta todo a ti –le objetó con expresión de duda.

–Así es don Mariano, pero esta vez, no me dijo nada. Ya se va a comunicar con usted, no se angustie. Tal vez, se quedó cenando con alguna amiga, ya va aparecer –le dijo sabiendo enmascarar su miedo.

Mariano, no sabía que Carmelita había sido advertida por Sonia, acerca de lo que había sucedido. Ella aparentaba estar tranquila, así es que regresó a la cocina a traer la la comida.

Carmelita con una sonrisa, puso el plato sobre la mesa. Él tomó otro sorbo del fino *cognac* y se dispuso a dar el primer bocado. Cristina, alcanzó su

bolso para sacar un cigarrillo, lo que alarmó a Mariano pensando que podía ser un arma. Cristina, mientras lo encendía puso una sarcástica sonrisa. Carmelita los observó con detenimiento, mientras esperaba nuevas ordenes.

Sonriente y agradecido, su *patrón* le dijo que todo estaba delicioso. La buena mujer continuó parada a su lado, para ver si le ofrecía algo más. Cristina volteó a verla con odio y desprecio, agarró de nuevo su bolso y lo puso en su regazo, lo sobó, de manera extraña. Observaba a Mariano, le decía que lo amaba. De pronto, abrió de nuevo su bolso, metió su delicada mano. Mariano dio un respingo, pero....

Solo habían pasado tres minutos, cuando Mariano, se atoró con la comida, sus ojos miraron al techo, su cara enrojeció, no podía respirar. Cristina quedó impávida con el arma en la mano, estaba petrificada. Mariano tosió con fuerza tratando inutilmente de despejar lo que había en su garganta. Su ojo derecho, tembló violentamente, luego se quedó quieto. Se agarraba el estomago para palpar el espantoso dolor que sentía. De su boca comenzó a salir una espuma amarillenta. Inmediatamente empezó a convulsionar, luego se desplomó sobre el suelo, llevándose con él la comida que cayó desparramada encima de su cuerpo y sobre la alfombra. Mariano estaba muerto. En ese instante, Cristina, con ojos más abiertos que los de un animal al acecho, agarró su bolso, guardó el arma, sacó las llaves de su coche y corrió hacia la puerta. Confundida por el hecho, salió como alma que se llevaba el diablo. Carmelita solo escuchó el chirriar de las llantas de su coche. Los escoltas, afuera, no movieron un dedo. Quedaron pasmados por la inesperada reacción de la señora.

Carmelita, parada frente a él, se regocijaba viendo aquella escena. Diría a la policía: que una mujer llamada Lourdes Carreño lo había visitado esa noche. Qué, cuando ella escuchó el escándalo la vio corriendo hacia la puerta, para luego montarse en su coche y salir a toda velocidad. La describiría, con detalle, tal y como era Cristina. Esa sería su historia y la policía le creería. Una mujer humilde, a quien adoraban sus patronos, no podía ser la autora de un crimen. Además, su niña Sonia la defendería a capa y espada, su coartada era perfecta.

Carmelita llamó a su *jefa*. Y le dijo:

—Mi niña puede regresar tranquila, que el peligro ya no existe.

–¡Carmelita! ¡Qué ha sucedido!

–Le repito, mi niña, que puede regresar en paz. Cuando esté aquí, le cuento. Mi prima dirá que usted cenó con ella, y como ya era tarde, se quedó a dormir en su casa. Además, es la *puritita* verdad. Esa debe ser su historia, doña Sonia. ¿Me entiende?

–Entiendo. Él, ya no está.. más...¿no es así?

–Así *mero*, ni niña. No se preocupe, puede volver.

Sonia, le advirtió a su prima, lo que Carmelita le pidió. Ella no puso ninguna objeción y no hizo preguntas.

Al día siguiente, el sol brillaba más que nunca. De camino a su hogar Sonia paró en la gasolinera a comprar el periódico. En primera plana estaba la foto de Mariano, el titular leía: Mariano Ordáz, un ejemplar esposo y exitoso hombre de negocios, fue encontrado muerto en su casa, mientras su distinguida esposa, Sonia de Ordáz, estaba fuera de la capital. Carmelita, su fiel empleada, dice que esa noche tuvo la visita de una señora, llamada Lourdes Carreño. Aseguró, que estaba conmovida por su muerte. –Él fue para mí un buen *patrón*, un ejemplar ciudadano, un hombre de bien –concluyó. Extendemos nuestras condolencias a su viuda, Sonia de Ordáz. Pedimos a Dios que su alma descanse en paz. Amén –terminaba diciendo el artículo.

Sonia, cerró el periódico, tomó el control del volante y sin derramar una tan sola lágrima siguió su camino de regreso a casa.

FIN



Querido lector:

Gracias por haber leído mi obra, espero que la haya disfrutado. Lo invito a leer mis otras novelas:

¿Quién mató a Verónica?

El último libanés

La casa del acantilado

y

El Kinder, relatos de antaño

Le van a encantar.

Si quiere saber más de mí o ponerse en contacto conmigo, le dejo los siguientes enlaces:

email: annasimonlibros@gmail.com

<http://www.annasimonescritora.com>



annasimonlibros



ANNASIMONLIBROS



Club de lectores de Anna Simón

Este libro fue producido por



editorialelnahual@gmail.com

Lorena Chávez de Gaitán

Teléfono: 503-71608764